BERRAU

CUENTO

DE

HADAS

23743

© Biblioteca Nacional de España

1
23,743

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

139-9

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CUENTOS DE HADAS.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Las hadas.

© Biblioteca Nacional de España

V. n.º 973 lib. M.

GOBIERNO DE PROVINCIA BARCELONA

CUENTOS DE HADAS

POR

CÁRLOS PERRAULT,

TRADUCIDOS

por J. Coll y Vehí.

BIBLIOTECA NACIONAL

PUBLICACIONES ILUSTRADAS DE LA MARAVILLA.

por El Director
M. Busquets

BARCELONA.

ADMINISTRACION DE LA MARAVILLA, calle de Aviñó, 20.

LIBRERIA DE EL PLUS ULTRA, Rambla del Centro, 15.

MADRID.

DON M. QUIJARRO, calle de Preciados, 5.

DON EMILIO FONT, calle de Relatores, 12.

© Biblioteca Nacional de España

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramirez. Escudillers 40, piso principal.—1862.

© Biblioteca Nacional de España

CUATRO PALABRAS DEL TRADUCTOR.

¿No es verdad, hermosos niños, que cuando al amor de la lumbre estais colgados de los labios de la nodriza ó de la abuelita, que os divierten con las travesuras de las hadas, olvidais vuestros juegos y vuestras lágrimas? Entre las inquietas llamas del hogar veis agitarse un mundo hermosísimo, que luego iluminan los dulces sueños con sus lucecitas de oro. Empezado el cuento, por todas las golosinas del mundo no renunciariais á oir la conclusion.

Bien sabido os teneis que los cuentos de viejas son mentiras, y que los molinos de viento son molinos; pero con aquellas mentiras, riendo y llorando, gozais, y todos los afectos del corazon humano se levantan en vuestras tiernas almas como blanca aurora, y aquel calor que por la fantasía se difunde, es mucho más

© Biblioteca Nacional de España

grato que el calor que apetecen vuestras ateridas manecitas en las interminables veladas del invierno.

A cierto señoron de los que se despepitan por arreglar el mundo, y de los que calzan botas de siete leguas para seguirle la pista al desaforado gigante Progreso, se le metió en la cholla que no debiais aprender más que matemáticas. ¡Pobrecitos de mi alma! Alguna mala pasada debieron jugarle las entremetidas brujas á aquel buen señor. Pero vosotros, infelices criaturas, ¿qué diablos le hicisteis para que tan mal os quisiera? Arrópese enhorabuena con sus matemáticas, y con su pan se lo coma. La manía es harto vieja. Cuando aquel famoso caballero andante, que no dejaba títere con cabeza, no pudo salirse con la suya, digo para mi capote: «Aquí hay intríngulis.»

No es á vosotros, oh niños de mi alma, á quienes tanta falta hacen las matemáticas, no es á vosotros, por vida mia; sino á esos pobres diablos barbones, que se rien de vuestros cuentos, y con una gravedad de Edipos de teatro casero, evocan en misteriosos conciliábulos los espíritus de las mesas y de las calabazas. A la Inquisicion con ellos.

Vosotros no intentais engañar á nadie, ni sois tan hombrazos ni tan bobalicones para dejaros engañar. Escuchais los cuentos, como jugais con los caballitos y con las muñecas. El sentimiento de lo maravilloso se agita en vuestro pecho, y este sentimiento no es una farsa ni una mentira. Cuando lleguéis á la seca edad de las matemáticas, lucirá como la estrella de la mar,

© Biblioteca Nacional de España

consuelo del náufrago, en medio de las tempestades de la vida y dará alas á vuestro espíritu para volar á Dios, único autor de todas las maravillas del universo. Entónces recordaréis con placer los sencillos cuentos de vuestra infancia, y descubriréis en las populares ficciones un sentido que ahora no podeis comprender. Entónces conoceréis que esos duendes que os miman y os halagan, no tienen parentesco ninguno con aquellos trasgos feotes y de mala ralea, que no saben más que hacer el bú para reirse de los mentecatos; y la razon severa os dirá que los que tan dulces ósculos imprimen en vuestra frente coronada de rubios cabellos, ninguna cuenta tienen que arreglar con las matemáticas, ni con la Inquisicion, ni con las mesas parlanchinas, ni con la policía; porque los conoce todo el mundo, y son gente de su casa, y tienen carta de naturaleza en España, y (segun reza la fe de bautismo) tienen por nombre ILUSION y POESÍA.

No vayais á creer que Cárlos Perrault, autor de estos cuentos, que en mal castellano os ofrezco, sea ningun zascandil criado en algun poblachon de la montaña. ¡Friolera! Nació nada ménos que en Paris, y en una época (1628) en que no eran zurdos los que manejaban la pluma. Un tal Colbert, á quien conoceréis tal vez en llegando la edad de los ángulos y triángulos, le nombró primer oficial de la superintendencia de los edificios de la casa real. Pero se conoce que los números de la Aritmética le atolondraban al bueno de Perrault algo más que los números de la poesía; pues

© Biblioteca Nacional de España

segun cuentan, quieras no quieras, arrojó por la ventana el empleo, y se encaprichó como un bobo en su antigua manía de hacer malos versos.

Recias tundas le dieron Racine y Boileau, grandes personajes de aquellos tiempos, á quienes sé que profesaréis amistad y respeto, cuando llegueis á tratarles. Entónces veréis cómo Perrault, á pesar de sus malos versos, fué todo un sabio, y podréis contemplarle arrellanado en un sillon de la *Academia de inscripciones*, escribiendo su *Paralelo de los antiguos y modernos*, y los dos tomos en fólio de *Elogios de los hombres ilustres del siglo* XVII, y otro tomo en fólio titulado *Gabinete de las bellas artes*, ó *Coleccion de estampas, con explicaciones en prosa y verso*, obras muy acreditadas, y que ingénuamente os confieso no haber leido.

Dicen que á Perrault se le deslizaron disparates tan garrafales como el de sostener que Chapelain era más bonito que Homero. Eso no probará sino que el más lince está expuesto á resbalar y á romperse la crisma. ¿Acaso, acaso no daba el mismo Boileau sus cabezadas? Y cuando quiso arrimarse demasiado á la lumbre ¡cuántas veces le cogió el sueño de medio á medio! Pues á fe que no tenia pelo de tonto, y que sabía muy mucho donde le apretaba el zapato.

Lo cierto es que Perrault, además de académico y escribidor de á fólio, fué un excelente sugeto, y un excelente protector de las Artes: hombre de bien á carta cabal y muy amante del trabajo, que es lo que hay que ser en este pícaro mundo, y á lo que debeis aspirar.

© Biblioteca Nacional de España

Pero el mismísimo Perrault, que al codearse con los sabios de *in illo tempore* tan frecuentemente perdia la cabeza, cuando apelando á las memorias de la infancia, cuenta á los niños lo que le habia contado su abuela, consigue, cuando ménos lo piensa, recabar de la desdeñosa poesía las miradas de cariño que con tanto ardor y tan en balde habia muchas veces solicitado. Y las buenas Hadas ciñeron su frente de flores de las selvas.

Leed sus donosos cuentos, y si por ventura os hicieren bostezar, á fe de cristiano viejo os aseguro, que no será suya la culpa, sino del malhadado traductor, que no sabe de la misa la media. Daos prisa á aprender el francés, y podréis leer los cuentos de Perrault sin disfraz que los trasforme y desfigure, castigando de esta manera mi osadía. La intencion es sana: si erré, perdóneme Dios, pues que de tejas abajo con el pecado he de llevar la penitencia.

Si á pesar de lo de *traduttore traditore* os hace gracia oir á Perrault chapurrando el castellano, y os da el naipe por cuentos, yo os prometo que no se agotará tan fácilmente el caudal. Conozco á unos señores alemanes, grandes bebedores de cerveza y amigotes de viejas, que le dan á Perrault quince y falta. Aquello sí que es cosa de chuparse los dedos. Daos mucha prisa en leer, que si empezamos á hurgar, ya veréis lo que sale.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LAS HADAS.

Érase una viuda que tenia dos hijas. La mayor se parecia en genio y figura á su madre, como se parece un huevo á otro huevo. Madre é hija eran tan intratables y tan orgullosas, que por no verlas se podia andar diez leguas de camino.

La hija menor, vivo retrato de su padre, tanto por su dulzura como por su buena condicion era una de las más encantadoras niñas que el sol alumbra.

Como el lobo y la vulpeja ambos son de una conseja, la madre queria á la hija mayor como á las niñas de sus ojos, al propio tiempo que sentia por la menorcita una

© Biblioteca Nacional de España

aversion horrible; tanto, que la obligaba á comer en la cocina y á trabajar dia y noche sin descanso.

La pobre niña, amen de mil otros padecimientos é injurias, tenia que ir por agua dos veces al dia, á más de media legua de distancia, y volver cargada con un gran cántaro lleno.

Un dia, estando junto á la fuente, acercóse á ella una pobre vieja y le pidió de beber.

—De mil amores, señora abuela, contestó la hermosa niña; y lavando el cántaro con mucha gracia, sacó agua del lugar de la fuente en donde más cristalina estaba. Ofreciósela á la vieja, y para que pudiese beber con más comodidad, sostenia el cántaro con su linda mano.

La buena mujer, así que hubo bebido, le dijo:

—Eres tan linda, tan amable, tan buena, que no puedo ménos de concederte un don especialísimo.

Es de advertir que la supuesta vieja era nada ménos que una hada, la cual, deseando probar hasta dónde llegaria el buen corazon de la hermosa niña, habia tomado la figura de una pobre mujer del pueblo.

—Te concedo (prosiguió la hada) el don de que á cada palabra que pronuncies salga de tus labios una flor ó una piedra preciosa.

Cuando la hermosa niña llegó á su casa, su madre la regañó mucho, porque habia tardado en volver de la fuente.

—Perdone V., madre mia, dijo la pobre niña, si he tardado tanto.

Y al decir esto cayeron de sus labios dos rosas, dos perlas y dos grandes diamantes.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Qué es lo que veo, Dios de mi vida? exclamó su madre llena de admiracion. O yo estoy ciega, ó están cayendo de su boca perlas y diamantes. ¿Qué es eso, hija mia? Explícate.

Primera vez que la llamó hija mia.

La pobre niña refirió con singular candor todo lo ocurrido, y al paso que hablaba, iban chorreando sus benditos labios perlas y diamantes.

—Como dos y tres son cinco, dijo la madre. Por vida mia, que he de enviar allá á mi hija. Frasquita, ven: mira, mira lo que sale de los labios de tu hermana cuando habla. ¡Cómo te gustaria poseer este don preciosísimo! ¿no es verdad? Pues no tienes más que irte á la fuente por agua, y cuando una pobre vieja te pida de beber, ofrecérsela con mucha amabilidad y cariño.

—¿A la fuente yo? Por supuesto. ¡Vaya que sería cosa de ver! dijo la gran bestia.

—Pues yo te mando que vayas, contestó la madre; y vivo, vivo.

Frasquita se fué refunfuñando á la fuente, pero buen cuidado tuvo de llevar el más hermoso jarro de plata que habia en casa.

Al mismo instante de llegar, vió salir del bosque á una dama magníficamente vestida, que le pidió de beber. Era la misma hada, que habia tomado la figura y el traje de una princesa para probar hasta dónde llegaria el mal corazon de esta muchacha.

—¿Piensa V. que he venido para darle de beber á su señoría? contestó la necia orgullosa. ¡Cabalito! ¡Para eso habré traido sin duda este hermoso jarro! No habia cai-

© Biblioteca Nacional de España

do. ¿Tiene sed? Pues échese de bruces su mercé, y beba hasta que reviente.

—Malas entrañas tienes, contestó la hada sin alterarse. ¡Corriente! Ya que tan amable eres, te concedo el don de que á cada palabra que profieras salga de tus labios una víbora ó un sapo.

Así que su madre vió á Frasquita, le dijo:

—¿Qué tal, hija mia?

—¿Qué tal? ¿qué tal? contestó la muy zopenco, y ¡zape! escupió dos víboras y dos sapos.

—¡Válgame la Vírgen de las Angustias! exclamó la madre santiguándose. Esto debe ser obra de la pícara de su hermana. Me la pagará.

Y sin encomendarse á Dios ni al diablo, puso á la inocente hermana como nueva, y la solfeó de lo lindo.

La pobre muchacha echó á correr, y se refugió en el bosque cercano.

Encontróla el hijo del rey, que volvia de cazar, y como la viese tan hermosa, le preguntó qué hacia en aquel lugar tan solita, y porqué lloraba.

—¡Ay de mí! señor. Mi madre, vea V., me ha echado á la calle.

El hijo del rey, que vió salir de su boca cinco ó seis perlas y otros tantos diamantes, le rogó que le descifrase aquel misterio. Entónces la muchacha le refirió la aventura desde la cruz á la fecha.

El hijo del rey, enamorado como un tonto, y conociendo que un don de tal calibre, valia mucho más que todo lo que otra novia cualquiera pudiese traerle en dote, se la llevó al palacio de su padre y se casó con ella.

© Biblioteca Nacional de España

En cuanto á la hermana, llegó á hacerse tan aborrecible, que hasta su propia madre la echó de casa; y la infeliz, despues de haber ido de zocos en colodros sin que nadie quisiese ampararla, acabó por dejar los huesos en un solitario rincon del bosque.

MORALEJA.

Pueden mucho en los espiritus
Los diamantes y doblones;
Pero más pueden, y es justo,
Buenas palabras y acciones.

OTRA.

La honradez, bien soberano,
Mil disgustos ocasiona;
Pero al fin, tarde ó temprano
Alcanza digna corona.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Barba-azul.

© Biblioteca Nacional de España

BARBA-AZUL.

Érase un fulano, que poseia hermosos edificios en la ciudad y en la campiña, vajilla de oro y plata, muebles ricamente entallados, carrozas doradas; pero por males de sus pecados tenia la barba azul, y estaba tan feo y horrible, que todas las mujeres, jóvenes y viejas, tocaban soleta al verle.

Una vecina suya, dama de ilustre prosapia, tenia dos hijas como dos luceros. Barba-azul le pidió la mano de cualquiera de ellas, dejándole la eleccion á su arbitrio. Las muchachas ambas á dos dijeron nones, y de mil

© Biblioteca Nacional de España

amores se cedian el novio, porque ninguna se atrevia á apechugar con un marido barbiazulado.

Mas lo que principalmente les daba mala espina era el ver que el tal novio se habia casado ya muchas veces, y que de ninguna de sus mujeres se sabía el paradero.

Barba-azul, buscando ocasion y pretexto para entrar en intimidad con la madre y las hijas, convidó á las tres y á cuatro ó cinco de sus mejores amigas, junto con algunos jóvenes de la vecindad, á una hermosa casa de campo, en donde pasaron ocho dias cabales. No se empleó el tiempo más que en paseos, en partidas de caza y de pesca, en bailes y banquetes, en juegos y meriendas. Por de contado que nadie pegó los ojos. Pasáronse las noches de claro en claro, dejando al diablo mucha tela cortada. Y salió todo tan á pedir de boca, que á la menor de las dos hermanas no le parecia ya tan azul la barba del amo de la casa, y aun se le figuraba que debia de ser todo un hombre de provecho.

Volver á la ciudad y quedar concertada la boda todo fué uno. Cierto dia, pasada la luna de miel, dijo Barba-azul á su mujer que un negocio de importancia le obligaba á hacer un viaje, y que estaria ausente sobre cosa de unas seis semanas. Encargóle que se divirtiese mucho, que convidase á sus amigas, que fuese con ellas á la casa de campo, que nada escasease para darse buen tiempo.

—Toma, le dijo: toma las llaves de los dos armarios, toma la de la vajilla de oro y plata, la de las arcas del dinero, la de las arquillas de la pedrería, y la llave maestra de todas las habitaciones. Esta pequeñita es la del

© Biblioteca Nacional de España

gabinete que está al extremo de la galería grande del piso bajo. Entra donde te plazca, abre y registra cuanto se te antoje; pero te prohibo entrar en aquel gabinete. ¿Oyes? Te lo prohibo, y ¡cuidado! porque si te atrevieras á abrirlo..... ¡infeliz! nada podria librarte de mi furor.

La muchacha prometió cumplir exactamente las órdenes de su esposo. Despues de abrazarla tiernamente, Barba-azul se metió en su carroza y emprendió el viaje.

Las vecinas y las amigas no esperaron que las invitasen, ni se hicieron de rogar. ¡Tan impacientes estaban por ver las preciosidades y tesoros de la casa! Ántes de que se ausentase el marido, ninguna se habia atrevido á pisar los umbrales, de miedo que les infundia la consabida barba azul.

Buena prisa se dieron en recorrer las salas, los gabinetes, los guardaropas á cual más lindo. Les faltaban ojos. Suben luego á las habitaciones en que se guardaban los muebles, y allí eran de ver la hermosura y multitud de tapices, de camas, de sofaes, de escritorios, de veladores, de mesas, de espejos de cuerpo entero, cuyos marcos, los unos de cristal, los otros de plata ó dorados, eran de lo más precioso y magnífico que jamás se haya visto. No cesaban de ponderar y envidiar la suerte de su amiga: la cual hacia poquísimo caso de todas aquellas riquezas, preocupada como estaba, y aguijoneada por el deseo de abrir el gabinete del piso bajo. Tanto pudo su curiosidad, que sin respeto á lo que la cortesía exigia, dejando á las visitas con la palabra en la boca, se escurrió por una escalera secreta, con tal precipitacion y azora-

© Biblioteca Nacional de España

miento, que por dos ó tres veces distintas estuvo á pique de romperse la crisma.

Al llegar á la puerta del gabinete, acordándose de la terminante prohibicion del marido, y temiendo las resultas de la desobediencia, se detuvo un momento; pero la tentacion venció al temor, y no hubo remedio. Echa mano á la llavecita y abre, temblando, la puerta del gabinete. Al principio no pudo ver nada, porque estaban cerradas las ventanas; al cabo de un rato empezó á notar que el suelo estaba lleno de sangre cuajada, en la cual se reflejaban los cadáveres de muchas mujeres sujetadas á lo largo de las paredes. Eran las esposas de Barba-azul, degolladas una en pos de otra por el feroz marido. Quedó muerta de miedo, y la llave del gabinete, que acababa de quitar de la cerradura, se le cayó de la mano.

Recobrada algun tanto del susto, cogió la llave, cerró la puerta, y subió precipitadamente á su habitacion para respirar con libertad; pero no pudo dominar su emocion terrible. Como advirtiese que la llave del gabinete estaba manchada de sangre, dos ó tres veces intentó limpiarla, mas en balde: la mancha no queria salir. Por más que la lavó, por más que la frotó con arena y con asperon, la sangre no se quitaba; porque la llave estaba encantada y no habia medio de limpiarla. Cuando la sangre desaparecia de un lado, aparecia en el otro.

Barba-azul regresó aquella misma noche, y dijo que por el camino habia recibido cartas, noticiándole la feliz conclusion del negocio que le sacó de casa. Su esposa le demostró tan bien como pudo, cuánto se alegraba de su pronta llegada. Al dia siguiente Barba-azul pidió las lla-

© Biblioteca Nacional de España

ves, y su mujer se las entregó con una mano tan trémula, que el receloso marido al instante cayó en la cuenta de lo que habia sucedido.

—¿Porqué no traes la llave del gabinete? le dijo.

—No sé, contestó ella. Estará arriba en mi mesa.....

—Venga al momento, replicó Barba-azul.

No valieron contestaciones, ni disculpas: no hubo más remedio que subir por la llave.

Barba-azul, despues de examinar la llave, le dijo á su mujer:

—¿Porqué está manchada de sangre?

—Yo qué sé, contestó la muchacha más pálida que la muerte.

—¿Con qué no sabes? exclamó Barba-azul: pues yo sí lo sé. ¿Quisiste entrar en el gabinete? Bueno, bueno, entrarás en el gabinete, é irás á colocarte al lado de tus compañeras.

La infeliz muchacha se arrojó á las plantas de su marido, hecha un mar de lágrimas, pidiéndole perdon y dando pruebas harto manifiestas de cuán arrepentida estaba de haber quebrantado sus mandatos.

Tan hermosa y afligida era capaz de quebrantar una peña; pero el corazon de Barba-azul era más duro que las peñas.

—Señora, le dijo, moriréis, y al instante.

—¿Porqué quieres matarme? respondió ella mirándole con los ojos arrasados en llanto. Concédeme al ménos algun tiempo para rogar á Dios.

—Medio cuarto de hora, replicó Barba-azul: ni un minuto más.

© Biblioteca Nacional de España

Así que se vió sola, llamó á su hermana, y le dijo:

—Mi querida Ana (así se llamaba): por la Vírgen santísima, corre, sube á lo más alto de la torre, y mira si descubres á mis hermanos. Me prometieron visitarme hoy. Si les ves, diles por señas que se apresuren á llegar.

Ana subió á lo alto de la torre, y su infeliz hermana á cada instante en alta voz le decia:

—Ana, mi querida Ana ¿ves algo?

Y la hermanita Ana contestaba:

—Nada. *Veo el sol que polvorea, la yerba que verdegnea.*

Entretanto Barba-azul con un enorme alfanje en la mano, con voz de trueno gritaba:

—Baja al instante, ó subo yo.

—¡Por la Vírgen de los Desamparados! Un momento, respondia su mujer. Y luego, bajando la voz, repetia:

—Ana, mi querida hermanita Ana ¿ves algo?

Y la hermanita Ana contestaba:

—Nada. *Veo el sol que polvorea, la yerba que verdegnea.*

—Baja al instante, gritaba Barba-azul, ó subo yo.

—Voy, voy, contestaba su mujer. Y luego, bajando la voz, decia:

—Ana, mi querida hermanita Ana ¿ves algo?

—Veo, contestó Ana, una espesa nube de polvo que se va acercando.

—¡Son mis hermanos!

—No, hermanita mia: no se ve más que un rebaño de ovejas.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Bajas ó no, con dos mil de á caballo? gritaba Barba-azul.

—Al momento, al momento, contestó su mujer. Y luego decia por lo bajo:

—Ana, mi querida hermanita Ana ¿ves algo?

—Veo dos caballeros que vienen hácia acá, pero están muy léjos todavia..... ¡Alabado sea Dios! exclamó al poco tiempo: son mis hermanos; y les estoy diciendo por señas que aprieten el paso.

Barba-azul estaba echando sapos y culebras, y gritando tan desaforadamente, que retemblaba todo el edificio.

La infeliz esposa tuvo que bajar, y desgreñada y pálida y anegada en lágrimas se arrojó á los piés de su marido.

—Todo es inútil, exclamó Barba-azul: llegó tu hora.

Miéntras con una mano la tenia cogida por los cabellos, con la otra levantaba en alto el alfanje para cortarle la cabeza. La pobre mujer, alzando su frente y mirándole con ojos moribundos, le suplicó que le concediese algunos instantes para recomendar el alma.

—No, no, dijo él: Dios te perdone. Y levantando el brazo....

Al mismo instante llamaron á la puerta con tal furia, que de golpe se quedó Barba-azul suspenso.

De repente ábrese la puerta, entran dos caballeros espada en mano, y arremeten contra él. Conociendo Barba-azul que serian los hermanos de su mujer, dragon el uno, y mosquetero el otro, tomó corriendo las de Villadiego. Mas de poco le valió la ligereza de las piernas,

© Biblioteca Nacional de España

porque ántes de que pudiese llegar al primer peldaño de la escalera, ya los dos hermanos le habian atravesado el cuerpo con sus espadas, y cayó muerto. La infeliz mujer, casi tan muerta como su marido, no tuvo aliento siquiera para abrazar á sus hermanos.

Vióse luego que Barba-azul no dejaba ningun heredero, y que por lo tanto su mujer quedaba dueña y señora de todas sus riquezas. Una buena porcion de la herencia la destinó para casar á su hermanita Ana con un jóven gentilhombre que desde mucho tiempo la amaba; con otra parte de los bienes compró empleos de capitan para sus hermanos; y lo restante le sirvió para casarse ella misma con un sugeto de excelentes prendas, en cuyos brazos olvidó pronto los malos tratamientos de su difunto y desalmado consorte Barba-azul.

MORALEJA.

Si la curiosidad tiene su encanto,
Causa es tambien de llanto.
De la docta experiencia bien lo infiero:
Placer tan soso y huero
(Perdonen las mujeres)
Es el más baladí de los placeres.
En esperanza inquieta y martiriza,
Y al tocarlo deshácese en ceniza.
Por muy barato que un placer tan raro
Se llegare á comprar, es siempre caro.

© Biblioteca Nacional de España

OTRA.

Cualquiera que el teclado
Entienda de este mundo y la cucaña,
Conocerá que el lance que he contado
Pasó en los tiempos de Maricastaña.
No corren ya maridos tan terribles,
Ni maridos que pidan imposibles.
Los más fieros, celosos y guapazos
Suelen ser unos pobres calzonazos.
Y aunque tengan morada,
Verde, amarilla, azul ó colorada
La barba los follones;
Las mujeres se calzan los calzones.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

AMAPOLA.

Érase que se era una aldeanita como un pino de oro. Su madre se miraba en ella, y su abuela la llevaba en palmas, y le traia las pajarillas volando.

Donosa estaba la niña con su monterita roja, regalo de la abuela, y sin duda por el color de la montera, todas las gentes del pueblo la llamaban *Amapola*.

Un dia que su madre hizo tortas, le dijo:

—Anda, vete á casa tu abuelita á ver cómo se encuentra, pues me han dicho que estaba enferma. Llévale una torta y un tarrito de manteca.

© Biblioteca Nacional de España

Amapola echó á andar hácia casa su abuela, que vivia en un lugarejo circunvecino. Al pasar por el bosque, cata ahí que te me encuentra al señor Lobo. Maese Lobo muy bien queria comérsela; mas no se atrevió, porque á corta distancia estaba trabajando un leñador. Preguntó el Lobo á Amapola á dónde iba, y la inocente muchacha, que ni por pienso podia barruntar cuán peligroso era el dar oídos á un lobo, le contestó con candor:

—Voy á casa mi abuelita á llevarle de parte de mi madre esta torta y este tarro de manteca.

—¿Vive léjos tu abuela? preguntó el Lobo.

—¡Vaya si vive! exclamó Amapola: allá al otro lado del molino que se descubre junto la primera casa del pueblo.

—¡Que me place! añadió el Lobo. Cabalmente yo habia pensado ir á visitar á tu abuela. ¡Ea! coge tú ese camino, que yo iré por esotro. A ver quién llega ántes.

El Lobo, más listo que Cardona, tomó el camino más corto, y Amapola pian piano fué siguiendo el más largo, entretenida en coger avellanas, en correr tras las mariposas, y en hacer ramilletes de florecitas silvestres.

En un volver de ojos llegó el Lobo á casa de la abuela, y llamó á la puerta. Tras, tras.

—¿Quién?

—Soy yo, soy Amapola; dijo el Lobo fingiendo la voz. Abre, que de parte de mi madre te traigo una torta y un tarrito de manteca.

La buena de la abuela, que por hallarse indispuesta guardaba cama, contestó gritando:

© Biblioteca Nacional de España

—Corre el pestillo, y se abrirá el portillo.

El Lobo corrió el pestillo, y se abrió el postigo de par en par. Como hacia tres dias y tres noches que su mercé estaba á diente como haca de bulero, cate V., que sin decir esta boca es mia, se arroja de sopeton sobre la pobre vejezuela, y en un santiamen la devoró.

En seguida cierra la puerta y se acuesta en la cama de la abuela, esperando á Amapola, que no tardó en llamar. Tras, tras.

—¿Quién?

Amapola al oir la bronca voz del Lobo, de pronto se asustó; pero creyendo que era que su abuela estaba constipada, dijo:

—Soy yo, soy Amapola. Abre, abuelita, que de parte de mi madre te traigo una torta y un tarrito de manteca.

El Lobo, procurando suavizar el sonido de sus palabras, dijo á su vez:

—Corre el pestillo, y se abrirá el portillo.

Amapola corrió el pestillo, y se abrió el postigo de par en par.

El Lobo, no bien la vió entrar, muy arrebujado con la ropa de la cama, le dijo:

—Mira, pon la torta y el tarrito de manteca dentro la artesa, y ven á acostarte.

Amapola se desnuda, y se mete en la cama; pero ¡válame Dios, cuán grande fué su asombro al ver la facha de su abuela en porreta!

—Abuelita, dijo: tienes unos brazos muy grandes.

—Son para abrazarte mejor, hija mia.

© Biblioteca Nacional de España

—Abuelita, tienes unas piernas muy grandes.
—Son para correr mejor, hija mia.
—Abuelita, tienes unas orejas muy grandes.
—Son para oir mejor, hija mia.
—Abuelita, tienes unos ojos muy grandes.
—Son para ver mejor, hija mia.
—Abuelita, tienes unos dientes muy grandes.
—Son para comerte.

Dicho y hecho. El pícaro Lobo se arroja sobre la infeliz Amapola, y ¡zás! se la comió.

MORALEJA.

Indicios dais de no cabal sentido,
Niñas de buen palmito y lindo talle,
Que prestais blando oido
Al primero que pasa por la calle.
Si ogaño como antaño
Tantas se come el lobo, no es extraño.
Sabido es que los lobos carniceros
Son de varias maneras:
Que los hay zalameros,
Muy rendidos, muy tiernos y muy finos.
Que al olor de las niñas hechiceras
Corren casas y calles y caminos.
Y esos lobos de alcorza y de jalea,
Segun consta en antiguos pergaminos,
Son ¡pesia tal! los de peor ralea.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Lit Abadal Tapineria 32

Pellejo de asno.

© Biblioteca Nacional de España

PELLEJO DE ASNO.

Érase que se era un rey tan poderoso, tan amado de sus vasallos, tan respetado de sus aliados y vecinos, que bien puede asegurarse que no habia otro monarca más dichoso en la tierra. Completaba tanta ventura la amable compañía de una princesa tan linda como virtuosa. Ambos esposos vivian el uno para el otro; y de su casto enlace habia nacido una hija dotada de tan singular hermosura y donaire, que no echaban ménos el no haber tenido ningun otro hijo.

En su palacio reinaban la magnificencia, el buen

© Biblioteca Nacional de España

gusto y la abundancia : los ministros eran sabios y prudentes , los cortesanos virtuosos y leales , los criados fieles y trabajadores. Las caballerizas eran grandes , espaciosas y pobladas de caballos briosos , de buena estampa , todos cubiertos de riquísimos caparazones. Pero lo que más estupefactos dejaba á los extranjeros que iban á visitar aquellas hermosas caballerizas, era el ver que en el lugar preferente ostentaba sus respetables y larguísimas orejas un señor asno. Y no era capricho del rey, sino estricta justicia, el haberle destinado un lugar tan principal y distinguido ; que bien merecia semejante honra la portentosa virtud de aquel real cuadrúpedo. La naturaleza le habia tan generosamente dotado , que la paja en que reclinaba sus borricales miembros , limpia de cosas que se callan , aparecia todas las mañanas profusamente cubierta de onzas de oro y monedas de toda especie , que muy cuidadosamente se recogian al momento de abrir los ojos su señoría.

Pero como las vicisitudes de la suerte lo mismo alcanzan á los reyes que á los vasallos , y en este mundo cansado ni hay bien cumplido ni mal acabado , por querer del cielo fué repentinamente atacada la reina de una enfermedad aguda , para la cual , no obstante la sabiduría y experiencia de los médicos , no valieron emplastos ni recetas. El sentimiento fué general. El rey enamorado y sensible , á pesar del conocido proverbio de que el matrimonio es la sepultura del amor, no podia hallar calma ni consuelo. Mandó hacer plegarias en todos los templos, y ofrecia su vida por la de su querida esposa ; pero en balde invocó á los dioses y á las hadas.

© Biblioteca Nacional de España

La reina, al conocer que el estambre se le iba acabando por momentos, dijo á su esposo, que tenia arrasados en lágrimas los ojos:

—Permíteme que ántes de morir exija de tí una promesa. Cuando desees casarte de nuevo.....

Al oir estas palabras prorumpió el rey en penetrantes gritos que llegaban al alma, cogió las manos de su esposa, y las inundó de lágrimas, y juraba y perjuraba que era del todo excusado é inútil hablarle á él de segundas nupcias.

—No, reina mia, no, dijo lloriqueando: háblame tan solo de seguirte á la tumba.

—El estado, replicó la reina con una tranquilidad que acrecentaba la pena del príncipe, el estado necesita sucesores. No habiéndote yo dado más que una sola hija, la felicidad del estado, vuelvo á decirte, reclama que procures tener hijos, que sean dignos de su padre. Mas por el amor de que tantas pruebas me has dado, te suplico encarecidamente que no cedas á las instancias y ruegos de tus vasallos hasta que encuentres una princesa que me aventaje en hermosura y donaire. Júramelo, y moriré contenta.

Supónese que la reina, que no carecia de amor propio, habia exigido aquel juramento, persuadida de que no existia en toda la redondez del globo ninguna mujer que pudiera competir con ella, y de que con este recurso impediria al rey contraer segundo matrimonio.

Al fin y á la postre entregó el alma á Dios.

Desde que el mundo es mundo ningun marido hizo jamás tantos aspavientos, ni metió tanta bulla como la

© Biblioteca Nacional de España

que armó el buen rey, llorando, gimoteando y gritando noche y dia ¡pequeños gajes de la viudez!

Pero dice el refran que no hay bien ni mal que cien años dure. Por otra parte los grandes del reino se juntaron y fuéron en corporacion á pedir al rey que se dignase contraer segundo matrimonio. Muy duro le pareció este consejo, que recrudeció la herida y renovó su amargo llanto.

Excusóse con el juramento que habia hecho á la reina, y desafió á todos sus consejeros á que encontrasen una princesa más bonita y más linda que su difunta esposa, muy convencido como estaba de que sería excusado é imposible. Mas á los altos próceres les pareció una frusleria semejante promesa, y dijeron que para una reina la hermosura era lo de ménos, con tal de que fuese virtuosa y fecunda. Hiciéronle presente que el interés y la tranquilidad del estado reclamaban descendientes varones; que aunque su hija la princesa reuniese todas las buenas dotes propias de una gran reina, sería preciso casarla con un príncipe extranjero; que ese extranjero se la llevaria á su tierra, ó aun cuando se quedase en el país, los hijos serian reputados de sangre extranjera; y que no existiendo un príncipe que heredase su nombre, los pueblos vecinos podrian mover guerras que acarreasen la ruina del reino. El rey, en cuyo ánimo hicieron mella tan grandes consideraciones, prometió que procuraria complacerles.

Efectivamente, entre las princesas solteras trató de buscar una que pudiera convenirle. Todos los dias recibia retratos hermosísimos, pero á ninguna de las damas

© Biblioteca Nacional de España

adornaban las gracias de la reina difunta ; por lo cual no podia determinarse á salir del paso.

Mas hizo el diablo , que todo lo añasca , que el real viudo reparase en el talle y hermosura de su hija la infanta , que en atractivos é ingenio excedia de mucho á su madre la reina. La juventud de la infanta y la grata frescura de sus mejillas encendieron en el pecho del rey una pasion tan violenta , que no pudo ocultarla , y acabó por declarar á su hija que estaba resuelto á casarse con ella , puesto que este era el único medio de salir del atolladero en que su impremeditado juramento le habia metido.

La jóven princesa , tesoro de virtud y de pudor, creyó perder los sentidos al oir tan horrible proposicion. Echóse á los piés de su padre , y con todas las razones que le sugirió el ingenio trató de disuadirle de un proyecto tan nefando.

Pero el rey, que se mantenia en sus trece, para acallar la conciencia de la infanta pidió consejo á un anciano druida. Este bribon , tan escaso de piedad como sobrado de codicia, con el cebo de obtener la real confianza, no reparó en despreciar los fueros de la inocencia y de la virtud; y con tal arte y maña supo insinuarse en el espíritu del monarca, y con tan buenos colores acertó á dorarle el feo crímen que intentaba cometer, que llegó á convencerle de que el casamiento de su hija, léjos de ser ningun negro delito, era una obra meritoria y piadosa.

Lisonjeado el príncipe con las razones de aquel tunante descreido, dióle un abrazo y se despidió de él más

© Biblioteca Nacional de España

encaprichado y más terco que nunca ; y en consecuencia mandó á la infanta que se dispusiese á obedecerle.

La jóven princesa, en tan terrible angustia no descubrió otro recurso que pedir consejo á su madrina, el hada de las Lilas. Con este objeto, partió aquella misma noche en una hermosa silla volante, tirada por un robusto carnero que sabia todos los caminos, y llegó con toda felicidad. El Hada, que amaba tiernamente á la infanta, le dijo que ya estaba en autos de cuanto acababa de contarle ; que estuviese tranquila, pues con tal que siguiese exactamente sus consejos, nada debia temer.

—Querida mia, le dijo ; seria un crímen horrendo el casarte con tu padre, mas sin necesidad de contrariarle abiertamente te será fácil evitarlo. Dile que para satisfacer un capricho, es preciso que te regale un vestido del color del cielo. Yo te aseguro que con todo su amor y con todas sus riquezas, no ha de poder llenar este deseo.

La princesa dió gracias á su madrina, y al dia siguiente por la mañana pidió á su padre el rey lo que el Hada le habia aconsejado, jurándole que por ningun concepto obtendria su mano si no le regalaba el vestido del color del cielo.

El rey, alentado con la esperanza que le dejó entrever su hija, llamó á los más famosos artífices, y les encargó el vestido, amenazándoles con colgarles á todos de una encina, si no acertaban á sacarle de aquel compromiso. No tuvo el disgusto de verse precisado á emplear un rigor tan extremado ; porque á los dos dias le presentaron el deseado vestido. En el firmamento ceñido

© Biblioteca Nacional de España

de nubes de oro no brilla un azul tan hermoso y tan sereno como el que aquella delicadísima tela ostentaba. La princesa tuvo de ello un pesar muy grande, y no sabía cómo salir del terrible aprieto en que se veia colocada. El rey instaba para la celebracion del contrato.

No hubo más remedio que apelar de nuevo á la madrina, la cual, admirada de ver deshecha su trama, aconsejó á la princesa que pidiese un vestido del color de la luna. El rey, que nada podia negarle, envió á buscar á los más hábiles artífices, y les mandó tan apremiadamente labrar una tela del color de la luna, que ántes de veinte y cuatro horas ya la tenia en su poder. La infanta más admirada y absorta de ver aquella magnífica obra, que de ver la tenaz solicitud de su padre, al quedarse sola con sus doncellas y su nodriza, se abandonó á los extremos del más intenso dolor.

El hada de las Lilas, á quien nada se ocultaba, vino al auxilio de la afligida princesa, y le dijo:

—O mucho me engaño, ó si pides un vestido del color del sol, hemos de salir con nuestro empeño de aburrir á tu padre; porque nadie del mundo es capaz de fabricarlo, y cuando ménos ganarémos tiempo.

Conformóse la princesa, pidió el vestido, y el enamorado rey facilitó con muchísimo gusto para una obra tan excelente todos los diamantes y rubíes de su corona, mandando que nada se perdonase para que pudiera competir con el sol mismo. Al poco tiempo fué presentado el vestido. Lo mismo era mirarlo, que tener que cerrar los ojos. ¡Tan deslumbrante era su brillantez! De aquel entónces datan las gafas verdes y los cristales oscuros.

© Biblioteca Nacional de España

¡Cómo pintar lo que le pasó á la infanta al contemplar aquel portento! Nunca jamás se habia visto una cosa tan bella, tan primorosamente labrada. Quedó atónita, asombrada; y con el pretexto de que le dolian los ojos, se retiró á su cuarto, donde ya estaba aguardando el Hada, llena de confusion y vergüenza. No es nada lo del ojo: lo mismo fué ver el vestido del color del sol, que ponerse rabiosa como una hiena.

—¡Por vida! hija mia, dijo á la infanta, ahora sí que hemos de poner á prueba el inícuo amor de tu padre. Muy encalabrinado le veo con el tal casamiento que ya da por hecho y concluido; pero me parece que ha de sobrecogerle la peticion que le vas á hacer. Has de pedirle el pellejo de aquel asno tan entrañablemente querido y que provee á sus gastos con tantísima profusion. Corre, dile que de todos modos quieres el pellejo.

Contentísima la infanta con haber encontrado un medio de desbaratar el casamiento que tanto detestaba, pues no le cabia en la imaginacion que su padre pudiera resignarse jamás á sacrificar su asno, fué á su encuentro y le pidió el pellejo de aquel hermoso animal. Por mucho que tan extravagante capricho sorprendiese al rey, no por esto se negó á satisfacerlo. El pobre asno fué inmolado, y galantemente ofrecido su pellejo á la infanta, la cual, perdida ya toda esperanza de evitar su desgracia, habria caido en la mayor desesperacion, á no haber prontamente acudido su madrina.

—¿Qué estás haciendo, hija mia? exclamó al ver que la princesa se mesaba los cabellos y heria cruelmente sus hermosas mejillas. Este es el instante más fe-

© Biblioteca Nacional de España

liz de tu vida. Cúbrete con ese pellejo, sal del palacio, y pon tierra en medio. Cuando todo se sacrifica á la virtud, saben los dioses recompensar el sacrificio. Anda, nada temas. Yo cuidaré de que á todas partes vayan contigo tus alhajas y tus vestidos: do quiera que te encamines, esta cajita donde están guardados, irá siguiendo tus pasos por debajo tierra. Toma esta varilla que te regalo: da con ella un golpe en el suelo siempre que necesites la cajita, y al momento aparecerá. ¡Vivo, vivo! no te detengas.

La infanta dió un millon de abrazos á su madrina, rogóle que no la abandonase, se tiznó el rostro de hollin, y tapujándose con el feo pellejo del asno, salió del suntuoso palacio sin ser de nadie conocida.

La desaparicion de la infanta levantó mucho run run. El rey, que habia mandado preparar una fiesta magnífica, cayó en un abatimiento indecible: nada podia consolarle. Mandó salir más de cien soldados de á caballo, y más de mil mosqueteros en busca de su hija; pero el Hada que la protegia la hizo invisible, y todo fué inútil. No hubo más remedio que conformarse.

Entre tanto la infanta, camina que caminarás. Fué muy léjos, muy léjos, más léjos todavía, andando de zoca en colodra, en busca de colocacion; pero por más que le diesen limosna, nadie queria recibirla en su casa, por lo mugrienta y asquerosa que á todos parecia. Al fin llegó á una ciudad muy hermosa, á cuyas puertas habia una granja. La mujer del arrendatario necesitaba una porquera para lavar las rodillas y limpiar la basura de los pavos y el pilon de los cerdos, y como

© Biblioteca Nacional de España

viese tan asquerosa á nuestra viandante, le propuso quedarse. Aceptó la infanta con el alma y la vida, porque tan fatigada estaba que no podia tenerse en pié. Metiéronla en un apartado rincon de la cocina, en donde los primeros dias tuvo que sufrir las soeces cuchufletas de toda la chusma de criados: tal estaba de puerca y asquerosa con su pellejo de asno. Poco á poco fuéron acostumbrándose á verla: además de que como era tan nimiamente exacta en el cumplimiento de sus obligaciones, la tomó el ama bajo su proteccion. Guardaba las ovejas y las apriscaba cuando era tiempo; pastaba los pavos y todo lo hacia con tal acierto y destreza, que no parecia sino que en toda su vida no habia tenido otro oficio; de suerte que en sus lindísimas manos todo florecia y prosperaba.

Un dia, estando sentada al borde de una cristalina fuente, donde muy á menudo solia lamentarse de su desgracia, acertó á mirarse en el agua; y el horrible pellejo de asno, que hacia veces de tocado y de vestido, la llenó de espanto. Avergonzada al verse de tan mala traza se quitó la roña del rostro y de las manos, que quedaron más blancas que el marfil, y su hermoso cútis recobró su natural frescura. Con el gusto y contento de verse tan hermosa sintió vivos deseos de bañarse en la fuente, y así lo hizo; mas luego fué indispensable cargar otra vez con el feo pellejo para volver á la granja. Afortunadamente el dia siguiente era dia de fiesta, con cuyo motivo tuvo ocasion de sacar su cajita, de arreglar su tocado, de empolvar sus hermosos cabellos, y de ponerse el vestido del color del cielo. Su chiribitil era tan

© Biblioteca Nacional de España

reducido, que desplegada no cogia en él la cola de tan precioso vestido. La hermosa princesa se miró y remiró, y con mucha razon no se cansaba de mirarse: de suerte que para desterrar el fastidio determinó irse poniendo los disantos todas sus galas una en pos de otra, y puntualmente así lo hizo. Con sumo arte y exquisito gusto adornaba su hermosa cabellera de diamantes y flores; y no pocas veces se dolia de no tener más testigos de su hermosura que sus pavos y sus ovejas, los cuales, á decir verdad, no la querian ménos cuando andaba rebujada en el horroroso pellejo de asno, que dió márgen al apodo que en la alquería le pusieron.

Un dia de fiesta que la hermosa *Pellejo de asno* se habia puesto el vestido del color del sol, el hijo del rey, dueño de la granja, descabalgó á su puerta para descansar de la cacería. Aquel príncipe era jóven, hermoso y gallardo, amado con delirio de sus padres, el rey y la reina, é idolatrado de sus pueblos. Brindósele con una comida campestre, que aceptó con mucho gusto, y luego fué recorriendo los patios y todos los rincones y escondrijos de la casa. Discurriendo de una parte á otra, penetró en un corredor sombrío, á cuyo extremo vió una puerta cerrada. La curiosidad le movió á acechar por el ojo de la cerradura. ¡Cuál no seria la admiracion y sorpresa que le causó la vista de la princesa, tan hermosa, tan ricamente vestida! Al contemplar su aire noble y modesto parecíale una deidad. La emocion vivísima de que en aquel momento estaba poseido su ánimo, habríale impulsado á derribar la puerta, á no contenerle el respeto que tan peregrina hermosura le infundia.

© Biblioteca Nacional de España

No sin gran dolor de su alma pudo apartarse de aquel corredor tenebroso, y si lo hizo, fué para informarse de quién era la encantadora ninfa que en aquel humilde aposento vivia. Dijéronle que era una porquerizа por mal nombre llamada *Pellejo de asno*, á causa del pellejo que le servia de abrigo ; que era tan sucia y asquerosa , que nadie la miraba ni hablaba con ella, y que por caridad la habian recibido en la casa para guardar las ovejas y los pavos.

Poco satisfecho el príncipe de semejantes razones, fácilmente conoció que aquellos patanes groseros oian campanas sin saber dónde ; y que hacerles más preguntas sería lo mismo que coger agua en harnero.

Volvió al real palacio de su padre, enamorado hasta los ojos , sin poder apartar un solo instante de su memoria la hermosísima imágen de la deidad que habia visto por el ojo de la cerradura. Pesóle en extremo no haber echado la puerta abajo , é hizo firme propósito de no tener que arrepentirse segunda vez. Pero la viva agitacion de la sangre, ocasionada por el ardor de su pasion amorosa , le produjo una fiebre tan terrible , que en quítame allá esas pajas le puso á los umbrales de la muerte.

Su madre, la reina , que no tenia otro hijo, se desesperaba al ver la ineficacia de todos los remedios. En balde prometia á los médicos las mayores recompensas. Los doctores apelaban á todos los recursos de la ciencia; pero nada les daba la menor esperanza de poder volver su salud al príncipe. Conocieron por último que alguna pena muy honda debia de ser la causa de aquel mal gravísimo, y se lo dijeron á la reina. La desventura-

© Biblioteca Nacional de España

da madre, llena de ternura por su hijo, fué á rogarle que le descubriese la causa de su pesar; que aunque para devolverle la tranquilidad fuese menester darle una corona, su padre se la cederia con mucho gusto; que si deseaba casarse con alguna princesa de algun país enemigo, peligros, quejas de los vasallos, murmuraciones, todo se arrostraria para satisfacer sus deseos; y que por Dios no dejase morir á su madre de afliccion, pues que su vida estaba colgada de la vida de su hijo. No llegó la reina al fin de este razonamiento, sin derramar sobre el rostro del príncipe un torrente de lágrimas.

—Madre y señora, dijo éste con voz apagada; no soy tan descastado y perverso que ambicione la corona de mi padre. ¡Ojalá se digne el cielo concederle largos años de vida, y que siempre sea yo el más leal y el más respetuoso de sus vasallos! En cuanto á las princesas que V. dice, no he pensado todavía en casarme, y esté V. muy persuadida de que dominando como debo mi voluntad, cueste lo que costare, obedeceré siempre á mis padres.

—¡Hijo de mis entrañas! replicó la reina. ¿Qué no haria yo por salvar tu vida? Salva, hijo mio, la de tu madre y la de tu padre; dime lo que te falta, lo que deseas, y está seguro de que lo tendrás.

—¡Norabuena! madre mia, contestó. Ya que es preciso descubrir á V. mi corazon, lo haré. ¿No sería un crímen exponer la vida de dos personas para mí tan queridas? Madre de mi corazon, lo único que deseo es que la hermosa *Pellejo de asno* me haga una torta, y que en estando hecha me la traigan.

© Biblioteca Nacional de España

La reina, admirada de un nombre tan extravagante, preguntó que quién era esa *Pellejo de asno*. Y uno de la servidumbre del príncipe, que por casualidad la habia visto, dijo:

—Señora, despues del lobo es el animal más ruin que la tierra sustenta: es una mujer negra como un demonio, una porquera asquerosa y grasienta que vive en la granja, y que guarda vuestros pavos.

—No importa, dijo la reina: eso es que mi hijo, al volver de cazar, probó sus tortas. Antojos de enfermo. En resúmen quiero que *Pellejo de asno*, ya que la tal *Pellejo de asno* no es una quimera, haga sin tardanza una torta.

Envióse al momento á la granja mandando que *Pellejo de asno* se presentase, y sin perder tiempo hiciese una torta para el príncipe.

Algunos autores aseguran, que al acechar el príncipe por el ojo de la cerradura, *Pellejo de asno* lo habia advertido; que asomándose luego á la ventana para ver al desconocido galan, le habia parecido muy jóven, muy hermoso y de muy gallarda presencia, y que este agradable recuerdo arrancaba frecuentemente de su pecho tiernos suspiros.

Sea lo que fuere, bien que *Pellejo de asno* efectivamente le hubiese visto, bien que hubiese oido hablar de él con grande elogio, lo cierto es que contentísima de que se le ofreciese un medio de darse á conocer, se encerró en su chiribitil, se lavó la cara y las manos, peinó y adornó sus rubios cabellos, se puso un corpiño de luciente plata, un guardapiés de plata, y cogiendo luego

© Biblioteca Nacional de España

harina floreada y huevos y manteca, todo muy fresco, empezó á amasar la tan deseada torta. Estando en esta ocupacion, con descuido ó con cuidado se le cayó de un dedo una sortija, que quedó envuelta entre la masa. Rebozándose en seguida con su horrible pellejo de asno, entregó la torta al enviado de palacio, á quien preguntó por la salud del príncipe; pero el encopetado señor, sin dignarse contestar una sola palabra, se fué corriendo á presentar á su amo la torta.

El príncipe arrebató la torta de las manos del que la traia, y comenzó á engullir con tan buen apetito, que los doctores que estaban presentes, no dejaron de observar que un hambre tan desmedida era un síntoma funesto. Efectivamente, en un trís estuvo que no se ahogase el príncipe con la sortija escondida dentro de uno de los pedazos de torta; pero con mucho tiento se la sacó de la boca, y su afan por comer se calmó algun tanto, embebecido como se quedó contemplando una finísima esmeralda montada en un anillo de oro, de tan escaso diámetro, que necesariamente debia pertenecer al más lindo y chiquirritito dedo del mundo. Besó la sortija mil y mil veces, y la puso debajo de la almohada, de donde á hurtadillas la sacaba para mirarla y besucarla mil veces más.

No es decible lo que aquel magin caviló buscando un medio de poder ver á la dama cuya era la sortija. Convencido de que sería en balde pedir que trajesen á palacio á *Pellejo de asno* que habia hecho la tan deseada torta, porque no habian de consentírselo; no atreviéndose á hablar de la hermosa deidad que por el ojo de la

© Biblioteca Nacional de España

cerradura habia visto, por temor de que no se burlasen de él, creyéndole un visionario; hirviendo en su cabeza mil encontrados pensamientos, tuvo un acceso violentísimo de calentura; y los médicos, que habian perdido ya la brújula, declararon á la reina que la enfermedad de su hijo era en resumidas cuentas mal de amores.

La reina y su esposo, que estaban desesperados, se acercaron á la cama de su hijo, á quien el afligido monarca dijo con ternura:

—Hijo mio, revélanos el nombre de la señora de tus pensamientos: prometemos dártela por esposa, aunque sea la más ruin de las esclavas.

La reina, abrazándole cariñosamente, reiteraba las promesas del rey. Y el príncipe, vivamente conmovido con las pruebas de ternura y afecto que de sus padres recibia, les respondió:

—Padre mio, madre mia; léjos, léjos de mí la idea de contraer un enlace que en lo más mínimo pudiera desdoraros ó disgustaros. En prueba de lo que digo (añadió, sacando la esmeralda de debajo de la almohada), sabed que deseo casarme con la dueña de esta sortija. No es probable que la que tiene tan hermoso dedo sea ninguna palurda, ni ninguna villana.

El rey y la reina cogieron la sortija, examináronla detenidamente, y opinaron como el príncipe que aquel anillo debia de pertenecer á alguna jóven de ilustre sangre. Entónces el rey, abrazando á su hijo, y encargándole que procurase recobrar la salud, mandó á sus heraldos pregonar por toda la ciudad á son de tambores, pífanos y trompetas, que todas las damas compareciesen

© Biblioteca Nacional de España

á palacio para probarse una sortija, y que aquella en cuyo dedo encajare habia de ser la esposa del heredero de la corona.

Comparecieron primero las princesas, luego las duquesas, las marquesas, las condesas y las baronesas; pero por mucho que procuraron adelgazarse los dedos, ninguna pudo ponerse el anillo. Vinieron luego las modistas, guanteras y planchadoras, y las habia bonitas, pero con unos dedos muy gordazos. El príncipe, algo mejorado ya, verificaba la prueba por sí mismo. Siguió la procesion, y vinieron las doncellas de labor: ni por esas. Ninguna habia salido con bien de la prueba del anillo, cuando el príncipe mandó llamar á las cocineras, á las fregonas y á las pastoras. Por de contado acudieron todas en tropel; pero sus dedos abotagados, cortos y colorados, no podian entrar más que hasta la uña.

—¿Ha venido, dijo el príncipe, aquella *Pellejo de asno* que estos últimos dias me hizo la torta?

Todo el mundo se echó á reir, y le contestaron que no, porque era por demás mugrienta y asquerosa.

—Que venga al instante, exclamó el rey: no se ha de decir de mí que haya permitido excluir á nadie.

Con gran chacota y burla fuéron á buscar á la pavera.

La infanta, que habia oido los tambores y el pregon de los heraldos de armas, ya sospechaba que su anillo era la causa de toda aquella zambra. Amaba al príncipe, y como el verdadero amor es tímido y modesto, estaba la infeliz en una contínua zozobra, recelando que alguna

© Biblioteca Nacional de España

dama no tuviese el dedo tan pequeño como el suyo. ¡Cuán grande no sería su contento al oir que venian por ella y que ya estaban llamando al portal! Luego que supo que se buscaba un dedo de la medida de su sortija, una esperanza vaga la habia impulsado á peinarse con más esmero, á ponerse su lindo corpiño de luciente plata, con el guardapiés todo lleno de faldones de encaje de plata, y todo cuajado de esmeraldas. Al momento que oyó los golpes al portal, y que la llamaban para presentarla al príncipe, cogió de prisa su pellejo de asno, abrió la puerta de su chiribitil, y todos los criados de la casa fuéron á anunciarle en tono de chunga que el rey la habia mandado llamar para casarla con su hijo. Luego con mucha algazara y soltando sendas carcajadas la acompañaron á la presencia del príncipe, el cual, lleno de sorpresa al ver el mal perjeñado arreo de aquella muchacha, no acababa de creer que pudiera ser la misma que habia visto tan hermosa y tan magníficamente vestida.

Mohino y confuso de haber caido en tan grosero engaño, dijo á *Pellejo de asno*:

—¿Eres tú la que vive al extremo de aquel corredor oscuro en el tercer patio de la granja?

—Sí, señor, contestó.

—Dame la mano, balbuceó el príncipe, temblando y arrancando del pecho un profundo suspiro.

¡Cáspita! ¡Qué brinco dieron el rey y la reina y todos los gentil hombres de cámara y todos los grandes de la córte, cuando por debajo de aquel asnal pellejo negro y grasiento vieron asomar una manecita delicada, blanca y rosada, en cuyo dedo meñique, el más cuco del mun-

© Biblioteca Nacional de España

do, entró el anillo como Pedro por su casa! Y cuando á un ligero movimiento de la infanta cayó el pellejo, pareció tan encantadora y deslumbrante la hermosura de su rostro, que el príncipe, débil y todo como estaba, se arrojó á sus rodillas y las estrechó contra su pecho con un ardor tal, que hizo subir los colores al rostro de la pobre niña; pero casi nadie tuvo tiempo de advertirlo, porque el rey y la reina tambien la tenian abrazada con grandes extremos de cariño, y le pedian con ternura que se casase con su hijo.

La princesa, llena de confusion al ver las demostraciones de cariño que los reyes le prodigaban, y el amor de que la daba pruebas el hermoso príncipe, iba á manifestarles su gratitud, cuando de repente se abrió el pavimento del salon y en una carroza de ramas y flores de su mismo nombre apareció el hada de las Lilas; la cual, bajando de la carroza, con singular gracia y con todos sus pelos y señales, contó la historia de la infanta de la cruz á la fecha.

El rey y la reina, contentísimos de ver que *Pellejo de asno* era una gran princesa, redoblaron sus caricias; pero al príncipe le hizo más impresion todavía el conocer su mucha virtud; con lo cual se acabó de inflamar y avivar el amor de su pecho.

La impaciencia del príncipe por casarse con la princesa era tanta que apénas dió tiempo para los preparativos de la boda. El rey y la reina, lelos de cariño con su nuera, colmábanla de caricias, y contínuamente la tenian entre sus brazos.

La infanta declaró que no se casaria sin obtener el

© Biblioteca Nacional de España

consentimiento de su padre. Por lo tanto, este fué el primero á quien se convidó para la boda, sin decirle el nombre de la novia. Así lo habia exigido, para asegurar el resultado, el *Hada de las Lilas* que estaba en todo, y que, como era justo, todo lo ordenaba y disponia.

Acudieron reyes de todos los países, los unos en sillas de manos, los otros en birlocho; los de países más remotos llegaron montados en elefantes, en tigres ó en águilas; pero el que ostentó más riqueza y poderío fué el padre de la infanta, quien habiendo afortunadamente conseguido borrar de su memoria aquel amor sin ton ni son, estaba ya casado con una reina viuda hermosísima, de la cual no tuvo ningun hijo.

La infanta le salió al encuentro, volando en alas del deseo, y ántes de que pudiera echarse á sus plantas, él la abrazó conmovido de ternura. El rey y la reina le presentaron á su hijo, á quien recibió con mucho agasajo. Las bodas se celebraron con toda pompa y suntuosidad. Los esposos, sin hacer gran caso de la ostentacion que les rodeaba, no hacian más que mirarse y remirarse uno á otro. El rey, padre del príncipe, hizo coronar aquel mismo dia á su hijo, y besándole las manos lo sentó en el trono. No valieron las razones que un príncipe tan bien nacido no podia ménos de alegar: fué precisa la obediencia. Las fiestas de aquel régio casamiento duraron cerca de tres meses; y el amor de los dos esposos viviria á estas fechas, ¡tan firme era su cariño! si cien años despues no hubiesen tenido que devolver sus despojos mortales á la madre tierra.

© Biblioteca Nacional de España

MORALEJA.

Que es una bola, oh buen lector, dirás
Del tal pellejo la galana historia;
Pero miéntras del mundo en la ancha noria
Rueden niños, y abuelas y mamás,
Del pellejo y del asno habrá memoria.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

EL RATONCILLO BLANCO.

Un dia salió el rey á cazar, y perdió el camino. Al tiempo que andaba buscándolo, llegó á sus oídos el rumor de una conversacion, y dirigiéndose hácia el punto donde las voces sonaban, descubrió á un leñador que en compañía de su mujer estaba cortando leña.

La mujer decia:

—¡Vaya que nuestra señora madre Eva fué bravamente glotona! A no ser por la dichosa manzana, no nos veríamos ahora, cual nos vemos, condenados á trabajar como unos mulos.

© Biblioteca Nacional de España

—Sí á fe, contestó el marido; pero nuestro buen padre Adan, que hizo caso de su parlería, fué tambien un solemne majadero. Podias venirte á mí con camuesas. ¡Ya! ¡ya! Te juro por quien soy que te habia de zurrar la badana, y de lo lindo.

Llegóse el rey, y les dijo:

—¡Hola, amiguitos! Buenos trabajos estais pasando.

—Sí, señor, contestaron (sin saber que fuese el rey): crea V. que es mucha cruz. Todo el santo dia de Dios estamos echando los hígados, y gracias que se pueda ir trampeando.

—¡Ea! dijo el rey: venid conmigo, y viviréis sin trabajar.

En este momento aparecieron algunos gentil hombres y monteros que andaban buscando á su majestad, y nuestros buenos leñadores se quedaron con la boca abierta.

No bien llegaron á palacio, el rey les mandó entregar vestidos magníficos, una carroza y lacayos. A la comida les servian doce platos, y al cabo de un mes, veinte y cuatro; pero en el centro de la mesa se colocaba siempre un plato muy tapado. La mujer, picada de la curiosidad, iba á destaparlo, cuando un gentil hombre la detuvo, diciéndole que el rey habia prohibido tocarlo, por no querer que nadie supiese lo que dentro contenia.

Luego que los dejaron solos, notó el marido que su mujer estaba triste y que habia perdido la gana de comer. Preguntóle cuál era la causa de aquella nove-

© Biblioteca Nacional de España

dad, y la mujer contestó, que no siendo de lo que el plato tapado encerraba, no habia de probar un solo bocado.

—¿Estás dada á los diablos? exclamó el marido. ¿No acabas de oir que el rey nos ha prohibido tocar el tal plato?

—El rey es muy injusto, respondió la mujer: si no quiere que comamos el plato ¿á qué viene sacarlo á la mesa? Y se echó á llorar como una Magdalena, jurando y perjurando que como su marido no le permitiese destapar el plato, se tiraria al pozo de cabeza.

El bobalicon del marido, que la queria como los ojos de la cara, sintió tal pesadumbre al verla lloriquear, que le dió palabra de acceder á todo cuanto se le antojase. Destapó el plato, y piés ¿para qué os quiero? salió disparado como una flecha un ratoncillo blanco que en un abrir de ojos se puso en salvo. Bien quisieran atraparlo, pero el tunante se habia metido en un agujero, y ahí me las den todas.

En esto que entra el rey preguntando dónde estaba el raton.

—Señor, dijo temblando el marido: mi mujer no ha cesado de molerme, y dale que dale, empeñada en averiguar lo que habia en el plato. Quité la tapa, y el raton ¡ya se ve! se las lió.

—¡Tate! ¡tate! exclamó el rey. ¿Esas tenemos? ¿No decias que á encontrarte tú en el pellejo de Adan le habrias tocado la pámpana á tu mujer para curarle la curiosidad y la gula? Más te valiera no haber dejado caer en saco roto tu amenaza. Y tú, mala pécora, con tanto bien

© Biblioteca Nacional de España

de Dios como aquí disfrutabas ¿qué falta te hacia el plato que os prohibí tocar? ¡Arre, haraganes! Volveos al bosque, y por mucho que tengais que arrimar el hombro, dejad en paz á Adan y Eva; pues veis la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el vuestro.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Lit. Abadal Tapinería 52

Cenicienta.

BIBLIOTECA NACIONAL

© Biblioteca Nacional de España

LA CENICIENTA

ó

LA CHINELITA DE CRISTAL.

Un gentil hombre viudo casó con una viuda, la mujer más orgullosa y encopetada que jamás se haya visto. La viuda tenia dos hijas, de las cuales podia decirse «de tal palo tal astilla.» El viudo tenia por su parte una niña dulce y bondadosa, vivo retrato de su madre, que habia sido un ángel.

A los pocos dias de celebrado el matrimonio empezó la madrastra á sacar las uñas. Dábanle grima las excelentes prendas de la hijastra, puestas más de relieve por los repugnantes defectos de las dos hijas.

© Biblioteca Nacional de España

La pobre niña tuvo que cargar con los más penosos y viles quehaceres de la casa: ella era quien fregaba los platos y las escaleras, quien barria y limpiaba las habitaciones de la señora, y de las señoras hijas. Tenia que dormir en la guardilla en un jergon de paja, al paso que las habitaciones de las hermanas estaban muy bien alfombradas, con sus camas de última moda y con sus magníficos espejos de cuerpo entero.

Todo lo soportaba con paciencia la infeliz criatura sin atreverse á decir una palabra á su padre, que la habria regañado, porque era un pobre calzonazos. Luego de concluida su tarea, metíase en un rincon del hogar, sentándose encima la ceniza, y por esto la llamaban *Culo de ceniza*. Pero la hermana menor, que no era tan desbocada como la otra, la llamaba *Cenicienta*. Sin embargo, *la Cenicienta*, con sus pobres vestidos y todo, era mil veces más hermosa que sus hermanas, tan compuestas y emperejiladas.

Cierto dia el hijo del rey dió un baile, y convidó á toda la gente de pelusa. Nuestras dos señoritas recibieron su esquela de convite, pues eran de las que más papeleaban en aquel país. Cátelas V. muy contentas y muy atareadas en escoger los trajes y prendidos que mejor pudieran adornarlas. Nuevos apuros para la *Cenicienta;* porque ella era la que tenia que planchar la ropa de sus hermanas, y la que tenia que alechugar sus mangas. Dia y noche no sabian hablar de otra cosa mas que de sus trajes de baile.—«Yo, decia la hermana mayor, me pondré mi vestido de terciopelo encarnado, y mi aderezo de Inglaterra.»—«Yo, contestaba la menor, no tengo mas

© Biblioteca Nacional de España

que las sayas de siempre, pero en cambio me pondré mi manto de flores de oro, y mi diadema de brillantes. ¿Es moco de pavo?»

Pidiéronse á la peinadora de más fama dos tocados de moda, y se compraron tambien dos lindísimos lunares á la maestra más entendida en el ramo. No dejaron las hermanas de consultar á la *Cenicienta*, cuyo buen gusto nadie podia negarle. La *Cenicienta* les dijo su parecer, y se ofreció á peinarlas. No se hicieron de rogar. Miéntras las estaba peinando, le decian:

—Cenicienta, ¿te gustaria ir al baile?

—¡Se burlan Vds., señoritas! No se hizo la miel para la boca del asno.

—No te falta razon: figúrate lo que se reiria todo el mundo al ver en el baile á una Culicenicienta.

A ser otra la *Cenicienta*, las habria dejado puestas unas fachas; mas era tan bondadosa, que las peinó á las mil maravillas.

Casi dos dias estuvieron sin catar un bocado; ¡tan locas estaban de alegría! Más de doce cordones con herretes hicieron pedazos á fuerza de atacar la cotilla, para adelgazar la cintura; y no se quitaban un instante del espejo.

Llegó por último el venturoso dia: fuéron al baile, y á la *Cenicienta* se le iban los ojos tras ellas.

Cuando ya las perdió de vista se echó á llorar. Su madrina, viendo que lloraba á lágrima viva, le preguntó qué tenia.

—Yo quiero..... yo quiero..... Tan de véras lloraba, que no pudo acabar la frase.

© Biblioteca Nacional de España

Su madrina, que era hada, le dijo:

—¿Quisieras ir al baile, no es verdad?

—Sí, por cierto; contestó la *Cenicienta* suspirando.

—Corriente; replicó la madrina. ¿Serás buena? Yo haré que vayas al baile.

En seguida se la llevó á su aposento, y le dijo:

—Vete al jardin y tráeme una calabaza.

La *Cenicienta* fué corriendo á coger la más hermosa que pudo encontrar y la llevó á su madrina, sin que acertase á explicarse qué tenia que ver aquella calabaza con lo de ir al baile. Su madrina vació la calabaza sin dejar mas que la corteza, y al tocarla con su varilla, quedó convertida en una magnífica carroza dorada. Fuése en seguida á ver la ratonera, y encontró dentro seis ratoncillos vivos. Dijo entónces á la *Cenicienta* que levantase un poco la trampa, y á medida que los ratoncillos querian escaparse los tocaba con la varilla, y quedaban trasformados en briosos caballos. Y como quien no dice nada, héte aquí ya un magnífico tiro entero de tordillos rucios de color de ratoncillo.

Pensando de qué podria hacerse un cochero, dijo la *Cenicienta*:

—Voy á ver si en la ratonera hay algun raton, y harémos de él un cochero.

—Tienes razon, dijo la madrina: anda corriendo.

La *Cenicienta* volvió con la ratonera, dentro la cual habia tres grandes ratones. El hada eligió uno de los tres por razon de su respetable barba, y tocándolo con la varilla, le trasformó en un cochero mofletudo con unos bigotes de marca mayor. Luego dijo á la *Cenicienta*:

© Biblioteca Nacional de España

—Vete al jardin y detrás de la regadera encontrarás seis lagartos : tráelos.

No bien los hubo traido, los trasformó la madrina en seis lacayos, que con sus galoneadas libreas se encaramaron á la trasera del coche, é iban tan seguros y reverendos como si en su vida no hubiesen hecho otra cosa.

El hada dijo entónces á la *Cenicienta:*

—¡Vaya! ya tienes con qué irte al baile. ¿Estás contenta?

—Sí; pero ¿cómo he de ir al baile con estos asquerosos vestidos?

Su madrina la tocó con la varilla, y de súbito quedó convertido su vestido en un traje de oro y plata todo cuajado de pedrería; y luego le dió un par de chinelas de cristal, la cosa más linda que jamás se haya visto.

De tal suerte engalanada, subió á la carroza; pero su madrina le encargó muchísimo que por ningun estilo permaneciese en el baile más allá de la media noche, pues de lo contrario su carroza volveria á ser calabaza, los caballos ratones, los lacayos lagartos, y sus viejos vestidos recobrarian su primitiva forma. Prometió que sin falta saldria del baile ántes de media noche, y se fué tan contenta que no sabía lo que le pasaba.

El hijo del rey, como le anunciasen que acababa de llegar una gran princesa á quien nadie conocia, salió á recibirla, dióle la mano para bajar del carruaje, y la acompañó al salon, donde estaban los convidados.

Reinó al momento un silencio profundo; paróse la danza, y callaron los violines. ¡Tan grande era la atencion con que todo el mundo contemplaba la sin par be-

© Biblioteca Nacional de España

lleza de la hermosa desconocida. No se oia mas que un sordo murmullo de admiracion: «¡Es encantadora! ¡es hechicera! ¡es lindísima!»

El rey mismo, á pesar de su edad provecta, no cesaba de mirarla, y decia por lo bajo á la reina que no se acordaba de haber visto en mucho tiempo una jóven tan amable y tan preciosa.

Todas las damas estaban examinando atentamente su tocado y su traje, para ponerse al dia siguiente otro parecido, dado que tuviesen la suerte de encontrar telas tan ricas y manos tan hábiles como se requerian. El hijo del rey la colocó en el lugar preferente, y en seguida la sacó á bailar. Bailó con una gracia tan extremada, que fué creciendo de punto la general admiracion. Sirvióse luego una cena magnífica, pero el jóven príncipe no cató un bocado. ¡Tan embebido estaba contemplando á la hermosa desconocida! Ella fué á sentarse al lado de sus hermanas y les hizo mil cumplimientos: ofrecióles parte de las naranjas y limones que el hijo del rey le habia dado: lo cual no dejó de causarles sorpresa, porque no la conocian. En aquella sazon dieron las doce ménos cuarto, y la *Cenicienta* al momento saludó á todos y desapareció. No bien llegó á casa, sin perder tiempo fué á ver á su madrina, y despues de darle las gracias manifestóle vivísimos deseos de volver al baile al dia siguiente, porque el hijo del rey se lo habia encarecidamente suplicado. En el entretanto que á su madrina estaba contando todo lo ocurrido en el baile, llamaron á la puerta las dos hermanas, y la *Cenicienta* fué á abrir.

—¡Cuánto habeis tardado! les dijo bostezando, res-

© Biblioteca Nacional de España

tregándose los ojos y desperezándose como si acabara de despertarse. No obstante, desde que no se habian visto, malditas las ganas de dormir que habia tenido.

—Si hubieses venido al baile, le dijo una de las hermanas, yo te aseguro que no te habrias fastidiado: ha estado en él la más hermosa princesa que vió nacer el sol; nos ha hecho muchísimos cumplimientos, y nos ha dado naranjas y limones.

La *Cenicienta* no cabia de gozo: preguntóles cómo se llamaba la princesa; á lo que contestaron que nadie la conocia, que el hijo del rey lo sentia en el alma, y que daria la vida por saber su nombre. Sonrióse la *Cenicienta*, y les dijo:

—¡Tan hermosa es! ¡Ay Dios! ¡qué dichosas son ustedes! ¿Cómo haria yo para verla? Señorita, préstame V. el vestido amarillo que lleva V. todos los dias.

—Por supuesto, dijo la señorita. ¡Vaya! ¡Bueno fuera que yo prestase ahora mi vestido á una ruin Culicenicienta como esa! ¡Tendria que ver! Seria preciso haber perdido la chaveta.

Bien sabida se tenia la *Cenicienta* semejante contestacion, y no le pesó por cierto, porque muy apurada se habria visto, si á su hermana se le hubiese antojado prestarle el vestido.

Al dia siguiente las dos hermanas fuéron al baile, y la *Cenicienta* tambien, pero mucho más elegante y ricamente ataviada que la vez primera. El hijo del rey no se apartó un solo instante de su lado, ni se cansaba de echarle piropos. No debia de tomarlo tan á mal la señorita, cuando se le pasó por alto lo que tanto le habia

© Biblioteca Nacional de España

encargado la señora madrina. Oyó tocar la primera campanada de las doce, cuando se figuraba que no eran siquiera las once. Levantóse de pronto y se escapó más ligera que una corza. Fuése tras ella el príncipe, mas no pudo alcanzarla. Pero se le habia caido á la fugitiva una de las chinelas de cristal, que el príncipe tuvo buen cuidado de recoger.

La *Cenicienta* llegó á su casa echando los bofes, sin carroza, sin lacayos, y con sus astrosos vestidos: de toda su magnificencia no le quedó nada, mas que una de sus chinelas de cristal, hermana de la que se le habia caido. Preguntóse á los centinelas de la puerta del palacio si acaso habian visto salir á una princesa, y contestaron que no habian visto salir á nadie, sino á una jóven muy mal vestida, y que más trazas tenia de palurda que de señora.

Cuando las dos hermanas volvieron del baile, preguntóles la *Cenicienta* si se habian divertido mucho, y si tambien habia estado la hermosa princesa. Contestáronle que sí; pero que á las doce se habia escapado, y que al huir se le cayó una de sus pequeñas chinelas, lo más lindo del mundo; que el hijo del rey habia recogido la chinela, no haciendo otra cosa que mirarla durante el resto del baile, y que sin duda estaba muy enamorado de la dama á quien tan estimada prenda pertenecia.

Verdad debió ser lo que dijeron; porque á los pocos dias el hijo del rey mandó pregonar á són de clarines que daria la mano de esposo á la dama á cuyo pié se ajustase perfectamente la chinela. Probáronsela las princesas, luego las duquesas, y todas las damas de la cór-

© Biblioteca Nacional de España

te ; pero en vano. Leváronla á las dos hermanas que hicieron todo lo posible para meter el pié ; pero por más que sudaron no pudieron salir con la suya. La *Cenicienta* que las estaba mirando y habia reconocido la chinela, dijo riendo :

—Vamos á ver si me viene bien.

Sus hermanas soltaron la carcajada é hicieron mofa de ella; pero el gentil hombre encargado de la prueba de la chinela, mirando muy atentamente á la *Cenicienta* y no pareciéndole costal de paja la niña , dijo que lo que pedia era justo, y que el rey habia dado órden de probar la chinela á todas las muchachas.

Hizo sentar á la *Cenicienta* , y poniendo la chinela en su lindo piececito , vió que le estaba pintada. Grande fué la sorpresa de las dos hermanas ; mas creció de punto cuando notaron que la *Cenicienta* sacaba del bolsillo la otra chinela , y que bonitamente se la calzaba.

En esto que llega la madrina , y dando un golpe de varilla en los vestidos de la *Cenicienta* , los trasforma en un traje que por lo rico y magnífico á todos los anteriores hacia ventaja.

Entónces las dos hermanas reconocieron en la *Cenicienta* á la hermosa dama que habian visto en el baile, y se echaron á sus plantas, pidiéndole mil perdones por el mal trato de que la habian hecho víctima. La *Cenicienta* levantólas del suelo, y echándoles los brazos al cuello, les dijo que de todo corazon las perdonaba y les suplicaba que siempre la amasen.

Engalanada como estaba, fué conducida al palacio del jóven príncipe , que la encontró más hermosa que nunca,

© Biblioteca Nacional de España

y que dentro muy pocos dias se casó con ella. La *Cenicienta*, que todo lo que tenia de hermosa tenia de buena, se llevó á sus hermanas al palacio y las casó el mismo dia con dos elevados personajes de la córte.

MORALEJA.

De la belleza el singular tesoro
Si en las mujeres con razon se admira,
Más dulce afecto al corazon inspira
De gentil gracia el celestial decoro.
Este fué el talisman, el raro encanto
Que á Cenicienta su madrina diera,
Para que un trono merecer pudiera
(Siempre anda el cuento, la moral al canto).
La gracia es la diadema más preciada
Que las hadas ¡ oh hermosas ! daros pueden,
Con que las almas más rendidas queden :
Mucho con ella sois ; sin ella, nada.

OTRA.

¡ Cuánto pueden el talento,
La discrecion, la cordura,
Virtud, valor, hermosura,
Alto y claro nacimiento!
Mas estas, y aun otras ciento,
Virtudes del cielo dinas,
No le valen ni dos chinas
Al que tiene acá en el suelo
Que andar siempre al redopelo,
Sin padrinos ni madrinas.

© Biblioteca Nacional de España

LA REINA Y LA CAMPESINA.

ERASE una viuda, madre de dos hijas: la mayor se llamaba Blanca, y la menor Colorada. Un dia que la buena mujer estaba hilando sentada en el umbral de la puerta, vió pasar á una pobre vieja que caminaba con dificultad, apoyada en un palo.

—Debe de estar V. muy fatigada, dijo la viuda; descanse V. un ratito.

Y dirigiéndose á sus hijas les mandó traer una silla.

Levantáronse las dos, pero Colorada anduvo más lista que su hermana, y trajo la silla.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Quiere V. refrescar ó tomar un bocadito? añadió la madre.

—De mil amores, contestó la pobre vieja.

La viuda mandó á Blanca que fuese al instante á coger ciruelas de un ciruelo que la misma niña habia plantado. Blanca obedeció refunfuñando, y ofreció las ciruelas de muy mala gana.

—Y tú, Colorada, dijo la viuda, ¿nada tienes que ofrecerle á esa buena señora?

—Las uvas no están en sazon, contestó la muchacha; pero calla, que oigo cacarear mi gallina, y sin duda ha puesto un huevo.

Y sin decir mas palabra fué corriendo por el huevo; pero al tiempo de ofrecérselo á la vieja, vió en su lugar á una hermosa dama, que dijo á la madre:

—Soy el hada *Dadivosa* y quiero premiar á tus hijas segun sus merecimientos. La mayor será una gran reina, y la menor una labradora.

En seguida tocó con su varilla la casa, y quedó trasformada en una deliciosa granja.

—Hé aquí tu parte, dijo á Colorada. A cada una de vosotras concedo lo que ha de ser más de su agrado.

Así dijo, y desapareció.

La viuda y sus hijas entraron en la granja y quedaron encantadas de todo cuanto se les presentó á la vista. Las sillas eran de palo, pero limpias como una plata. Las camas blancas como la nieve. Encontraron en los establos veinte carneros y otras tantas ovejas, cuatro bueyes y cuatro vacas. El patio parecia el arca de Noé; allí de gallinas, de patos, de pichones, de todo cuanto Dios crió.

© Biblioteca Nacional de España

Vieron luego un hermoso jardin cargado de flores y de frutas.

Blanca miraba sin envidia el regalo que le habia tocado á su hermana, saboreando interiormente el placer que habia de causarle el verse reina. De repente oyó grande estruendo y vocería de cazadores, y como saliese á la puerta para verlos, pareció tan linda á los ojos del rey, que se casó con ella.

Blanca, luego que se vió reina, dijo á su hermana Colorada:

—No quiero que seas labradora, ven conmigo, hermanita, y te casaré con un gran señor.

—Mil gracias, querida hermana; estoy acostumbrada á vivir en el campo, y no quiero mudar de vida.

La reina Blanca partió á la córte, y estaba tan loca de alegría, que pasó noches enteras sin pegar los ojos. Los primeros meses estaba tan ocupada en sus trajes, en saraos y teatros, que de nada más se acordaba. Pero al poco tiempo, acostumbrada ya á todo, ninguna de estas cosas podia distraerla; y tenia por el contrario grandes motivos de desazon y disgusto.

Las damas de la córte, envidiosas de ver convertida en reina á una simple campesina, no podian verla ni en pintura. Desquitábanse de los actos de respeto que estaban obligadas á tributarle, murmurando y diciendo de ella cuantas picardías podian. Las murmuraciones y chismes llegaron á oídos del rey, y en verdad, en verdad que no le hicieron buen estómago. Empezó desde entónces á mirar con malos ojos á la reina; porque su majestad era por otra parte algun tanto veleidoso y casquivano. No

© Biblioteca Nacional de España

bien se apercibieron los cortesanos de que el amor del rey á la reina se habia enfriado, empezaron á descararse con ella y á faltarle al respeto. La pobre Blanca no tardó mucho en sentir todo el rigor de su mala estrella. Conoció que en la córte era moneda corriente vender á los amigos por el interés, poner cara de pascua á los enemigos, y mentir á trochemoche.

Tenia que estar siempre muy séria y muy estirada, porque, segun decian, convenia á la majestad real un continente grave y severo.

Tuvo hijos, y en todo el tiempo que estaba en cinta, nunca se apartaba de su lado un médico encargado de examinar la comida, y que precisamente le vedaba comer de todo lo que más le apetecia.

Dábanle el caldo sin sal, y no le permitian pasear cuando más ganas tenia de paseo; en una palabra, desde que se levantaba hasta que se acostaba se veia contrariada en todos sus gustos. Dieron á sus hijos ayos que los educaran, y á pesar de conocer que les educaban mal, no tenia mas remedio que aguantarse y callar. La pobre Blanca, consumida de pena, se quedó tan delgada y macilenta, que á todo el mundo daba lástima.

En los tres años que llevaba de reina no habia tenido el gusto de ver á su hermana; pero al sentirse presa de la más negra melancolía, determinó pasar una temporada en el campo para distraerse.

Pidió permiso al rey, que por cierto no hizo un gran sacrificio en otorgárselo, pues le venía de perlas el librarse por algun tiempo de la pejiguera de la mujer.

A la caida de la tarde llegó Blanca á la granja de

© Biblioteca Nacional de España

Colorada, y vió desde léjos un enjambre de pastores y pastoras que delante la puerta se estaban solazando y bailaban con mucha bulla y algazara.

—¡Ay! exclamó la reina, despidiendo un suspiro. ¿Dónde habeis ido, oh tiempos felices, en que yo me alegraba y divertia como esas pobres gentes?

Semejante reflexion no tenia vuelta de hoja.

Desde el momento que vió Colorada á su hermana, precipitóse corriendo á sus brazos. Resplandecia en su rostro tan dulce satisfaccion y tan dichosa calma, que Blanca no pudo ménos de llorar amargamente al considerar su propia suerte. Vió á su hermana rodeada de hermosos hijos, pues se habia casado, de criados que la idolatraban y bendecian, de amigos fieles y sencillos; al paso que ella en la córte estaba cercada de envidiosos y traidores.

—¡Ay de mí! exclamó la reina. ¡Lindo regalo me hizo á fe mia la buena de la Hada con otorgarme una corona! ¡Cuán cierto es que no en magníficos palacios, sino en las inocentes ocupaciones de la vida campestre tiene su asiento y morada la alegría!

Apénas habia pronunciado estas palabras, se apareció la Hada, y le dijo:

—Si te concedí una corona, no lo hice en verdad para darte un premio, sino para imponerte el castigo que merecias por haberme ofrecido las ciruelas con tan mala voluntad. Para ser dichosa, buen ejemplo es tu hermana, es preciso contentarse con lo necesario y no desear lo supérfluo.

—¡Ah, señora! exclamó Blanca; bastante os habeis vengado; poned fin á mi desgracia.

© Biblioteca Nacional de España

—Enhorabuena, respondió la Hada: el rey, que maldito lo que se acuerda de tí, acaba de entregar la mano de esposo á otra mujer, y mañana vendrán á decirle de su parte que no le atrevas á parecer jamás por palacio.

Y el vaticinio del Hada tuvo cumplido efecto. Blanca pasó el resto de su vida en compañía de su hermana Colorada rodeada de felicidad y de alegría; y nunca más se acordó de la córte, sino para dar gracias á el Hada por haberle permitido volver á su pobre aldea.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Roguete del Copete.

© Biblioteca Nacional de España

ROQUETE DEL COPETE.

CIERTA reina dió á luz á un hijo tan feo y contrahecho, que largo tiempo se puso en duda si estaba ó no dotado de forma humana. Una hada que presenció el nacimiento del príncipe, vaticinó que no dejaria de ser digno de estimacion, porque estaria adornado de excelente ingenio, y que en virtud de un don que ella acababa de concederle, tendria el poder de comunicar todo su ingenio á la persona á quien más amase.

Estas promesas derramaron algun consuelo en el ánimo de la pobre reina, sumamente angustiada por haber

© Biblioteca Nacional de España

sacado á luz un tan extravagante monigote. Lo cierto es que apénas el niño empezó á balbucir, ya decia mil agudezas, y en todas sus acciones revelaba cierta travesura y perspicacia que se llevaban tras sí las voluntades. Olvidábaseme advertir que habia nacido con un pequeño mechon de cabellos encima la frente, y por esta razon le llamaban *Roquete del Copete;* puesto que *Roquete* era su verdadero apellido.

A los siete ú ocho años la reina de un estado comarcano parió dos hijas. La que primero nació era hermosa como el dia; y esta circunstancia regocijó tanto á la reina, que llegó á temerse que el mismo exceso de la alegría perjudicase su salud. Hallábase presente la misma hada que asistió al nacimiento de *Roquete del Copete;* y para moderar la alegría de la reina, anunciόle que la princesita no tendria pizca de talento y que sería tan estúpida como hermosa. No le cayó en gracia á la reina semejante prediccion, mas lo peor del hueso quedaba por roer; porque la segunda hija que salió de sus entrañas fué soberanamente fea.

—No hay que afligirse, señora, dijo la Hada: vuestra hija gozará en cambio de tan privilegiado ingenio, que apénas se echará ménos la hermosura que le niega el cielo. Vaya lo uno por lo otro.

—¡Quiéralo Dios! exclamó la reina; pero ¿no podria encontrarse algun medio de dar una pizquita de talento á la mayor, que es tan linda?

—En cuanto á talento, señora, yo nada puedo, contestó la Hada; mas tocante á hermosura, ya ese es otro cantar, y como no he de perder ripio en hacer cuanto

© Biblioteca Nacional de España

sea de vuestro agrado, prometo concederle el don de poder comunicar la hermosura á la persona que más le plazca.

A proporcion que las dos princesas iban creciendo en edad, crecieron tambien sus perfecciones, y todo el mundo se hacia lenguas de la hermosura de la mayor y del talento de la pequeña. Cierto es tambien que al compás de la edad iban en aumento sus defectos. La menor á ojos vistas se ponia cada vez más horrible, y la mayor de cada dia iba siendo mucho más estúpida: ó no contestaba á las preguntas que le dirigian, ó soltaba una barbaridad. Era tan torpe que no podia colocar sobre el marco de la chimenea cuatro piezas de loza sin romper una, ni sabía beber un vaso de agua sin que no se le derramase la mitad sobre el vestido. Por muy recomendable que sea la hermosura, en todas partes se llevaba la preferencia la hermana menor. Al principio se acercaba todo el mundo á la más hermosa para verla y admirarla; pero al momento se inclinaban todos á la de más talento, deseosos de escuchar los delicadísimos conceptos que de sus labios brotaban; y era asombroso ver cómo en ménos de un cuarto de hora no quedó nadie al rededor de la hermana mayor, y cómo en torno de la menor se arremolinaba todo el mundo. No le cayó en saco roto á la mayor, á pesar de su mucha estupidez, y de buena gana hubiera trocado toda su hermosura por la mitad del talento de su hermana.

La reina, sin embargo de estar dotada de suma prudencia, no podia reprimirse, y muchas veces hubo de echarle en rostro su bobería. La pobre princesa lo sintió

© Biblioteca Nacional de España

tanto, que creyó morir de pena. Cierto dia que habia buscado la soledad del bosque para lamentarse de su desgracia, vió dirigirse hácia ella á un hombrecillo repugnante, bien que magníficamente engalanado. Era el jóven príncipe *Roquete del Copete*, que enamorado de sus gracias por los retratos que por todas partes circulaban, acababa de ausentarse de los estados de su padre para tener el gusto de verla y de hablarla. Trasportado de gozo al encontrarla así tan sola y señera, acercósele con finas muestras de respeto y de extremada cortesía. Despues de haberla dirigido las galanas frases que la civilidad requiere, como notase en su rostro hondas señales de melancolía, le dijo:

—No cabe, señora mia, en mi entendimiento, el concebir cómo dentro el pecho de una dama tan extremadamente hermosa pueda morar la tristeza de que da claros indicios ese divino rostro. Puedo vanagloriarme, á fe de caballero, de haber visto infinidad de hermosas damas, pero ninguna ví jamás, ninguna, os lo aseguro, que fuese digna de besar vuestras plantas.

—¿De véras? Basta que V. lo diga, caballero, contestó la princesa, y cerró el pico.

—La hermosura, prosiguió *Roquete del Copete*, es una prenda de tan alto valor y estima, que á todas las del mundo excede y oscurece, y siendo tan grande la que por dicha vuestra os adorna, no concibo qué es lo que en la tierra pueda daros justos motivos de afliccion.

—¡Miren qué embajada! contestó la princesa. Pues yo más quisiera ser un espantajo como V. y tener talento, que no ser bonita como soy y tan pedazo de alcornoque.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Qué mejor prueba de ingenio que la creencia de no tenerlo? Ese precioso don del ánimo es de tal naturaleza, que cuanto en más alto grado se posee, más firmemente se cree estar privado de él.

—No sabía yo eso, dijo la princesa; lo que sí me tengo muy tragado es que soy muy bestia, y esta es la causa de la tristeza que me devora.

—Si es esto lo que os aflige, yo puedo poner término á vuestro dolor.

—¡Bah! ¿cómo es posible? dijo la princesa.

—Porque poseo, dijo *Roquete del Copete*, el don de infundir en la persona á quien más ame todo el ingenio que en humano entendimiento cabe; y como esa persona sois vos, señora, de vuestra voluntad, y solo de vuestra voluntad, depende tener todo el talento imaginable, como os determineis á casaros conmigo.

La princesa quedó estupefacta, y no dijo esta boca es mia.

—Bien claramente veo, añadió *Roquete del Copete*, que semejante peticion os asusta, y no me extraña; pero os concedo un año de término para reflexionarlo maduramente.

Tan roma de ingenio era la princesa, y tan vivos eran sus deseos de tenerlo, que imaginando que el término del plazo no habia de llegar jamás, aceptó sin titubear la condicion propuesta.

Lo mismo fué prometer á *Roquete del Copete* que al cabo de un año le daria la mano de esposa, que parecerle ser otra de la que habia sido: todo cuanto se le venía á la imaginacion sabía expresarlo con una facilidad

© Biblioteca Nacional de España

asombrosa, con elegancia, naturalidad y despejo. Desde aquel momento trabó con *Roquete del Copete* una conversacion amena, galante y bien sostenida. Replicaba y argumentaba con tantísima discrecion, que *Roquete del Copete* creyó haberle infundido mayor dósis de ingenio de la que para sí se habia reservado. Cuando la princesa volvió al palacio, toda la córte quedó maravillada de una trasformacion tan extraordinaria y repentina; porque así como ántes no hacia más que espetar majaderías, todo era ahora explicarse con razones llenas de agudeza y gracejo. El contento que tan inesperada novedad produjo en la córte, excede á toda ponderacion. A quien no le hizo mucha gracia fué á la hermana menor, porque no estando ya de su parte la ventaja del talento, al lado de la otra, que, como vulgarmente se dice, tenia la cuesta y las piedras, parecia una tarasca.

El rey se dejaba guiar por los consejos de su hermosa hija, y muchas veces entraba en su gabinete para consultarle algun asunto. Difundiéndose por todas partes la noticia de aquella increible metamórfosis, todos los príncipes jóvenes de los reinos comarcanos se esmeraron en agradar á la princesa, y casi todos solicitaron su mano; pero ninguno le parecia de bastante talento, y á todos escuchaba sin dejarles traslucir la menor sombra de esperanza.

No obstante, presentóse á solicitarla un príncipe tan poderoso, tan rico, tan galan y discreto, que consiguió mover en favor suyo el corazon de la princesa. Como el padre notase la inclinacion de su hija, faltóle tiempo para decirle que en cuanto á elegir marido era enteramente

© Biblioteca Nacional de España

dueña de su voluntad, y que bastaria la menor indicacion suya. Pero como es sabido que cuanto más talento se tiene, tanto más cuesta tomar acerca de este asunto una resolucion; despues de haber dado gracias á su padre, le suplicó que le dejase tiempo para pensarlo muy despacio.

Y para meditar con calma lo que más podia convenirle, salió á dar una vuelta por el bosque en donde habia encontrado á *Roquete del Copete*.

Miéntras que muy cavilosa y pensativa se estaba paseando, sonó bajo sus plantas un rumor sordo como de muchas personas que van y vienen y se mueven y agitan. Aplicó muy atentamente el oído, y oyó que uno decia: «Trae el perol,» y otro: «Echa leña á esta hoguera.» Entreabrióse entónces la tierra, y vió debajo sus piés una gran cocina llena de cocineros, de galopines, y de criados que estaban preparando un espléndido banquete. Salieron de la cocina como cosa de veinte á treinta cocineros, y sentaron sus reales en una de las avenidas del bosque. Al rededor de una larga mesa, armados de mechera, y con el rabo de zorra á la oreja, se pusieron á trabajar todos á una al compás de unas coplas muy armoniosas.

Admirada la princesa de semejante espectáculo, preguntóles para quién preparaban aquellos manjares. Y el más respetable de la cofradía le contestó:

—Para el señor príncipe *Roquete del Copete*, cuyas bodas han de celebrarse mañana.

Creció de punto la admiracion de la princesa; mas viniéndole súbitamente á la memoria que un año ántes

© Biblioteca Nacional de España

en aquel mismo dia habia prometido al príncipe *Roquete del Copete* la mano de esposa, cayó, como suele decirse, de su asno. No se habia acordado jamás de semejante promesa, porque cuando la hizo era boba, y al recibir el ingenio que le infundió el príncipe habia perdido hasta la memoria de todas sus simplezas.

No habia caminado treinta pasos, cuando se ofreció á su vista *Roquete del Copete* arrogante, ostentoso, como príncipe que iba á casarse.

—Veis, señora de mis pensamientos, le dijo, cuán exacto soy en el cumplimiento de mi palabra. No dudo de que en cumplimiento de la vuestra, venís á entregarme la tan suspirada mano, haciendo á este humilde siervo vuestro el más venturoso de los mortales.

—Francamente debo deciros, respondió la princesa, que no he tomado acerca de este punto resolucion ninguna, y que miro difícil poderla tomar tal como vos la desearíais.

—Señora, me dejais pasmado, contestó *Roquete del Copete.*

—Lo creo, dijo la princesa, y si tuviese que habérmelas con algun palurdo sin educacion ni talento, os aseguro que no sabria cómo salir del atolladero; porque no dejaria de decirme: «Una princesa no debe tener mas que una sola palabra, cumplid la que me dísteis, y casaos conmigo.» Pero como estoy hablando con una persona de mundo y de elevado entendimiento, tengo la seguridad de que no ha de cerrar los oídos á mis justas razones. Os acordais de que cuando todavía era boba me repugnaba en extremo el concederos mi mano de esposa.

© Biblioteca Nacional de España

Decid ¿ cómo es posible que con el claro juicio que generosamente me concedísteis , circunstancia que en punto á matrimonio debe naturalmente hacerme más previsora y descontentadiza , me allane ahora á cometer un disparate que no se ocultó á mi simpleza? Si tan ardientemente deseabais casaros conmigo, muy poco cuerdo anduvísteis en disipar la nube de mi ignorancia , abriendo mis ojos para que viese las cosas con una claridad con que ántes no las veia.

—Si es cierto, como vos confesais , contestó *Roquete del Copete* , que un hombre de talento tendria razon sobrada en haceros cargos por el olvido de una promesa solemne ¿ con qué razon , señora , podeis exigir de mí que no haga uso de tan justo derecho , cuando va en ello toda la felicidad de mi vida ? ¿ Sería razonable que las personas de talento fuesen de peor condicion que las que no lo tienen? ¿Seríais voz capaz de tan enorme contrasentido ? ¿ Vos , que tan claro juicio poseeis y que tan ardientemente deseasteis tenerlo? Hablemos sin rodeos. Dejando aparte mi fealdad ¿ encontrais en mí alguna cosa que os disguste ? ¿ Teneis algo que oponer á mi nacimiento , á mi discrecion , á mi carácter , á mi educacion ?

—No por cierto , contestó la princesa ; alabo esas altas prendas de que muy justamente podeis preciaros.

—Siendo así , añadió *Roquete del Copete* , espero ser dichoso , porque podeis convertirme en el más hermoso y bizarro de los hombres.

—¿ Cómo puedo yo hacer tal milagro? preguntó la princesa.

© Biblioteca Nacional de España

—Podeis hacerlo, contestó *Roquete del Copete*, solo con que me ameis hasta el punto de desearlo con vehemencia; y para que no os quede ninguna duda, sabed, señora, que la misma hada que el dia de mi nacimiento me concedió el poder de infundir talento en el alma de la persona que eligiese mi corazon, os concedió tambien la inestimable virtud de poder dotar de hermosura al venturoso mortal á quien amáseis y os dignárais dispensar tan alto favor.

—Si es verdad lo que decis, contestó la princesa, con toda mi alma deseo veros trasformado en un príncipe el más gentil y bizarro que jamás haya existido, y en cuanto de mí dependa os otorgo esta gracia.

No bien concluyó la princesa de pronunciar estas palabras, cuando *Roquete del Copete* se apareció á sus ojos convertido en el jóven más hermoso y galan que jamás se haya visto.

Afirman algunos que no fueron los hechizos de la Hada, sino el amor, quien obró tales prodigios.

Dicen que habiendo reflexionado la princesa sobre lo mucho que valian la constancia, la discrecion y demás excelentes dotes de ánimo de su amante, desaparecieron de su vista la deformidad del cuerpo y la horrible fealdad del rostro: que no veia en su joroba más que las formas atléticas de un mancebo de robustos hombros; y que así como hasta entónces le habia visto cojear grotescamente, ya no le notaba al andar más que cierta inclinacion de cuerpo y cierto balanceo que la hacia mucha gracia; que sus ojos de besugo se le antojaban dos luceros; que el desaliño del cuerpo se le figuraba la expresion na-

© Biblioteca Nacional de España

tural de un violento exceso de amor, y que hasta le parecia que sus enormes narices de tomate tenian algo de marcial y heróico.

Sea lo que quiera, ello es que la princesa le prometió en el acto que se casaria con él, contando por supuesto con el consentimiento del rey su padre. El rey, conociendo la justa estimacion que su hija profesaba á *Roquete del Copete*, constándole por otra parte que era un príncipe de esclarecido ingenio y de una discrecion extremada, le recibió muy gustoso por yerno. Al dia siguiente se celebraron las bodas, ni más ni ménos que como *Roquete del Copete* lo habia previsto, y á tenor de las instrucciones que muy anticipadamente habia ordenado y dispuesto.

MORALEJA.

Ser pudiera este cuento
Verdad notoria:
Más que forjado invento
Parece historia:
Que hace el amor taimado,
Si da de recio,
Gracioso al jorobado,
Discreto al necio.

OTRA.

La blanca tez y frescura
Con que el cielo bondadoso

© Biblioteca Nacional de España

Ilumina al rostro hermoso
De la más linda criatura,
No vencen tanto el rigor
De un pecho al ruego insensible,
Como una gracia invisible
Que en ella descubra amor.

© Biblioteca Nacional de España

LA HADA BERLIQUETA.

ERASE que se era un arrapiezo de muchacho de unos doce años, pero tan chiquirritin, tan chiquirritin, que ya desde que nació le pusieron el apodo de *Chilindrina*, que quiere decir cosa de poco valor, ó de nonada. Hijos mios, el tal *Chilindrina* no subia del suelo tanto como una de mis botas; pero le sobraba en ruindad lo que la naturaleza le habia negado en tamaño: era la piel del diablo, malo como pollino záino y mal intencionado como un mico. Como desde muy corta edad hubiese quedado huérfano, su

© Biblioteca Nacional de España

madrina, que era una hada muy buena, y se llamaba *el hada Berliqueta*, le dijo un dia:

—Oye, *Chilindrina:* sabes que te quiero como si fueras hijo mio, porque eres despejado, y ya sabes leer, escribir, y sacar cuentas; pero me temo que por desgracia tu corazon vale algo ménos que tu ingenio. Y sin embargo, hijo mio, nunca he cesado de aconsejarte que fueras amable, prudente y bueno con todo el mundo. ¿No conoces que es mucho más lisonjero captarse el amor, que atraerse el odio? Pero en fin, voy á poner á prueba tu carácter, y si te encuentro digno de mi aprecio, te colmaré de beneficios, y te casaré con una muchacha que tiene veinte arquillas llenas de rubíes, el más pequeño como el puño. Toma esta varilla con la cual te concedo el don de la hechicería. Miéntras la tengas en la mano, el menor deseo que tus labios profieran será realizado á tus ojos. Quiero advertirte que si la empleas en hacer bien, se pondrá tu rostro sano y fresco como una rosa; pero si la empleas en daño del prójimo, tus mejillas se volverán más amarillas que una calabaza: no lo eches en olvido. Vete á rodar el mundo, y no esperes volver á mi presencia hasta que yo te llame; porque desde el dia de hoy esta casa, estos prados, estos bosques, yo misma, todo quedará invisible á tus ojos. Adios, *Chilindrina:* da un abrazo á tu madrina, y levanta velas.

Chilindrina cogió la varilla, y echó á andar meneando la cabeza y con un humor de los diablos, porque el hada *Berliqueta* le obligaba á seguir la vida de aventurero. Apénas habia dado algunos pasos, cuando desaparecieron de su vista la casa y el Hada; y todo cuanto le

© Biblioteca Nacional de España

rodeaba se trasformó en tales términos, que ya no sabía por dónde andaba ni dónde sentaba los piés. «¡Vaya un capricho el de mi señora madrina! decia caminando. ¿A qué viene ponerme á prueba? ¿No he sido siempre un guapo muchacho, despejado, y manso como un cordero? ¡Demasiado bueno! ¿Busco yo acaso cinco piés al gato, ni armo camorras con mis camaradas? Ellos sí que me buscan y me hacen rabiar.»

Así discurren, hijos mios, los muchachos rebeldes y cascarrabias: se les figura que todo el mundo se levanta contra ellos, cuando son ellos los que á todo el mundo molestan y martirizan.

Al anochecer llegó *Chilindrina* á una alquería, dentro de la cual oyó mucha bulla y ruido de gente que andaba acá y allá. Llegó tambien á sus narices cierto olorcillo á carne asada, que le recreó el olfato y le despertó el apetito.

—¡Ea! dijo para su capote, llamemos: á ver si me dan de cenar y cama.

Coge la aldaba, y tras, tras, tras.

Un viejo abre la puerta.

—¿Qué quieres, hijo mio?

—¿Qué quiero? ¡Vaya una pregunta! Me parece que á estas horas lo que debo querer es hospedaje.

—No puedo ofrecértelo, hijo mio; porque es el caso, que hoy celebramos las bodas de mi hija, y está la casa tan atestada de gente, que no sé dónde colocarla. A no dar esta casualidad, con mucho gusto te hubiera hospedado. Anda un poco más, y no faltará quien te recoja. Buenas noches.

© Biblioteca Nacional de España

El labrador cerró la puerta, y *Chilindrina* se emberrenchinó tanto al ver que le negaban lo que con tan buenos modos habia pedido, que empezó á gritar:

—¡Anda enhoramala, vejete ladron! ¡Llévense tu boda los diablos del infierno!

Al momento sonó un rumor extraño debajo tierra. Salieron de su centro millares de demonios, que derribaron las puertas de la alquería, y cargaron con el novio, con la novia, con el padre, con la madre, con los hermanos, con las hermanas, con los primos, con los tios, con las tias, con los nietos, con los sobrinos, y con todos los convidados.

Chilindrina, asustado con la inesperada visita de aquella legion de demonios, puso piés en polvorosa, y ¡arre, que te pillan! no paró de correr hasta el rayar del alba, que llegó al portal de una casucha vieja. Esta casucha parecia deshabitada; no obstante, habia en ella una mesa, un asiento de madera y un espejo. *Chilindrina* se miró en el espejo, y notó que á ojos vistas iba perdiendo el color. Quedóse como aterrado; y acordándose entónces de las palabras de su madrina, se echó á llorar.

—¡Dios mio! decia para sí, soy un malvado: con mi imprudencia y con mi negro humor he causado la desgracia de toda una familia. Héme ahora en esta pícara casucha. ¿Qué hacemos? ¡Las tripas me están dando un tole, tole, que ya, ya! ¡Oh! ¡quién estuviera ahora en un buen meson!» Tú que tal dijiste. De repente aparece un espacioso hogar con un gran fuego, y delante muchos asadores cargados de liebres, piernas de carnero, galli-

© Biblioteca Nacional de España

nas, capones, pavos, pollos y aves de toda clase; pero todo estaba sin asar y los asadores muy quietitos, esperando quién les pusiese en marcha.

—Soy un bestia, exclamó *Chilindrina*, en ir mendigando el sustento, cuando con mi varilla puedo proporcionarme tanta bendicion de Dios; pero no ha nacido el hijo de mi madre galopin de cocina para estar dando vueltas á los asadores. Si todo esto estuviese cocido ¡anda con Dios! me lo comeria con mucho gusto.

Al momento los asados, rubios como un oro, dieron de sí un olor muy suave. *Chilindrina* se atracó de lo lindo. Salió luego á pasear, dirigiéndose hácia unos sembrados que estaban á dos pasos de distancia, y muy cerca de una bonita casa. Por el camino encontró á una pobre muy desharrapada que le pidió limosna, y compadeciéndose de su miserable aspecto, exclamó:

—¡Lo que es el mundo! ¡Cuántos séres desgraciados! Allá una casa de campo magnífica, donde todo ostenta riqueza, y acá esta pobre mujer pidiendo limosna á los mismos umbrales de la opulencia. ¿Porqué no ha tener esta infeliz lo que para sus gustos poseen de sobra los dueños de aquella casa?

—¡Vírgen santa! exclamó la pobre mujer. ¿Qué es lo que tengo en mis bolsillos, que pesan tanto?

La mendiga metió la mano en sus bolsillos, y empezó á sacar barras de oro y plata, que deslumbraban la vista.

—Guarda todo esto, le dijo *Chilindrina:* todo es tuyo. ¡Vive dichosa!

La mujer se retiró, y *Chilindrina* continuó su paseo en direccion á los sembrados.

© Biblioteca Nacional de España

Un hombre exasperado, furioso, sale de la casa de campo, gritando:

—Me han robado. Acaban de robarme mis barras de oro.

—Nadie os las ha robado, exclamó *Chilindrina*. No han hecho más que pasar de un bolsillo á otro.

—¡Hola, bellaco! ¿con que tú sabes quién ha sido? Pues á pesar de tus mofletes frescos como una rosa, yo haré que te ahorquen.

Chilindrina, muy contento con saber que la buena accion que acababa de hacer habia tan pronto cambiado el color de sus facciones, hizo burla del enojo de aquel hombre, y le dijo riendo:

—¡Vaya! ¡vaya! A quien vas á ahorcar es á tu gato.

De repente apareció el gato de la casa dando cabriolas en una pequeña horca, con unas muecas y unos maullidos espantosos.

El buen hombre se fué corriendo hácia el gato, llamándole tiernamente: ¡Michito mio! ¡michin!

Chilindrina llegó por último á los sembrados, en donde como cosa de una veintena de hombres estaban segando.

—¿Qué hora es? les preguntó *Chilindrina*.

—¡Diga V., renacuajo! contestó uno de los segadores. ¿Tenemos cara de reloj? ¡Qué miseria! No me llega á las rodillas. ¡Jesus! ¡qué color de acelga! ¡si parece una calabaza muerta!

—Mientes, villano, replicó *Chilindrina*: mi rostro es como una rosa.

© Biblioteca Nacional de España

—¡ Anda , anda , como una rosa ! y está más amarillo que estas espigas.

—¡ Canalla soez ! ¡ Ojalá que vuestras espigas se vuelvan cardos ! Es lo que vosotros mereceis ¡ jumentos !

De repente el campo de trigo no ofreció á la vista más que cabezuelas de cardo, y los segadores, convertidos en asnos , empezaron á tirar coces y á rebuznar ; pero como arremetiesen todos contra *Chilindrina* para sacudirle el polvo, el arrapiezo lió el petate, y no paró hasta llegar á una gran ciudad , en donde entró despues de puesto ya el sol. El endiablado muchacho estaba amarillo como la cera , y todo el mundo se apartaba de él como de un leproso.

—¡ Qué bestias son esas gentes ! exclamaba montado en cólera. No parece sino que en esta ciudad no hayan visto jamás á ningun extranjero. ¡ Ojalá que todos estuviesen tan amarillos como yo, y entónces veríamos si les hacia gracia que se burlasen de ellos cara á cara!

No tuvo que decirlo dos veces. ¡ Cuál fué su asombro al ver que á todos los que pasaban por la calle se les puso una cara de gualda como la suya ! Y como sospechasen que aquella pesada burla era obra del endemoniado arrapiezo, que así le llamaban; cada hijo de vecino asió de una buena tranca , con la sana intencion de menearle el bulto.

—¡ Paso ! ¡paso ! bribones, gritó *Chilindrina* corriendo como un gamo. Os juro ¡ vive Dios ! que he de abrasar la ciudad , y que he de convertiros á todos en.....

No pudo concluir. Sintióse al punto agarrado por los

© Biblioteca Nacional de España

cabellos y llevado en volandas, y la varilla misteriosa se le escapó de las manos.

—El bribon eres tú, galopin, le dijo el hada *Berliqueta*, que era quien le habia echado la zarpa. *Chilindrina* no osó decir esta boca mia.

El Hada le llevó á su casa, y le dijo:

— Ven acá, condenado. ¿Qué has hecho? ¿Piensas acaso que te concedí el don de la hechicería para moler y maltratar á todo el mundo? Afortunadamente pude remediar todos los males que causaste, y que no te cuidaste de reparar. Sin que pudieras verme, por todas partes he seguido tus pasos, y en todas partes he desbaratado tus dañadas intenciones. Porque un buen labrador con justos motivos se niega á recogerte, le envias al demonio á él y á toda su parentela. Pues bien, yo saqué á aquellas pobres gentes de las uñas de los diablos, y viven ahora en su casa muy tranquilos, ocupados en celebrar las interrumpidas bodas. La vieja mendiga no posee el oro que sin costarte nada le diste: ni lo habia ganado, ni lo habia merecido. No obstante, por aquella ligera muestra de buen corazon, tu rostro habia tomado el color de la rosa; mas lo perdió en el mismo instante en que te atreviste á insultar al dueño de la casa de campo, que con sobrada justicia se lamentaba del robo que acababan de hacerle. Luego martirizas á su gato querido, á un pobre animalito que ningun daño te habia hecho; destruyes la esperanza de la cosecha; causas la perdicion de unos pobres trabajadores, é intentas por último sembrar la destruccion en una ciudad entera. Señor mio, esto ya pasa de castaño oscuro. Eres un

© Biblioteca Nacional de España

malvado, un azote de tus semejantes. No, no harás más daño á nadie, buena pieza; porque te condeno á estar mil años en lo más alto de este cañon de chimenea.

El hada *Berliqueta* colocó á *Chilindrina* encima del cañon de la chimenea. Perdido el uso de la palabra, quedó el bergante del muchacho convertido en un pelele, que incesantemente estaba meneando los piés y las manos.

De aquella suerte estuvo mil años, al cabo de los cuales se hizo pedazos, y murió.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Caga-chitas.

© Biblioteca Nacional de España

CAGA-CHITAS.

ERANSE un leñador y una leñadora que tenian siete hijos, todos varones: el mayor no pasaba de diez años, y el menor habia cumplido ya siete. Parecerá extraño que en tan poco intervalo de tiempo hubiese tenido el leñador tantos hijos; pero su mujer, que no se daba punto de reposo, los echaba al mundo á pares por lo ménos.

Las buenas gentes se comian los codos de hambre, más que más teniendo que sobrellevar la no leve carga de los siete pimpollos, ninguno de los cuales servia para

© Biblioteca Nacional de España

ganarse un pedazo de pan. Y lo que sobre todo afligia á los infelices padres era ver que el menor de la prole estaba muy enclenque, y que nunca descosia los labios. Parecíales simpleza lo que no era sino indicio de su despejado entendimiento.

El muchacho era tan extremadamente chiquitin, que al nacer no levantaba siquiera una pulgada, y por este motivo le habia quedado el apodo de *Caga-chitas*.

Esta infeliz criatura era el borrico de la casa: sobre sus espaldas llovian todos los palos, y la culpa del asno se la echaban á la albarda. Sin embargo, el rapaz no dejaba de ser listo y avisado como ninguno de sus hermanos: cerraba mucho el pico, pero en cambio aguzaba mucho los oídos.

Vino un año de mala cosecha, y el hambre fué tan espantosa, que nuestros buenos leñadores se vieron obligados á deshacerse de sus hijos. Una noche, despues de acostados los niños, el leñador, estando de palique con su mujer al amor de la lumbre, con el corazon angustiado le dijo:

—Ya ves, querida mia, que es de todo punto imposible dar de comer á nuestros hijos. No tengo alma para verlos morirse de hambre ante mis propios ojos; así que he resuelto dejarlos abandonados en el bosque. Será cosa de un momento: cuando estén distraidos en hacer fogotes nos escaparémos sin que nos vean, y santas páscuas.

—¡Vírgen de las Angustias! exclamó la leñadora. ¿Y serías capaz de llevarlos tú mismo al bosque para dejarlos entre las breñas sin refugio ni amparo?

De nada servia que el marido alegase su extremada

© Biblioteca Nacional de España

miseria; la infeliz esposa nada queria escuchar: era pobre, pero tambien era madre. Considerando no obstante el agudo dolor que le causaria el ver morir de hambre á sus hijos ante sus propios ojos, despues de dares y tomares, consintió en abandonarlos, y fué á acostarse hecha un mar de lágrimas.

Caga-chitas se enteró de todo; porque como desde su cama oyese el altercado de sus padres, se levantó callandito, y se escurrió debajo del banquillo de su padre para poder escuchar sin ser visto. Volvió luego á acostarse, y cavilando lo que haria, no pudo cerrar los párpados en toda la noche. Madrugó muchísimo y se fué á la márgen de un arroyo; llenóse los bolsillos de chinitas blancas, y de prisa y corriendo se volvió á casa. Padres é hijos emprendieron el camino, y *Caga-chitas* no dijo á sus hermanos una palabra de cuanto habia averiguado. Llegaron á un bosque tan espeso que á diez pasos de distancia no podian verse unos á otros. El leñador se puso á cortar leña, y sus hijos á recoger chamarasca para hacer fogotes. El padre y la madre, viendo á la chiquillería muy ocupada en trabajar, fueron desviándose insensiblemente, y de repente se escabulleron por una torcida senda. Los niños lo mismo fué verse solos que echarse á gritar y á llorar con toda su fuerza.

Caga-chitas dejó que gritasen; pero ya sabía él por dónde tenian que volver á casa; porque al dirigirse hácia el bosque habia dejado caer á lo largo del camino las chinitas blancas que de intento llevaba en los bolsillos. Y por esta razon les dijo:

—Nada temais, hermanitos; mi padre y mi madre

© Biblioteca Nacional de España

nos han dejado aquí, pero yo os volveré á casa. Seguidme.

Siguiéronle uno tras otro, y los guió hasta su casa por el mismo camino por donde habian venido. Al principio, no atreviéndose á entrar, se quedaron pegados á la puerta para escuchar lo que su padre y su madre decian.

Al momento de haber llegado á su casa el leñador y la leñadora recibieron del señor de la aldea 120 reales que mucho tiempo hacia les estaba debiendo, y que ya daban por perdidos. Esta novedad les devolvió la vida, porque los pobres diablos se clareaban de hambre. Al instante el leñador envió á su mujer á la carnicería. Como hacia tanto tiempo que les ladraba el estómago, compró tres veces más de carne de la que para los dos era menester. Luego que hubieron llenado bien el buche, prorumpió la leñadora en estas sentidas exclamaciones:

—¡Ay tristes de nosotros! ¿Qué será de nuestros infelices hijos? Con las sobras de nuestra mesa ¡qué buena panzada podrian darse ahora! Pero te empeñaste en abandonarlos, y en diciendo, eso ha de ser, clavarás un clavo por la cabeza. Bien te lo decia yo, Colás, que habíamos de arrepentirnos. ¡Dios mio! ¿qué han de hacer en el bosque los pobrecitos? ¡Hijos de mis entrañas! Tal vez se los haya comido el lobo. ¡Oh crueldad! ¡Haber desamparado así á tus hijos! Vaya, que tienes un alma de caballo.

El leñador perdió al fin los estribos; porque ya más de veinte veces le habia repetido su mujer que se arrepentiria, y que ya se lo habia dicho. Juró y perjuró que

© Biblioteca Nacional de España

habia de cascarle las liendres si no cerraba el pico. Y no porque el leñador no estuviese quizá más apesadumbrado que su mujer, pero le reventaba tanta parola y, como tantos otros, queria mucho á las mujeres que tienen razon, pero encontraba muy impertinentes y enfadosas á las que siempre hacen gala de haberla tenido. La leñadora, derramando copioso llanto, no cesaba de exclamar:

—¡Dios mio! ¿Dónde están mis hijos, mis pobres hijos?

Una vez levantó tanto la voz, que los chiquillos que estaban á la puerta la oyeron, y empezaron á gritar todos á una:

—¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos!

La madre fué corriendo á abrir la puerta, y estrechándolos entre sus brazos y colmándolos de besos les decia:

—¡Hijos de mi vida! ¡Qué placer es el mio al estrecharos entre mis brazos! ¿Estais cansados? ¿teneis hambre? ¿Y tú, Perico? ¡Uy, cómo te has puesto de barro! ¡Hasta los hocicos! Deja que te limpie.

A este Perico, el primogénito, lo queria mucho más que á los otros, porque era algo pelirojo, y algo peliroja era ella.

Agolpáronse los siete chiquillos al rededor de la mesa y empezaron á menear las mandíbulas con tal priesa, que se les estaba cayendo la baba al padre y á la madre, á quienes contaron el miedo que en el bosque habian pasado, charlando y gritando y manoteando todos á la vez.

Los buenos padres reventaban de gozo al verse nuevamente reunidos con sus hijos, y esta alegría duró

© Biblioteca Nacional de España

todo el tiempo que duraron los 120 reales. Como donde no hay harina todo es mohina, agotado el dinero, volvieron los apuros y los disgustos. Por segunda vez tomaron la resolucion de abandonar á sus hijos, y de llevarlos más léjos para de este modo asegurar bien el golpe.

No consiguieron arreglar este asunto con tanto sigilo que pasase desapercibido á los vigilantes oídos de *Caga-chitas*, el cual habia echado sus cuentas para salir del apuro tan bien como ántes; mas por mucho que madrugó para ir á coger chinitas, no pudo salir con la suya, por estar cerrada bajo llave, y con dos vueltas, la puerta de la casa.

No sabía qué hacerse, cuando habiéndoles dado la madre á cada uno un tarugo para el desayuno, creyó que las migas de pan sembradas por el camino podrian muy bien suplir el oficio de las chinitas, y con este objeto se metió el mendrugo en el bolsillo.

El padre y la madre llevaron á los chiquillos al lugar donde el bosque era más intrincado y sombrío, y así que llegaron, echando por un atajo, los dejaron abandonados. Maldito lo que por esto se apuró *Caga-chitas*, fiado en que las migas de pan que oportunamente habia ido sembrando no dejarian de enseñarle el camino; pero se quedó frio como un mármol, cuando vió que las migas habian desaparecido sin dejar rastro ninguno. Los señores pájaros andan listos, y el no haber contado con ellos, fué lo que se llama echar la cuenta sin la huéspeda.

Allá de quejas y lamentaciones de toda la chiquillería, que no habia más que oir. Cuanto más caminaban, más se iban internando y enredando por las enmaraña-

© Biblioteca Nacional de España

das revueltas del bosque. Cerró la noche, y levantóse un furioso vendaval que los llenó de espanto. Por todas partes se les figuraba oir aullidos de lobos que venian á devorarlos. No se atrevian á resollar, ni á volver la cabeza. Cayó de repente una fuerte y copiosa lluvia que les caló hasta los huesos: cada paso era un resbalon, y se caian en el lodo, y se levantaban hechos una miseria, sin saber qué hacerse de las manos. *Caga-chitas* se encaramó á la copa de un árbol para reconocer el terreno y ver si algo descubria; y volviendo la cabeza en todas direcciones percibió fuera del bosque, y á grandísima distancia, una lucecita como de una vela. Bajó del árbol, y lo mismo fué poner los piés en el suelo que no ver nada. No hay que decir cuanta afliccion fué la suya.

No obstante, despues de caminar mucho tiempo en compañía de sus hermanos hácia el punto en que habia visto la luz, al salir del bosque, pudo descubrirla de nuevo. Buenos sustos pasaron; pues cada vez que tenian que atravesar hondonadas y barrancos, lo que muy á menudo les sucedia, perdian de vista la claridad que les guiaba.

Llegaron por fin á una casa de donde la luz salia, llamaron á la puerta, y una buena mujer que vino á abrirles, les preguntó qué querian. *Caga-chitas* contestó que eran unos pobres niños que se habian perdido por el bosque, y que por amor de Dios les diese hospitalidad solo por aquella noche. La mujer, viéndoles tan hermosos, se echó á llorar y les dijo:

—¿Sabeis adónde habeis venido, pobrecitos mios?

© Biblioteca Nacional de España

¿Ignorábais por ventura que esta era la casa de un ogra (1) que se come á los niños?

—¡Ah! señora, contestó *Caga-chitas* más muerto que vivo, como todos sus hermanos, ¿qué remedio nos queda? Si V. se niega á recogernos de fijo que esta noche nos devoran los lobos del bosque: mal por mal, mejor será que nos coma ese caballero; puede que, rogándoselo V., llegue á apiadarse de nosotros.

La mujer del ogra, creyendo que podria esconderlos de su marido hasta el dia siguiente, les permitió entrar, y para que se calentasen los llevó al hogar, donde, metido en el asador, estaba dando vueltas un cordero enterito que habia de cenarse el ogra.

Al poco rato de estarse calentando, resonaron en la puerta tres ó cuatro enormes aldabazos: era el ogra que ya estaba de vuelta. La mujer al momento escondió debajo la cama á los siete chiquillos, y fué á abrir.

El ogra al entrar preguntó si estaba dispuesta la cena y si se habia sacado víno, y sin decir más se sentó á la mesa. El cordero estaba chorreando sangre todavía, circunstancia que para un antropófago como aquél lo hacia más apetitoso y delicado. El ogra, husmeando por todos lados, no cesaba de decir que olia carne fresca.

—Debe de ser, contestó la mujer, esta ternera que para tí he preparado.

(1) Ogra es una especie de gigante antropófago, de que no tuvo noticia Bufon. No consta que en España los haya habido nunca. Por lo ménos, con la Estadística en la mano, puede asegurarse que no los hay ahora. (*Nota del Traductor*).

© Biblioteca Nacional de España

—Te digo que huelo carne fresca, repitió el ogra mirando de reojo á su mujer; aquí hay gato encerrado. No sé lo que es, pero.... ¡hum! yo huelo algo.

Al decir esto, se levantó de la mesa, y se fué derecho á la cama.

—¡Hola! ¡hola! exclamó: ¿esas tenemos? ¿Con que tú pretendias engañarme, maldita tarasca? No sé cómo no te devoro ahora mismo. Válgate el ser una vieja carroña que me das asco. De otra suerte no te libraras de mis dientes. ¡Ea! ¡perillanes! salgan Vds. acá. ¡Excelentes piezas de caza para obsequiar á los tres ogras amigos que uno de estos dias han de venir á visitarme! ¡Magnífico!

El condenado ogra sacó de debajo de la cama uno tras otro á los pobres niños. Las desdichadas criaturas se echaron á sus piés implorando perdon; pero tenian que habérselas con el más sanguinario de los ogras, que léjos de moverse á piedad, los estaba ya devorando con la vista, y decia á su mujer que habian de ser un bocado muy sabroso luego que los hubiese bien condimentado. Cogió un enorme cuchillo y, acercándose á los pobres niños, iba afilándolo en una larga piedra que tenia en la mano izquierda. Ya habia echado la garra á uno de los muchachos, cuando su mujer le dijo:

—¿Qué vas á hacer, hombre? A estas horas de la noche..... ¿No sería mejor aguardar á mañana?

—Calla, si puedes, contestó el ogra. Así les ahorro la molestia de aguardar.

—Si sobra la comida: aquí tienes una ternera, dos carneros y medio lechon.

© Biblioteca Nacional de España

—Bien dices, contestó el ogra; dáles de cenar para que no se enmagrezcan y acuéstalos.

La buena mujer no cabia en sí de contento. Dióles de cenar, pero no pudieron catar un bocado, porque estaban muertos de miedo. En cuanto al ogra, menudeando sendos tragos de víno, saboreaba ya el placer de poder regalar tan delicadamente á sus amigos. Echóse al coleto una docena de sorbos más de lo acostumbrado, y como el víno se le subiese un poco á la cabeza, tuvo que acostarse.

El ogra tenia siete hijas, muy niñas todavía. Las ogrecitas ostentaban un rostro sonrosado y transparente, rebosando salud, puesto que, lo mismo que su padre, solo se alimentaban de carne fresca; pero sus ojos eran pardos, muy redondos y saltones, la nariz engarabitada, y la boca de espuerta, con unos dientes muy puntiagudos y separados unos de otros. No estaban muy adelantadas en perversidad, mas prometian muchísimo, porque ya sabian morder á los niños para chuparles la sangre. Su madre las habia acostado tempranito, y las siete dormian juntas en una cama grande, y todas llevaban en la cabeza una corona de oro.

En otra cama del mismo aposento, grande como la suya, colocó la mujer del ogra á los siete niños, y luego fué á acostarse con su marido. *Caga-chitas*, para quien no quedaron desapercibidas las coronas que orlaban las sienes de las hijas del ogra, receloso de que éste no se arrepintiese de haber aplazado el degüello, se levantó á cosa de media noche, y cogiendo los gorros de sus hermanos y el suyo, se fué muy quedito á ponérselos á las

© Biblioteca Nacional de España

siete niñas, despues de haberles quitado sus coronas de oro, que colocó en la cabeza de sus hermanos y en la suya, para que el ogra les tomase por sus hijas, y tomase á sus hijas por los niños que queria degollar.

No iba tan descaminado el travieso muchacho; porque el ogra se despertó á las doce, y ya le pesaba de haber diferido hasta el dia siguiente un negocio que podia haber despachado aquella misma noche. De un brinco saltó de la cama al suelo, y cogiendo su enorme cuchillo, dijo entre dientes:

—Vamos á ver cómo lo pasan esos bellacos; no lo dejemos por pereza.

Subió á tientas á la estancia de sus hijas, y se acercó á la cama en que descansaban los siete niños. Todos estaban dormidos, excepto *Caga-chitas*, que creyó morirse de canguelo al sentir la corpulenta manaza del ogra que le palpaba la cabeza, como lo habia hecho con todos sus hermanos.

El ogra, al tocar las coronas de oro, exclamó:

—¡Por vida del otro juéves! ¡Buen fregado hubiera hecho! Se conoce que anoche empiné el codo más de lo regular.

Al instante se dirigió á la cama de sus hijas, y como tocase los gorros de los muchachos, dijo reventando de satisfaccion:

—¡Bravo! Aquí están mis lindas piezas. Manos á la obra. Y al decir esto, sin encomendarse á Dios ni al diablo, cortó el pescuezo á sus siete hijas, y muy contento de esta hazaña, y muy orondo, volvió á acostarse con su mujer.

© Biblioteca Nacional de España

Luego que *Caga-chitas* oyó roncar al ogra, dispertó á sus hermanos, y les dijo que al instante se vistiesen y se fuesen tras él.

Bajaron muy pasito al jardin, y saltaron por las tapias.

En toda la noche no hicieron mas que correr, pero temblando de miedo, y sin que materialmente supiesen hácia dónde los piés los llevaban.

El ogra dijo al despertarse á su mujer:

—Anda, sube arriba y avía pronto á esos pobres diablos.

La mujer del ogra se quedó atónita de la mansedumbre de su marido, no entendiendo, como no entendia, lo que quiso decir con lo de aviar á los chiquillos, y persuadida de buena fe que le mandaba ir á vestirlos. Subió arriba y quedó helada de espanto al ver á sus siete hijas degolladas y anegadas en un lago de sangre. Lo primero que hizo fué desmayarse (imprescindible expediente que en casos tales tienen siempre á la mano las mujeres). El ogra, temiendo que su mujer no tardase demasiado en hacer el guisado que acababa de encargarle, subió arriba con ánimo de ayudarla. No quedó ménos aterrado que su mujer en presencia de aquel horrible espectáculo, y trémulo de coraje exclamó:

—¡Qué demonio he hecho! ¡Voto á sanes! que esos bribones me la tienen que pagar, y ahora mismo.

Sin perder tiempo echó un jarro de agua fria á las narices de su mujer, y viendo que habia recobrado los espíritus le dijo:

© Biblioteca Nacional de España

—Vengan mis botas de siete leguas, que he de echarles la zarpa á esos tunantes.

Tomó el portante, y despues de correr acá y allá, dió por último con el camino que habian seguido los pobres niños, que solo se encontraban á unos cien pasos de distancia de la casa paterna. Vieron los pobrecillos al ogra, que andaba de montaña en montaña y que saltaba los anchos rios como si fuesen arroyuelos.

Caga-chitas, que vió muy cerca de donde estaban una peña hueca, mandó á sus hermanos que se metiesen dentro y él se escondió tambien, sin apartar la vista del ogra un solo instante. El ogra, que se encontraba muy fatigado á causa del largo camino que inútilmente habia hecho (porque las botas de siete leguas pesan como plomo), tuvo necesidad de descansar, y casualmente fué á sentarse en la peña dentro de la cual se habian agazapado los muchachos. Como estaba tan rendido, al poco tiempo se le cerraron los párpados, y comenzó á roncar tan descomunalmente, que las pobres criaturas no tuvieron tanto miedo cuando con su enorme cuchillo quiso degollarlos.

Caga-chitas, que tampoco las tenia todas consigo, dijo á sus hermanos que miéntras el ogra roncaba se escurriesen de prisa y corriendo hácia casa, y que no pasasen por él ningun cuidado. Aceptaron de mil amores tan prudente consejo, y lograron ponerse en salvo. *Caga-chitas* se acercó al ogra, le sacó con mucho tiento las botas, y se las puso al instante. Eran muy largas y muy anchas; pero como estaban encantadas, tenian la virtud de ensancharse ó encogerse á medida de las piernas del

© Biblioteca Nacional de España

que las llevaba ; de modo que le caian que ni pintadas. Fuése corriendo á la casa del ogra, en donde encontró á la mujer que al lado de sus hijas degolladas estaba llorando, y le dijo:

—Su marido de V. se encuentra en inminente peligro, porque ha caido en las uñas de una cuadrilla de ladrones, que han jurado asesinarle si no suelta todo el oro y la plata que posee. Al verse con el dogal á la garganta, me suplicó que viniese á participar á V. el terrible trance en que se encuentra, y á decirle que me dé V. todo lo que valga la pena, sin ocultar nada, porque de otra suerte son tan desalmados que le harian jigote. Como el negocio urgía, y los ladrones no tienen espera, mandóme que me pusiera las botas de siete leguas para poder venir volando, y para que no me tomase V. por un estafa.

La buena mujer, toda asustada, le dió cuanto tenia; porque el ogra, á pesar de comerse los niños, no dejaba de ser un excelente marido. *Caga-chitas*, cargando á cuestas con todos los tesoros del ogra, regresó á casa de sus padres, que le recibieron con los brazos abiertos.

Discuerdan los autores acerca de este último punto: algunos afirman que jamás cometió *Caga-chitas* semejante robo, pues si bien es cierto que no habia tenido ningun escrúpulo de conciencia en robar las botas, dicen que fué porque el ogra se servia de ellas para atrapar á los pobres niños. Los que de este modo opinan, aseguran saberlo de muy buena tinta, por haber comido y bebido en la misma mesa del leñador. Añaden tambien que *Caga-chitas* luego de haberse calzado las botas del ogra, se fué á la córte, en donde supo que reinaba grande conster-

© Biblioteca Nacional de España

nacion, á causa de un ejército que estaba á doscientas leguas de distancia, y del cual se temia que hubiese sido derrotado. Dicen que *Caga-chitas* se presentó al rey, ofreciéndole traerle ántes que espirase el dia noticias seguras del ejército, que el rey le prometió una respetable suma de dinero, si cumplia su promesa, y que á la tarde ya tuvo su Real Majestad las noticias que deseaba. Añaden por último que con el crédito y renombre que alcanzó *Caga-chitas* en esta primera correría, se hizo de oro, porque además de recompensarle el rey muy garbosamente por llevar sus órdenes al ejército, muchas damas le daban cuánto pedia por traerles noticias de sus galanes, y que segun parece no fué por este caño por donde chorreó ménos dinero. Algunas damas le entregaban tambien cartas para sus maridos; pero le remuneraban tan miserablemente, y era tan poco lo que esta renta le producia, que jamás quiso asentar en los libros semejante bicoca, ni la estimaba en un ardite.

Despues de haberse dedicado algun tiempo á este oficio de correvedile y de haber juntado muy buenos reales, dicen que es cuando regresó á la casa paterna, y que no sería posible pintar la alegría con que fué recibido. Que procuró por el bienestar de todos los de la familia; que compró oficios de nueva planta para su padre y para sus hermanos, dejándolos á todos muy bien acomodados; y que en cuanto á él, ya se presume que no habia de quedarse en la calle.

© Biblioteca Nacional de España

MORALEJA.

Es una gloria tener hijos sanos,
Arrogantes, hermosos y lozanos:
Todo el mundo los mima y los alaba,
Y se le cae al buen papá la baba.
Del feo y débil con muy malos modos
Todos se burlan, y le cascan todos.
¡Cuántas veces, no obstante, el rapazuelo
De la familia es el mayor consuelo!

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Lit. Abadal Tapineria Sc.

El Gato embotado.

© Biblioteca Nacional de España

EL GATO EMBOTADO.

Un molinero á tres hijos que tenia, no les dejó por junto mas que el molino, un borrico y un gato. La particion de la herencia dió poco que hacer: afortunadamente no intervinieron procuradores ni escribanos, que se habrian alzado con todo.

Al hermano mayor le tocó el molino, al segundo el asno, y el otro tuvo que contentarse con el gato. El hermano menor no podia consolarse de que le hubiese cabido en suerte una partija de tan poco valor.

«Mis hermanos, decia, como se pongan de acuerdo, podrán ganarse muy honradamente la subsistencia; pero

© Biblioteca Nacional de España

yo, luego que me haya comido el gato y que de su pellejo me haya hecho un manguito, no tendré más remedio que morirme de hambre.»

El gato oyó estas razones, mas sin hacer alto en ellas, dijo á su dueño con mucha calma y gravedad:

—No hay que apurarse, mi amo: déme V. un saco y un par de botas para andar por los jarales, y V. verá que no es tan despreciable como á V. le parece la porcion que le ha tocado.

Aunque el amo del gato no hiciese ningun caso de semejantes palabras, eran tantas las habilidades y diabluras que le habia visto poner en juego para coger ratones, como lo de colgarse por los piés, ó lo de esconderse en la harina haciéndose el muerto, que no desconfió de que algun dia habia de prestarle algun alivio en su miseria.

Cuando el gato tuvo á su disposicion lo que habia pedido, se calzó sus botas muy bonitamente, y colgándose el saco al hombro y asiendo de los cordones con sus dos patitas de delante, se encaminó á un soto muy poblado de conejos, metió en el saco salvado y cerrajas, tendióse en el suelo haciendo la mortecina, y se quedó atisbando si algun conejo poco experto en los trampantojos y embustes de este pícaro mundo venía á meterse en el saco para comerse lo que contenia. Apénas acababa de tenderse, cuando cantó victoria: un atolondrado gazapo se coló en el saco, y maese gato, tirando de los cordones, lo cogió y lo mató.

Muy ufano con su presa, fuése al palacio del rey y le pidió audiencia. Permitiósele subir á la real cámara,

© Biblioteca Nacional de España

y haciendo al entrar una profunda reverencia, dijo al rey:

—Tengo la honra de presentar á V. M. este gazapito de parte del marqués de Cuatrovientos (nombre estrambótico que tuvo la humorada de colgarle á su amo), que me ha confiado tan alta y delicada mision.

—Dí á tu señor, contestó el rey, que se lo agradezco mucho y lo estimo.

Otra vez se escondió el gato entre unos trigos, dejando por de contado el saco abierto, y lo mismo fué meterse dentro dos perdices, que tirar de los cordones y cogerlas en el garlito. Su majestad recibió con grande aprecio las perdices, y recompensó al gato con una buena propina. El gato por espacio de dos ó tres meses continuó llevando de tiempo en tiempo á S. M. algunas piezas de caza de los sotos de su amo el marqués.

En cierta ocasion, noticioso el gato de que el rey saldria á pasearse por las orillas del rio en compañía de su hija, la más hermosa princesa del orbe, dijo á su amo:

—Si sigue V. mis consejos, se hace V. hombre. No tiene V. mas que bañarse en el rio, en el sitio que yo diga, y lo demás queda por mi cuenta.

El marqués de Cuatrovientos siguió al pié de la letra los consejos del gato, sin cuidarse de averiguar en qué pararia la broma.

Miéntras se estaba bañando, pasó el rey, y el gato empezó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡Que se ahoga el marqués de Cuatrovientos!

El rey, al oir tales gritos, asomó las narices por la

© Biblioteca Nacional de España

portezuela del coche, y reconociendo al gato que tantas veces le habia llevado caza, mandó á sus guardias que prestasen auxilio al marqués de Cuatrovientos. En el entretanto que sacaban del rio al desventurado del marqués, acercándose el gato á la carroza, dijo al rey que mientras su amo se estaba bañando, unos ladrones le habian robado la ropa, sin que le valiese gritar «¡al ladron! ¡al ladron!» El tunante la habia escondido debajo de una voluminosa piedra. El rey mandó en seguida á los oficiales de su guardia que trajesen uno de sus más ricos vestidos para dárselo al marqués de Cuatrovientos.

El rey recibió al marqués con mucho agasajo, y como el vestido que le acababan de traer realzaba su buena presencia (pues que en efecto era todo un real mozo), no le pareció moco de pavo, que digamos, á la hija del rey; de suerte que á las dos ó tres miradas muy respetuosas y un poquillo tiernas que le dirigió nuestro marqués, ya estaba la niña enamorada hasta las cachas.

El rey hizo subir al marqués á su carroza, obligándole á tomar parte en la diversion. El gato, muy satisfecho de que con tan buenos auspicios comenzase el negocio, tomó la delantera, y habiendo encontrado á unos dalladores que estaban segando un prado, les dijo:

—Dalladores, buenos dalladores, si no decis al rey que el dueño de ese prado es el marqués de Cuatrovientos, os juro ¡voto á tal! que os tengo de hacer jigote.

No dejó el rey de preguntar á los dalladores de quién era el prado que estaban dallando.

—Es del señor marqués de Cuatrovientos, exclama-

© Biblioteca Nacional de España

ron todos á una; porque á la verdad no les habian hecho gracia las terribles amenazas del gato.

—¡Magnífica hacienda! dijo el rey al marqués de Cuatrovientos.

—¡Pse! Tal cual, contestó el marqués: no deja de darme todos los años una regular cosecha.

Maese gato, que seguia llevando la delantera, encontró á unos segadores y les dijo:

—Segadores, buenos segadores, si no decis que esas mieses son del marqués de Cuatrovientos, os juro ¡voto á tal! que os tengo de hacer jigote.

El rey, que pasó al poco tiempo, quiso saber á quién pertenecian todos los sembrados que la vista alcanzaba.

—Son del señor marqués de Cuatrovientos, respondieron á una los segadores; y el rey acompañó en su satisfaccion al marqués.

El gato, que iba delante de la carroza, á cuantos encontraba decia siempre lo mismo, y el rey estaba admirado de las inmensas riquezas del marqués de Cuatrovientos.

Maese gato llegó por último al hermoso castillo de un ogra que no sabía qué hacerse del dinero; puesto que eran suyas todas las tierras por donde habia pasado el rey. El gato tuvo buen cuidado de enterarse de quién era este ogra, y de las habilidades que poseia.

Luego le pidió audiencia, diciéndole que no habia querido pasar tan cerca de su quinta sin ofrecerle sus respetos.

El ogra le recibió tan finamente como puede hacerlo un ogra, invitándole á descansar un rato.

© Biblioteca Nacional de España

—Me han asegurado, dijo el gato, que poseia V. la virtud de trasformarse á su gusto, que podia V. convertirse, por ejemplo, en leon, en elefante, etc.

—No que no, dijo bruscamente el ogra, y para que te convenzas voy á convertirme en un leon.

El gato cogió tal susto al verse cara á cara de un leon, que al instante se encaramó bufando á los canalones del tejado con no poco trabajo y peligro de hacerse tortilla, gracias á las botas, que maldito lo que servian para andar de teja en teja. Al poco tiempo, viendo que el ogra habia recobrado su primitiva forma, bajó del tejado, y no tuvo empacho en confesar que habia tenido su poquillo de miedo.

—Tambien me han asegurado, dijo el gato, pero todavía me parece más increible, que podia V. adquirir la forma de los animalejos más pequeños; que podia V. convertirse, por ejemplo, en un raton, en un ratoncillo; y esto, francamente, me parece imposible.

—¿Imposible? dijo el ogra, allá lo veredes. Y al punto se trasformó en un ratoncillo, y se puso á correr por el pavimento. Apénas lo vió el gato, le echó la zarpa y se lo comió.

Entretanto el rey, á quien habia llamado la atencion el hermoso castillo del ogra, tuvo curiosidad de verlo por dentro.

El gato, así que oyó el ruido de la carroza que pasaba por el puente levadizo, salió al encuentro del rey, y le dijo:

—Bienvenido sea V. M. al castillo del marqués de Cuatrovientos.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Cómo, señor marqués! exclamó el rey, ¿tambien es vuestro este castillo? Hermosos son por vida mia este patio y las fábricas que lo rodean: pasemos adelante, si no lo tomais á mal.

El marqués ofreció la mano á la princesa para subir la escalera, y precedidos del rey, entraron todos en el salon, donde estaba preparada una espléndida comida para los amigos del ogra, que debian venir á visitarle, pero que al saber que el rey estaba en el castillo no se atrevieron á entrar.

El rey, prendado de las buenas cualidades del marqués de Cuatrovientos, tanto como la misma princesa á quien el buen marqués habia entrado por el ojo derecho, viendo que de tan grandes bienes de fortuna era dueño, despues de haber apurado cinco ó seis copas de exquisitos vínos, le dijo:

—Marqués, en vuestra mano está el ser yerno mio.

El señor marqués, haciendo profundas reverencias, aceptó tan insigne honra, y el mismo dia se casó con la princesa. El gato no hay que decir que fué un gran personaje y que en su vida cazó más ratones, sino como simple aficionado.

MORALEJA.

Riquezas heredadas
Son con justa razon muy estimadas;
Mas nadie pone duda,
Que, como la virtud tambien le acuda,
Ser ducho y avispado,
Es para un jóven el mejor legado.

© Biblioteca Nacional de España

OTRA.

Si un mozo aventurero,
Hijo de un pobre y tosco molinero,
Conquista sin espada
De una princesa el alma enamorada;
Es que un traje elegante,
Lozana juventud y pecho amante,
El peinado pulido,
Negro bigote en alto retorcido,
Y una graciosa boca,
En materias de amor no son bicoca.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

La hermosa en el bosque encantado.

© Biblioteca Nacional de España

LA HERMOSA EN EL BOSQUE ENCANTADO.

Érase un rey y una reina, que estaban tan tristes y afligidos por no tener hijos, tan tristes y afligidos que no hay voces capaces de expresarlo. No habia en toda la redondez de la tierra aguas medicinales que no hubiesen probado: votos, romerías, rogativas, nada quedó por hacer, mas todo inútil.

Al fin y al cabo se puso la reina en cinta, y dió á luz una hija. No hay que decir que en el bautizo se echó el resto: fueron madrinas de la princesita todas las

© Biblioteca Nacional de España

hadas que residian en el reino (siete por junto), para que cada una de ellas, segun los usos y costumbres de aquellos tiempos, hiciese un don á la princesa, para que de este modo la augusta recien nacida pudiese reunir y atesorar todas las perfecciones concebibles.

Concluida la ceremonia del bautizo, volvió toda la comitiva al palacio del rey, en donde obsequiaron con un gran banquete á las hadas. A cada una de ellas se puso un cubierto magnífico, un estuche de oro macizo, con una cuchara, un tenedor y un cuchillo de oro puro, guarnecidos de diamantes y rubíes.

Al sentarse á la mesa, presentóse una hada vieja á quien no se habia invitado, porque como hacia más de cincuenta años que nadie la habia visto salir de una torre, se creyó que habia muerto ó que estaba encantada. El rey mandó traerle un cubierto; mas no fué posible darle un estuche de oro macizo como á las otras, porque no se habian encargado mas que siete para las siete hadas. La vieja lo tomó á desaire, y mascando y refunfuñando entre dientes, soltó algunas palabras amenazadoras. Apercibióse de ello una de las hadas jóvenes que á su lado estaban, y temiendo que no hiciese á la princesita algun don pernicioso, no bien se levantaron todos de la mesa, fué corriendo á esconderse detrás de un tapiz, con intencion de hablar la última y de poner remedio, en cuanto buenamente fuese posible, al daño que la vieja tal vez hiciese.

En esto comenzaron las hadas á hacer cada una su correspondiente don á la princesa. La más jóven dijo que la princesa sería la mujer más hermosa del mundo; dijo

© Biblioteca Nacional de España

la segunda que tendria un alma de ángel; la tercera, que estaria dotada de una gracia admirable; la cuarta, que bailaria primorosamente; la quinta, que cantaria como un ruiseñor; y la sexta, que tocaria todos los instrumentos con suma perfeccion y destreza.

Llególe el turno á la vieja, y moviendo la cabeza y venciendo el enojo á la vejez, dijo que la princesa se traspasaria la mano con un huso, de resultas de lo cual moriria. Este don funesto heló de espanto á todos los circunstantes, y no hubo uno solo que no derramase amargas lágrimas. En esta sazon salió de detrás de los tapices la jóven hada que debia ser la última, y dijo en alta voz las razones siguientes:

—¡Oh rey! ¡oh reina! cálmese vuestra afliccion: no morirá de este mal vuestra hija: no me es dado deshacer completamente lo que ha hecho la vieja: la princesa se traspasará la mano con un huso; pero en vez de morir, quedará sepultada en un profundo letargo por espacio de cien años, al cabo de los cuales vendrá á despertarla el hijo de un rey.

Deseando el rey evitar por todos los medios imaginables que se cumpliesen las predicciones de la vieja, mandó publicar un decreto prohibiendo bajo pena de la vida hilar con huso y guardar ó poseer huso ninguno de cualquier naturaleza y condicion que fuese.

A cosa de unos quince ó diez y seis años, habiendo salido un dia el rey y la reina á una de sus posesiones de recreo, hizo Pitillas que recorriendo la princesa todo el alcázar, y subiendo de piso en piso, llegase hasta lo más alto de la torre del homenaje, y en un pequeño des-

© Biblioteca Nacional de España

van encontrase á una vieja que sola solita estaba hilando con su rueca.

La buena de la anciana no tenia la menor idea del real decreto en que se prohibia hilar con huso.

—¿Qué es lo que estais haciendo, buena mujer? dijo la princesa.

—Estoy hilando, hermosa mia, contestó la vieja, que no la conocia.

—¡Ay, qué bonito! exclamó la princesa ¿Cómo se hace? trae acá; quiero probar si tambien sé hacerlo.

Apénas tuvo el huso entre sus manos, como era tan viva de genio y algun tanto atolondrada, y como por otra parte así estaba decretado por las hadas, se traspasó la mano y cayó sin sentidos. La buena de la vieja, sin saber qué hacerse, empezó á gritar pidiendo socorro: acuden gentes de todas partes, echan agua y más agua en el rostro de la princesa, desabróchanle el vestido, golpéanle las manos, frótanle las sienes con agua de Colonia; pero nada nada puede volverla en su acuerdo.

Vino entónces á la memoria del rey, que desde los primeros momentos de aquel alboroto habia subido, la prediccion funesta, y creyendo que lo sucedido habia de suceder, por haberlo así decretado las hadas, mandó trasladar á la princesa á la estancia más hermosa del palacio, y colocarla sobre un lecho bordado de oro y plata. Tan encantadora estaba, que parecia un ángel bajado del cielo.

No habia podido amortiguar el desmayo los vivísimos y transparentes colores de su tez: de azucenas y rosas eran sus mejillas, y de coral sus labios: blanda-

© Biblioteca Nacional de España

mente cerrados aparecian sus ojos; pero se percibia perfectamente la suavísima respiracion de su pecho: prueba clara de que no habia roto el espíritu sus mortales ligaduras. Ordenó el rey que nadie interrumpiese la paz de aquel dulce sueño hasta que sonase la hora de dispertar.

Cuando ocurrió este fatal incidente á la princesa, la bondadosa hada que, condenándola á dormir cien años, habia sabido librarla de la muerte, andaba por los andurriales del reino de Mataquin, que distaba de allí la friolera de unas doce mil leguas; pero fué corriendo á darle la noticia un pequeño enano que calzaba unas botas de siete leguas (especie de botas con que se hacian siete leguas de camino de un tranco).

Saber el hada la novedad y tomar pipa, fué todo uno; de suerte que al cabo de una hora ya la vieron llegar en una carroza de fuego tirada por dragones.

El rey corrió á ofrecerle la mano para que se apeara.

Aprobó el hada todo cuanto se habia dispuesto y ejecutado, y como estaba dotada de gran dósis de prevision, no dejó de conocer que cuando la princesa despertase habia de verse muy apurada, al encontrarse sola en el castillo. Pero cata ahí lo que hizo: tocó con su varilla á todos los que estaban en el alcázar (salvo el rey y la reina): ayas, damas de honor, camaristas, gentil hombres, caballerizos, monteros, reposteros, cocineros, pinches, guardias, porteros, pajes, mozos. Y no paró aquí la fiesta; tocó los caballos que estaban en las caballerizas, los palafreneros, los lacayos, los mastines del patio, y á Zelima, la hermosa perrita de lanas de la princesa, que estaba muy juntita á ella en la cama. Pues lo mismo fué

© Biblioteca Nacional de España

sentir el contacto de la varilla que quedarse todo vicho viviente roncando á pierna suelta para no despavilarse los ojos hasta que despertase su señora, y estar dispuestos á servirla en lo que fuese menester.

Los asadores que estaban al fuego llenos de faisanes y perdices se durmieron tambien, y hasta el fuego mismo (no es broma), se quedó dormido. Todo fué obra de un momento. ¡Bonitas son las hadas para estarse mano sobre mano y andarse en dibujos!

Entónces el rey y la reina, despues de haber sellado un beso en la frente de su querida hija, sin que por esto se dispertase, salieron del alcázar, y expidieron órdenes prohibiendo la entrada en él á todo el mundo. Bien que maldita la falta que hacia semejante precaucion; porque en ménos de un cuarto de hora brotó al rededor de los jardines y avenidas tanta aspereza de árboles grandes y pequeños, de zarzas y cambroneras entrelazadas y enredadas unas con otras de tal suerte, que era imposible que por allí penetrasen ni las mismas lagartijas: tan solo se descubrian las almenas de las torres, y esto desde alguna distancia. A nadie quedó la menor duda de que la señora hada habia hecho otra de las suyas para que durante el sueño estuviese la princesa segura y exenta de las indiscreciones de los curiosos y mal entretenidos.

Al cabo de los cien años, el hijo del rey que entónces ocupaba el trono, y que pertenecia á una familia distinta de la de la princesa dormida, salió á cazar por los al rededores del castillo, y preguntó qué eran aquellas torres que se descubrian por encima de un grande y espesísimo bosque. Cada cual le contestó segun lo que habia

© Biblioteca Nacional de España

oido contar: quien decia que era un antiguo castillo en que se aparecian espíritus; quien que allí dentro celebraban el sábado todas las brujas de la comarca. La voz más general y acreditada entre el vulgo era que en aquel encantado recinto vivia una ogra, la cual encerraba allí dentro á todos los niños que podia robar, para comérselos á su sabor, sin que nadie pudiera molestarla; puesto que nadie, sino ella, era capaz de abrirse paso entre aquellos intrincados y espesísimos matorrales.

No sabía qué pensar de aquellos contradictorios rumores el príncipe, cuando un labrador muy anciano despegando los labios se expresó en los términos siguientes:

—Mi querido príncipe y señor, hace más de cincuenta años oí decir á mi padre que moraba en ese castillo la más hermosa princesa que jamás vió el sol, y que en él habia de permanecer dormida por espacio de cien años, hasta que viniese á despertarla el hijo de un rey, para cuyo tálamo la guardaba el cielo.

A estas palabras sintió el príncipe circular por todas sus venas una ardorosa llama. Sin que su ánimo vacilase un solo instante, se creyó destinado á dar cima y cumplimiento á tan famosa aventura, y aguijonado por el amor y por un noble y vivísimo deseo de glorioso renombre, sin encomendarse á Dios ni al diablo, resolvió poner manos á la obra en el instante mismo, y averiguar la verdad del caso.

No bien dirigió sus pasos al bosque, cuando los colosales árboles, los espinos y zarzas se hicieron á uno y otro lado para abrirle camino. Fuése directamente al cas-

© Biblioteca Nacional de España

tillo que al extremo de una larga alameda se divisaba, y con no poca sorpresa vió que ninguno de su comitiva habia podido seguirle, porque los árboles habian vuelto á juntarse en el mismo instante de haber él pasado. No se empachó por esto, ni se detuvo: á un príncipe jóven y enamorado le sobra siempre audacia. Entró en un gran patio, y era cosa de quedarse helado de espanto ante el espectáculo que se ofreció á su vista. Reinaba un silencio espantoso: todo presentaba la tristísima imágen de la muerte; no se veian más que cuerpos de hombres y animales tendidos por el suelo como cadáveres. Sin embargo, por las granujientas narices y sonrosados mofletes de los porteros conoció que solo estaban dormidos; y algunas gotas de víno que en el fondo de sus copas se conservaban todavía, daban claras señales de haberles cogido el sueño empinando el codo.

Cruzó por un gran patio enlosado de mármol, subió por la escalera y penetró en la sala de los guardias, que alineados en formacion y con la carabina al hombro, roncaban como unos priores. Atravesó muchas habitaciones llenas de gentil hombres y damas, dormidos todos como lirones, quién en pié, quién sentado. Entró en un aposento que parecia un ascua de oro, y en un lecho cuyas colgaduras estaban elegantemente recogidas, se ofreció á su vista un espectáculo como nunca en su vida lo hubiese podido imaginar: una princesa, al parecer de quince ó diez y seis años, cuyo resplandor vivísimo parecia el divino resplandor de los cielos.

Acercóse temblando y lleno de asombro, y se hincó de rodillas al lado de la cama. Entónces, deshecho el en-

© Biblioteca Nacional de España

cantamiento, despertó la princesa, y mirándole con ojos más apasionados de lo que parecia consentir una primera entrevista, le dijo:

—¿Eres tú, príncipe de mi corazon? ¡Cuánto has tardado!

El príncipe, encantado de aquellas palabras, y más todavía de la manera cómo habian sido pronunciadas, no sabía de qué suerte manifestar su alegría y agradecimiento, y juró y perjuró que la amaba tanto como á las niñas de sus ojos.

Sus discursos no eran ningun modelo de retórica: mejor que mejor: poca elegancia, y muchísima pasion.

El príncipe, como era natural, estaba más cortado y más torpe que la princesa. Esta al fin y al cabo habia tenido cien años para pensar durante el sueño lo que habia de decirle; porque segun parece (bien que en este punto guarde silencio la historia), miéntras la princesa estuvo dormida, la buena hada le inspiró sueños dorados y placenteros. Cuatro horas llevaban ya de parlatorio y no habian llegado á la mitad del camino.

Todo el palacio dispertó al dispertarse la princesa, y cada cual se fué á sus quehaceres; pero como no todos estaban enamorados, tenian un hambre canina que les crucificaba.

La camarera mayor, á quien como á todos los demás le ladraba el estómago, no tuvo pachorra para esperar, y fué á decir á la señora que la comida estaba en la mesa. El príncipe ayudó á levantarse á la princesa, que estaba de veinticinco alfileres; pero se guardó bien de decirle que estaba vestida como su abuela, con su

© Biblioteca Nacional de España

golilla, etcétera: que no por esto le parecia ménos encantadora.

Pasaron los príncipes al salon de los espejos, en donde cenaron opíparamente, servidos por todos los criados de la princesa. Los violines y obóes tocaron algunas sonatas antiguas, pero excelentes, aunque hiciese más de cien años que nadie las habia oido. Luego que se levantaron de la mesa, el capellan mayor de palacio dió á los príncipes la bendicion.

Durmieron muy poco, y no le hacia mucha falta á la princesa que digamos. A la madrugada se despidió de ella el príncipe para volver á la ciudad á librar á su padre del cuidado en que probablemente le tenia su ausencia.

El príncipe dijo á su padre, que cazando por el bosque se habia extraviado, y que habia dormido en la choza de un carbonero, donde tuvo que contentarse con un poco de pan bazo y un poco de queso.

El rey, que era un buen hombre, lo creyó á pié juntillas; pero la reina no se tragó tan fácilmente el anzuelo; pues como notase que su hijo salia á cazar todos los dias, y que cuando pasaba dos ó tres noches fuera de casa, no se quedaba nunca sin alegar algun frívolo pretexto, no tardó en conocer que el cieguezuelo niño andaba en la trampa. Dos años habian trascurrido sin que sufriesen alteracion ni menoscabo las relaciones amorosas de los príncipes; y de dos hijos que les dió el cielo, al primero, que fué una hermosa niña, le pusieron por nombre *Aurora*, y el segundo, que fué varon, y cuya extremada hermosura aventajaba en algunos quilates á la de su hermana, se llamó *Lucero*.

© Biblioteca Nacional de España

La reina, con ánimo de sondear el corazon de su hijo, decíale muchas veces que estaba muy puesto en razon que los jóvenes se divirtiesen; pero ya se guardó él de revelarle nunca el secreto. Aunque amaba á su madre, la temia; porque era descendiente de una familia de ogras, y solo por sus muchas riquezas podia haberle dado el rey la mano de esposo. Susurrábase en la córte que la reina conservaba todos los instintos de su raza, y que en viendo niños, tenia que reprimirse y violentarse para no hincarles el diente. Por todas estas razones el príncipe se aguantó, é hizo bien en callarse. Pero luego que el rey hubo pasado á mejor vida, que fué á los dos años, el príncipe, hallándose ya en posesion de la corona, hizo público su casamiento, y con mucha pompa y solemnidad fué á buscar á la jóven reina á su castillo. La capital hizo un recibimiento magnífico á su nueva soberana, que se presentó en medio de sus dos hijos.

Pasado algun tiempo el rey salió á guerrear contra el emperador de Cantalabuta, vecino suyo. Encargó la gobernacion del estado á su madre, recomendándole muchísimo á su mujer y á sus hijos. Debia permanecer en campaña todo el verano; y apénas volvió la espalda, cuando la reina madre envió á su nuera y á sus nietecitos á una casa de campo rodeada de bosques, para poder saciar con toda comodidad su brutal gula. A los pocos dias se fué tambien á la casa de campo, y dijo á su mayordomo:

—Mañana á la comida quiero comerme á mi nietecita *Aurora*.

—¡Señora! exclamó horripilado el mayordomo.

© Biblioteca Nacional de España

—Lo mando, dijo la reina (y lo dijo con un tono de ogra hambrienta de carne fresca); quiero comerla en salsa de mostaza con un poco de cebolla y vinagre.

El mayordomo, sabiendo que no era cosa de burlarse con las ogras, cogió su cuchillo, y subió al aposento de *Aurorita*. La niña, que no pasaba de cuatro años, saltando y riendo fué á colgársele del cuello, y le pidió un chocho. El buen hombre se echó á llorar, y le cayó de las manos el cuchillo. Bajó al patio, degolló un corderito, y le condimentó tan perfectamente, que su señora le aseguró no haber probado en sus dias un bocado tan rico. El mayordomo se llevó al mismo tiempo á *Aurorita*, entregándola á su mujer para que la ocultase en un aposento que estaba en lo más apartado del corral.

Al cabo de ocho dias, la perversa reina dijo á su mayordomo:

—A la cena quiero comerme á *Lucerito*.

El mayordomo, resuelto á burlarla por segunda vez, calló el pico, y fué en busca de *Lucerito*, á quien encontró con un florete en la mano, esgrimiéndolo contra un mono muy grandon: el rapazuelo no tenia mas que tres años. Llevóle á su mujer que le ocultó en el mismo aposento en que estaba *Aurora*, y en lugar de *Lucero*, presentó á la mesa un cabritillo muy tierno, con el cual se saboreó la ogra relamiéndose de gusto.

Hasta entónces todo habia salido á pedir de boca; pero una tarde, la bribona de la suegra dijo al mayordomo:

—Quiero comer á la reina, aderezada con la misma salsa que sus hijos.

© Biblioteca Nacional de España

Entónces sí que el pobre mayordomo no las tuvo todas consigo. La jóven reina habia cumplido veinte años, sin contar los ciento que habia estado durmiendo: su cútis, bien que nevado y finísimo, debia de estar ya algo duro. ¿Y cómo encontrar en el corral ninguna oveja á propósito para el caso? El mayordomo, para salvar su propia vida, decidióse á degollar á la jóven reina, y subió á su estancia muy resuelto á soltar la capa. Procuró enfurecerse y penetró puñal en mano en la habitacion de la reina; sin embargo, no queriendo cogerla de sorpresa, hízola saber con mucho respeto la órden que habia recibido de la reina madre.

—¡Qué remedio! contestó la jóven reina, presentándole la garganta. Obedece: yo iré á ver á mis pobres hijos, á las pobres telas de mi corazon. La infeliz reina los creia muertos desde que sin decirle una palabra se los habian robado.

—No, señora, nó, contestó el pobre mayordomo movido á compasion. No morirá V., y volverá V. á abrazar á sus hijos; pero ha de ser en mi casa, en donde los oculté, y por vida mia que he de engañar por tercera vez á la reina madre dándole á comer una cierva.

Al momento la acompañó á su habitacion, en donde dejando que abrazase á sus hijos y que ellos llorasen, guisó una cierva, que la reina madre saboreó con el mismo apetito y afan que si se hubiese comido á la jóven reina. La antropófaga de la reina suegra estaba muy satisfecha de su crueldad, y ya se disponia á decir al rey, cuando estuviese de vuelta, que los lobos carniceros habian devorado á su esposa y á sus dos hijos.

© Biblioteca Nacional de España

Una tarde en que, segun costumbre, andaba por los patios y corrales de la casa rastreando y husmeando por encontrar carne fresca, oyó llorar dentro una sala del piso bajo á *Lucerito* á quien su madre queria dar azotes, porque habia sido malo, y oyó tambien á *Aurorita* que pedia perdon para su hermano. La ogra reconoció la voz de la reina y la de sus hijos, y rabiosa y fuera de sí por haber sido engañada, al dia siguiente, muy de mañana, con una voz espantosa que hacia temblar á todo el mundo, mandó colocar en medio del patio un gran cubo, y llenarlo de víboras, alacranes, culebras y serpientes, para arrojar en él á la reina y á sus hijos, al mayordomo, á su mujer y á su criada, á quienes hizo traer con las manos atadas á las espaldas.

Todos estaban ya presentes y los verdugos á punto de arrojarlos al cubo, cuando de improviso el rey, á quien no esperaban tan pronto (y que vino por la posta), entró á caballo en el patio, y preguntó azorado y lleno de sorpresa lo que aquellos horribles preparativos significaban. Nadie se atrevia á despegar los labios, cuando la ogra, furiosa de ver lo que estaba pasando, se arrojó de cabeza á la cuba, y en un instante fué devorada por las ruines alimañas que en ella habia mandado echar. No dejó de sentirlo el rey; porque al fin y al cabo se trataba de su madre; pero bien pronto consolaron su pecho las dulces caricias de su linda esposa y de sus hijos.

© Biblioteca Nacional de España

MORALEJA.

Que las niñas aguarden con paciencia
A un marido galan , con siete usías
Y un cacho de Excelencia,
Heredero *item más* de rica herencia,
Es cosa que se ve todos los dias.

Pero estarlo aguardando un siglo entero
Como un liron dormidas , ya no es moda.
Hoy en oliendo boda
Las niñas ménos listas, ó dinero,
Tienen el sueño por demás ligero.

Prueba tambien , á no engañarme , el cuento,
Que no por diferirse huero sale
Por fuerza un casamiento,
Que la paciencia es oro y mucho vale,
Y no siempre han de estar dale que dale.

Mas tanto es lo que rabian las malditas
Por doblegarse al yugo marital ,
Que , de fijo , toditas
Me pusieran de zafio y de animal,
Si á predicarles fuera esa moral.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LOS DESEOS RIDÍCULOS.

Si ménos discreta fueras,
El divertido y ligero
Cuento que contarte quiero,
De mis labios no lo oyeras.

La materia es algo rara,
Porque trata en conclusion
El cuento, de un salchichon,
Y de un salchichon de á vara.

«¿Salchichon? ¡Jesus, qué horror!»
Diria una remilgada

© Biblioteca Nacional de España

De esas para quien no hay nada
Como los cuentos de amor.

Pero tú, que con tal gracia
Decir sabes lo que cuentas
Y á la vista lo presentas
Con singular eficacia,

Tú, que sabes que del modo
De contar, más que del tema,
La belleza de un poema
Depende, y el arte todo,

Has de oir con tu sonrisa
Y tu bondad natural
Un cuento, en que la moral
Anda en cuerpo de camisa.

Érase un buen leñador,
De cortar leña aburrido,
Que de vivir tan molido
Iba perdiendo el humor.

«¡Cielo impío! nunca oiste
(El muy bellaco exclamaba
Cuando la murria le daba)
La voz de mi pecho triste.»

© Biblioteca Nacional de España

Andando en este mal juego
Un dia en el bosque el tonto,
Salió Júpiter de pronto
Con su látigo de fuego.

Al verle, dió el hombre un brinco,
Y con el pelo erizado,
De rodillas prosternado,
Clamaba con grande ahinco:

—¡Señor, gran Señor, perdon!
Aparta el rayo temido.....
Nada quiero, nada pido.....
Soy un zopenco, un bribon.

—Reponte, exclamó el Tonante:
No quiero, nó, que de injusto
Puedas tacharme: tu gusto
Verás cumplido al instante.

Desea, y los tres primeros
Deseos que más te plazcan,
No bien de tus labios nazcan,
Quiero hacerte valederos.

Mira que segun escojas
Tu suerte vas á labrar.....
¡Cuidado pues con tomar
El rábano por las hojas!

© Biblioteca Nacional de España

¡Agur!» Y sin decir más,
Al Olimpo en una nube
Se fué el Dios, sube que sube,
Con majestuoso compás.

El patan con alegría
La leña al hombro cargaba,
Y el haz que tanto pesaba
De pluma le parecia.

Y pensaba caminando:
«¡Eh! vamos con tiento, Blas.
¡Prudencia! Se lo dirás
A tu mujer en llegando.»

En casa gran batahola
Mueve ya, gritando: —¡Chica!
¡Manolica! ¡Manolica!
Ya *semos* ricos, Manola.

Pide, pide. De esta hecha.....
Pide cuanto se te alcance.»
Y á su mujer contó el lance
Desde la cruz á la fecha.

—¡Alto, Blas! seamos cuerdos,
No hagamos un mal fregado,
No digan que se han echado
Margaritas á los cerdos.

© Biblioteca Nacional de España

Calla, que en boca cerrada
No entran moscas. Esperemos;
Deja que lo consultemos
Primero con la almohada.»

Blas con su mujer convino,
Que habló como un Salomon,
Y en señal de aprobacion
Le dijo:—Tráeme víno.»

Al dulce amor de la lumbre,
El cuerpo al descanso dando,
Cavilando, cavilando,
Se echó al coleto una azumbre.

Y en el vaso el ojo fijo,
Y en el respaldo ambos codos
Apoyando, así con todos
Sus cinco sentidos dijo:

—En tan solemne ocasion,
Manola, bien me petara
Como cosa de una vara
De picante salchichon.»

Tal dijiste: de repente
La mujer, un grito dando,
Ve acercarse serpenteando
Un salchichon reverente.

© Biblioteca Nacional de España

Y conociendo aterrada
Que la vision era efeto
De aquel deseo indiscreto,
Dándose al diablo, irritada,

Con vocablos nada cultos
Y ademan descomedido,
Descargó contra el marido
Una andanada de insultos.

—¡So cuadrúpedo! decia:
Pudiendo tener collares
De perlas á centenares,
Plata, y oro, y pedrería,

Palacios, coches y trenes,
Y esa fealdad quitarte,
O emperador coronarte,
¿Con salchichones te vienes?

—¡Calla, mujer! fué locura,
Rebuzné como un rocin....
¡Calma! No es tan grave al fin
Mal que con hablar se cura.

—¡*Misté* qué linda embajada!
¡Salchichon! ¿eh? ¡Vaya un chiste!
Lo que tú pedir debiste
Es un costal de cebada.»

© Biblioteca Nacional de España

Nuestro hombre, ya furibundo,
Sintió en su magin bailar
El proyecto de enviar
Su mujer al otro mundo.

Y, acá *inter nos*, yo no sé
Si el proyecto vergonzante
Fué una idea extravagante,
O un gran pensamiento fué.

—¡Basta, basta de sermon!
Dijo al fin: tanta parola
Me revienta.... ¡Dále bola!
¡Qué posma de salchichon!

Ojalá Dios ¡mal pecado!
Para que así no molieras
Que ya el salchichon tuvieras
De las narices colgado.»

No tuvo á fe que instar mucho:
No bien el pico cerró,
Pegado en la nariz vió
El salchichon larguirucho.

Pesada encontró la broma;
Porque al fin marido era
De una mujer hechicera,
Ni nariguda ni roma.

© Biblioteca Nacional de España

Mas templó su descontento
El ver que la nasal cola
En la lengua de Manola
Ponia entorpecimiento.

Que al fin y al cabo, no poca
Ventaja encontraba, en ser
Marido de una mujer
Con un candado en la boca.

Luego para sí decia:
«De un deseo dueño quedo.
¡Ánimo! de un golpe puedo
Hacerme rey todavía.

Mas, Blas, ¿por comer perdices
Y á troche moche mandar
A Manola has de dejar
Con su vara de narices?

¡Pobre Manola! mi trono
Potro fuera para tí.....
Nó, no se dirá de mí
Que pudo tanto el encono.

Más que me pese ¡pardiez!
Verme ya descoronado,
En caso tan apurado
Tú misma sé parte y juez.

© Biblioteca Nacional de España

Implora de Dios la ayuda,
Y ve lo que más te peta
Entre leñadora neta
O princesa nariguda. »

Manola, aunque bien sabía
Que en el mundo engañador
De una diadema al fulgor
Parece hermosa una arpía,

Preciada de su palmito,
Hizo renuncia formal
De su tálamo real
Y del nasal sambenito,

Prefiriendo en conclusion
Quedarse (y su gusto abono),
Sin salchichon y sin trono,
Que con trono y salchichon.

Y el leñador precisado
A hacer tan mezquino empleo
De su último deseo,
Dió al traste con el reinado.

Ni llenar pudo al redaño,
Ni á ser rey jamás llegó,
Ni marqués, y se quedó
Tan leñador como antaño.

© Biblioteca Nacional de España

No debe el hombre en el suelo
Necios deseos formar.....
¡ Cuán pocos saben usar
De los favores del cielo !

© Biblioteca Nacional de España

LINDA Y LA FIERA.

ERASE que se era un comerciante fabulosamente rico. Tenia seis hijos, tres varones y tres hembras; y como hombre juicioso y prudente, no perdonó nada para la educacion de todos ellos, proporcionándoles excelentes maestros de todo.

Las hijas eran lindísimas, principalmente la menor. Cuando era pequeñita llamábala todo el mundo *Linda*, y siempre más le quedó este nombre, con no poca envidia de sus hermanas. No solamente era más hermosa que las hermanas, sino más buena. Las dos ma-

© Biblioteca Nacional de España

yores estaban engreidas como gallo de cortijo; dábanse mucho aire de señoronas, y no querian visitarse con las hijas de los demás comerciantes; agradábanse tan solo del trato de la gente principal y de muchas campanillas; todos los dias estaban de baile, de teatro, de paseo, y hacian burla de su hermana menor, porque empleaba la mayor parte del tiempo en la lectura de buenos libros. Como se sonaba que eran tan ricas, muchos jóvenes muy bien acomodados habian pedido su mano; pero las dos mayores decian que no habian de casarse jamás, no siendo con un duque ó por lo ménos con un conde. *Linda*, pues segun queda advertido, este era el nombre de la menor, dando muy cortesmente las gracias á los que la pretendian, les contestaba que era demasiado jóven, y que deseaba vivir durante algun tiempo en compañía de su padre.

A lo mejor perdió el comerciante todos sus bienes de fortuna, excepto una casita muy distante de la ciudad. El infeliz dijo llorando á sus hijos que no les quedaba otro remedio que vivir en la casita, y trabajar para comer.

Las dos hijas mayores contestaron que por ningun estilo querian salir de la ciudad, que aunque ya no fuesen ricas eran muchos los que habian solicitado casarse con ellas, y que se darian por muy dichosos de poder conseguirlo. Cuentas muy galanas eran estas, pero bien pronto cayeron de su asno, porque lo mismo fué oler á pobres, que no encontrar un novio ni por amor de Dios. Como por su mucha vanidad nadie podia verlas ni en pintura, decia todo el mundo: «Me alegro de ver humi-

© Biblioteca Nacional de España

llado su necio orgullo.» Al propio tiempo todo el mundo se compadecia de *Linda*, y en todas partes se oia repetir: «Su desgracia nos llega al alma. ¡Qué chica tan buena! ¡conversaba con los pobres con tanta dulzura! ¡es tan amable, tan virtuosa!» A pesar de su pobreza, muchos hidalgos solicitaban su mano; pero ella les contestaba que no podia conformarse con abandonar á su padre, y que de todos modos queria acompañarle á la casa de campo para consolarle y ayudarle á trabajar.

Cuando se hubieron instalado en su nueva vivienda, el comerciante y sus tres hijos se dedicaron á las labores del campo.

Linda se levantaba á las cuatro de la mañana, limpiaba la casa, y disponia el almuerzo. Al principio, poco acostumbrada como estaba á trabajar como una criada, se fatigaba mucho, pero á los dos meses ya estaba hecha á todo.

Concluidos los quehaceres domésticos, divertia el ocio tocando alguna pieza de música, ó dando vueltas al huso, alegraba el aire con sus cantares.

Sus hermanas, al contrario, se levantaban á las diez, y todo el santo dia de Dios se estaban paseando sin mas ocupacion que la de acordarse de vestidos elegantes y bailes; así es que se consumian de fastidio. No contentas con descargar sobre los hombros de la pobre *Linda* todo el peso de la casa, contínuamente la molestaban é injuriaban, causando no poca pesadumbre al desgraciado padre que sabía apreciar cuanto valia el buen comportamiento de su hija.

Cosa de un año haria que llevaba la familia este gé-

© Biblioteca Nacional de España

nero de vida, cuando el comerciante recibió una carta participándole el feliz arribo de un buque con mercancías suyas. Esta noticia volvió locas de contento á las dos hermanas, pues ya se veian libres de la dichosa campiña que les daba cien patadas.

Al despedirse su padre, le encargaron vestidos, pañuelos, perigallos y perifollos de toda especie.

—¿Y tú nada pides? dijo el padre á *Linda*.

—Ya que tienes la bondad de acordarte de mí, y ya que esta tierra no da rosas, tráeme una.

Lo que ménos le importaba era la rosa, pero quiso pedir algo para que con su buen ejemplo no pareciese que indirectamente condenaba la conducta de sus hermanas.

Partió ligero el bueno del padre; mas no bien hubo llegado al punto en que acababan de desembarcarse las mercancías, armáronle un pleito, y despues de los consiguientes sinsabores y quebraderos de cabeza, se volvió tan pobre y tan desnudo como habia ido. Pocas leguas le faltaban para llegar á su casa, y le llenaba de gozo la idea de que no tardaria en abrazar á sus queridos hijos; pero tenia que atravesar un bosque muy dilatado y espeso, y se extravió. Levantóse una nevasca espantosa y soplaba el viento con tanta furia, que por dos veces distintas le arrojó del caballo. Cerró la noche, y el pobre hombre creyó morir de frio ó ser pasto de los lobos, cuyos aullidos se oian resonar por todas partes.

De repente, dirigiendo la vista al extremo de una larga calle de árboles, descubrió una luz que parecia muy distante. Encaminóse hácia aquel punto, y vió que la luz salia de un palacio todo iluminado. Dió gracias á Dios

© Biblioteca Nacional de España

por el auxilio que le enviaba, y se dirigió al castillo. Causóle mucha sorpresa no encontrar á nadie en los patios. El caballo, que seguia detrás, vió abierto un establo y se coló dentro, como Pedro por su casa; encontró heno y avena, y como el pobre animalito venía muerto de hambre, dióse mucha prisa á matarla sin gastar cumplimientos. El comerciante dejó atado á una estaca el caballo, y entró en la casa, en donde no encontró alma viviente. En un salon espacioso vió una chimenea encendida, y una mesa cuajada de sabrosas viandas y con un solo cubierto. Como el buen hombre estaba calado hasta los tuétanos, se acercó á la lumbre para secarse, y dijo en sus adentros: «El dueño de la casa y los criados, cuando vengan, tendrán que perdonarme la franqueza que me tomo.»

Estuvo aguardando un buen rato, pero como eran ya las once y nadie parecia, y como por otra parte le ladraba el estómago más de lo regular, temblando de miedo cogió un pollo, y en dos bocados dió cuenta de él; bebió un poco de vino, y cobrando mas ánimo, salió del salon y recorrió muchos aposentos magníficamente alhajados.

En una de las habitaciones encontró una cama excelente, y como era ya media noche, rendido de cansancio como estaba, tomó la prudente resolucion de cerrar la puerta y de acostarse.

El dia siguiente, al despertarse, sorprendióle en extremo el encontrar un vestido nuevo y limpio en lugar del suyo, roto y lleno de barro. «Seguramente, dijo para sí, vive en este palacio alguna bondadosa hada que se ha compadecido de mi situacion.» Asomóse á la venta-

© Biblioteca Nacional de España

na, y no descubrió ni pizca de nieve; ántes bien se ofrecieron á su vista umbrosas calles de árboles cargados de flores, que era un encanto. Entró en el salon en donde habia cenado la noche anterior, y vió en una mesecita un enorme tazon de chocolate. «Mi querida Hada, dijo en alta voz, muchas gracias por haberte acordado de mi desayuno.»

El buen hombre, despues de dar el último sorbo á la jícara, salió en busca de su caballo. Al pasar por una calle de rosales, se acordó del encargo de *Linda* y cortó un ramo en que habia una porcion de rosas. En esto que oye sonar un grande estruendo, y ve venir una fiera tan horrible, que lo mismo fué verla, que no quedarle gota de sangre en el cuerpo.

—Eres un ingrato, dijo la fiera con una voz terrible; te he salvado la vida concediéndote hospitalidad, y en pago te atreves á robar mis rosas que es lo que más amo en la tierra. Con tu sangre has de expiar tamaño ultraje. Un cuarto de hora te concedo: encomienda tu alma.

El comerciante cayó de rodillas, y juntando las manos dijo á la Fiera:

—¡Perdon, perdon, caballero! No creí que por coger una rosa, que una de mis hijas me habia encargado, pudiera causar á V. la menor ofensa.

—¡Qué caballero ni qué haca! contestó el Mónstruo; yo no me llamo caballero, sino Fiera; y no gusto de lisonjas. Me has dicho que tenias hijas. Bueno: no me niego á perdonarte con tal de que una de tus hijas venga á morir en tu lugar. Punto en boca, vete; pero ántes

© Biblioteca Nacional de España

júrame que si ninguna de tus hijas quiere dar su vida por la tuya, volverás aquí dentro tres meses.

El pobre hombre no pensaba ciertamente sacrificar á tan infame mónstruo ninguna de sus hijas; pero quiso tener la dicha de abrazarlas ántes de morir. Juró que volveria, y la Fiera le dijo:

—No quiero que te vayas con las manos vacías. Vuelve á la estancia en donde has dormido, encontrarás un cofre, mete dentro cuanto se te antoje, y yo cuidaré de enviarlo á tu casa.

El comerciante volvió á la estancia en que habia dormido, y como encontrase una gran cantidad de monedas de oro, llenó el cofre, que no era pequeño, y lo cerró diciendo: «Si he de morir sin remedio, quédeme al ménos el consuelo de dejar un pedazo de pan á mis pobres hijos.» Salió del bosque, tan triste, como alegre habia entrado en él á la víspera. El caballo por su propio instinto tomó una de las sendas del bosque, y en un abrir y cerrar de ojos llegó nuestro hombre á su humilde morada.

Vióse rodeado al momento de todos sus hijos; pero al mirarlos le saltaron las lágrimas. Tenia en la mano la rama de rosal que para *Linda* llevaba; y al entregársela le dijo:

—Toma estas rosas, que han de costarle muy caras á tu desventurado padre; y contó á su familia la desgraciada aventura que le acababa de pasar.

No bien hubo concluido, las dos hermanas mayores prorumpieron en desaforados gritos, y se desataron en injurias contra la pobre *Linda*, que no lloraba.

—Ved aquí los resultados del orgullo de esa moco-

© Biblioteca Nacional de España

suela; si se hubiese puesto á la razon como nosotras, no seria ahora la causa de la muerte de papá.

—¿Porqué he de llorar yo la muerte de papá? contestó *Linda*. ¿Porqué ha de morir papá? ¿No dijo el mónstruo que se contentaba con una de sus hijas? Pues yo me entrego á su furor, y me considero dichosa de poder con mi muerte salvar á mi padre, y demostrarle de esta suerte todo mi cariño.

—No, hermanita, exclamaron los tres hermanos, no morirás. Nosotros irémos en busca del mónstruo, y hemos de matarle, ó perecerémos en la demanda.

—No os forjeis ilusiones, hijos mios, exclamó el comerciante; es tan grande el poder de aquella fiera, que no nos queda ni aun sombra de esperanza. El corazon de *Linda* me encanta y enamora; mas Dios me libre de exponerla á la muerte. Yo ya soy viejo, pocos años me quedan de vida, y solo por vosotros, hijos mios, la deseo.

—Pues yo juro, añadió *Linda*, que no ha de ir V. sin mi compañía á ese palacio. ¿Quién podrá impedirme que vaya? Más quiero ser devorada por aquel mónstruo, que no morir de pena por la pérdida de V.

No valieron reflexiones; empeñóse *Linda* en ir al hermoso palacio: sus hermanas estaban llenas de admiracion y tenian celos de su hermana menor. Fué tan grande el dolor que le causaba al comerciante la idea de perder á su hija, que no se acordó siquiera del cofre lleno de oro; pero júzguese cuál debió ser su asombro cuando al acostarse se lo encontró junto á la cama.

Nada quiso decir á sus hijos de sus riquezas, pero sí

© Biblioteca Nacional de España

á *Linda*, la cual, noticiosa de que dos hidalgos aspiraban á la mano de sus hermanas, rogó á su padre que las casase. Porque bueno es saber que á pesar de la condicion perversa de las tales hermanas, la bondadosa *Linda* las queria entrañablemente. Este par de bribonas, luego que su hermana y su padre volvieron la espalda, para que les llorasen los ojos, se los frotaron con cebolla; pero los hermanos y el comerciante lloraban hilo á hilo, y muy de véras.

El caballo se fué por sus pasos al palacio, que al cerrar la noche apareció iluminado como la primera vez, y derechito al establo. El padre entró con su hija en el gran salon, donde estaba puesta una magnífica mesa con dos cubiertos. No tenia ganas de comer, ni ánimo; pero *Linda*, haciendo mil esfuerzos por parecer tranquila, se sentó á la mesa, é hizo plato para los dos. Luego decia en su interior: «Parece que la Fiera desea ponerme gorda, porque me trata como cuerpo de rey.»

No bien acabaron de cenar, sonó un espantoso ruido, y creyendo el comerciante que lo causaba la Fiera, hecho un mar de lágrimas dió un adios á su hija. Al ver *Linda* aquella horrible figura, se le heló la sangre en las venas; mas procuró serenarse y hacer de tripas corazon. Preguntóle el Mónstruo si habia venido de buena voluntad, y ella, trémula como la hoja, contestó que sí.

—Eres buena, dijo la Fiera, y te lo agradezco. Amigo, dijo al comerciante, mañana puedes marcharte, y no te acuerdes de parecer por acá. Adios, *Linda*.

—Dios guarde á V., señora Fiera, dijo *Linda*; y el mónstruo se retiró.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Hija de mi alma! exclamó el comerciante apretando á *Linda* contra su pecho; estoy muerto de espanto. Créeme, hija mia; yo me quedaré.

—No, padre mio, no, dijo *Linda* con firmeza; mañana sin falta partirá V. Me entrego á la voluntad del cielo, que tal vez se apiade de mí.

Fuéron luego á acostarse, bien convencidos de que no podrian pegar los ojos en toda la noche, pero apénas estuvieron en la cama, se les cerraron los párpados. *Linda* vió entre sueños á una dama que le dijo: «Alabo tu buen corazon, hermosa *Linda*; la buena accion de dar tu vida por salvar la de tu padre será recompensada.» *Linda* al despertarse contó á su padre este sueño, y aunque esto sirviese al pobre viejo de algun consuelo, al tener que separarse de su hija no pudo ménos de prorumpir en penetrantes gritos de desesperacion.

Así que hubo partido, sentóse *Linda* en el gran salon, y soltó la rienda al llanto; pero como le sobraba buen ánimo, encomendóse á Dios, y tomó la resolucion de pasar con tranquilidad el poco tiempo que le quedaba de vida; pues harto penetrada estaba de que la Fiera se la comeria por la noche sin falta. Recorrió todo el palacio, y no pudo ménos de admirarse de su magnificencia. Sorprendióla en extremo el encontrar una puerta con un letrero encima que decia: « Aposento de *Linda*. » Abrióla precipitadamente, y quedó deslumbrada y ciega al ver tanto esplendor y lujo; pero lo que más le llamó la atencion fué una riquísima biblioteca, y varios instrumentos de música. No quieren que me fastidie, dijo para sus adentros; si no tuviese que permanecer aquí mas que un dia,

© Biblioteca Nacional de España

no es probable que se hubiese despilfarrado con tanta profusion. Esta idea reanimó algun tanto su valor. Abrió la biblioteca y vió un libro con unas letras de oro que decian: *Desea, manda: eres aquí la reina, y señora de todo.* ¡Ay! dijo suspirando, lo que yo quisiera es ver á mi pobre padre, y saber lo que hace en estos momentos. Apénas habia cruzado esta idea por su imaginacion, cuando al fijar los ojos en un espejo, dentro del cristal vió con asombro su casa, y á su padre que á los umbrales llegaba profundamente afligido: las hermanas le salieron al encuentro; y á pesar de las muecas que hacian para demostrar que estaban muy dolorosamente afectadas, no eran dueñas de ocultar la alegría que les ocasionaba la pérdida de su hermana. Al cabo de un instante desapareció todo, y concibió Linda alguna esperanza de que ningun daño habia de causarle la Fiera, que tan complaciente con ella se manifestaba.

Al medio dia encontró puesta la mesa, y durante la comida, sin que nadie pareciese, oyó un delicioso concierto. A la noche, al tiempo de sentarse á la mesa, vió entrar á la Fiera, y no pudo ménos de estremecerse.

—*Linda*, le dijo el mónstruo, ¿me permitirás que te vea miéntras cenas?

—V. es quien debe mandar, contestó *Linda* temblando.

—No, replicó la Fiera; nadie debe mandar aquí mas que tú. Si te fastidio, díme que me vaya, y te obedeceré al instante. ¿No es cierto que te parezco muy feo?

—Cierto, dijo *Linda*, porque yo no sé mentir; pero en cambio, me parece V. muy bueno.

© Biblioteca Nacional de España

—Tienes razon, dijo el Mónstruo; pero además de ser feo, no tengo pizca de ingenio: bien sabido me tengo yo que soy un bestia.

—No es de bestias el creer que se carece de ingenio. Los bestias jamás llegan á conocerlo.

—Come, *Linda*, y procura no fastidiarte en tu casa; porque todo es tuyo, y no sabes el pesar que yo tendria de no verte contenta.

—Es V. en verdad muy bueno, dijo *Linda*; estoy contenta de su buen corazon, y cuando considero lo bondadoso que es V., tan feo ya no me parece V.

—¡Ah! sí, respondió la Fiera, tengo buen corazon, pero soy un mónstruo.

—A pesar de la figura, le quiero á V. más que á los que debajo de la figura de hombres ocultan un corazon falso, corrompido é ingrato.

—No puedo contestarte con frases galanas, porque soy demasiado estúpido para aspirar á tanto; pero sí te diré lisa y llanamente que te quedo muy reconocido.

Cenó *Linda* con muy buen apetito, y casi no le daba ningun miedo el Mónstruo; pero creyó morir de espanto al oirle decir:

—¿Quieres casarte conmigo?

Linda contestó que nó, llena de susto, porque tenia miedo de incitar su rabia.

Al oir esta negativa el pobre mónstruo quiso exhalar un suspiro, y arrojó un silbido tan espantoso que retembló todo el palacio; pero *Linda* se recobró al instante, porque la Fiera le dijo con tristeza:

© Biblioteca Nacional de España

—Adios, *Linda*; y salió del aposento, volviendo de cuando en cuando la cabeza para verla.

Al quedar sola, tuvo gran compasion de la pobre Fiera, y dijo en su interior:

—¡Qué lástima que sea tan feo! ¡Tan bueno como es!

Vivió *Linda* tres meses en este palacio con bastante tranquilidad. Visitábala todas las noches la Fiera, y miéntras cenaba, le daba conversacion, mostrando muy buen juicio, pero sin la menor sombra de lo que en el mundo se llama agudeza de ingenio. Todos los dias iba descubriendo *Linda* en el Mónstruo nuevas apreciables prendas; familiarizándose con su fealdad, léjos de repugnarle sus visitas, muy frecuentemente miraba en el reloj si habian dado las nueve; porque esta era la hora en que ni una sola vez habia dejado de presentarse la Fiera.

Mas lo que á *Linda* causaba mucha pena era el ver que un dia y otro dia no cesaba el Mónstruo de preguntarle si queria ser su esposa, y que parecia penetrado de un dolor agudísimo cuando ella le contestaba que no. Cierto dia le dijo:

—Estoy llena de afliccion, querida Fiera; yo quisiera poder casarme con V., y soy demasiado sincera para decir que lo crea posible; mas lo que sí prometo á V. es ser siempre su mejor amiga.

—Sé juzgarme sin pasion, respondió la Fiera; por mucho que te adore, no dejo de conocer que soy muy horrible: prométeme al ménos que no me abandonarás nunca. ¡Si quisieras quedarte á vivir conmigo, sería yo tan feliz!

© Biblioteca Nacional de España

Linda se puso como una grana al oir estas palabras. Por la mañana habia visto que su padre estaba enfermo del pesar de haberla perdido, y sentia vivísimos deseos de volver á verle.

—Puedo prometer á V. no abandonarle jamás; pero tengo tantos deseos de volver á ver á mi padre, que me moriria de pesadumbre, si me negase V. esta dicha.

—Prefiero morir yo mil veces, dijo el Mónstruo, ántes que ser causa de tu infelicidad. Te enviaré á casa de tu padre, pero te quedarás allí, y tu pobre Fiera morirá de dolor.

—No tal, dijo *Linda* sollozando: le amo á V. demasiado para intentar ser la causa de su muerte; le prometo á V. volver dentro ocho dias. Permítame V. permanecer una semana al lado de mi padre, que gime solo y abandonado, pues V. me hizo ver que mis hermanas se casaron y que mis hermanos fuéron al ejército.

—Mañana por la mañana estarás en tu casa; pero acuérdate de que, en queriendo volver, bastará que al acostarte dejes encima la mesa tu sortija. Adios, *Linda*, dijo la Fiera, suspirando como de costumbre; y *Linda* se acostó llena de tristeza por haberle ocasionado tanta pena.

Al dia siguiente al despertar se encontró en casa su padre, y llamó con la campanilla á la criada, que al verla dió un grito. El pobre comerciante al oir el grito, compareció al momento, y al ver á su idolatrada hija se le hizo un nudo en la garganta. Más de un cuarto de hora permanecieron abrazados.

Linda queria levantarse, y no tenía vestidos; pero la criada le dijo que en el aposento inmediato habia un

© Biblioteca Nacional de España

gran cofre lleno de trajes de oro guarnecidos de diamantes. *Linda* dió gracias á la Fiera por su fina atencion, tomó el vestido más sencillo y modesto, y dijo á la criada que guardase los demás, para regalárselos á las hermanas. Apénas acababa de pronunciar estas palabras, que ya el cofre habia desaparecido. Al ver esto díjole su padre que se conocia que la Fiera deseaba que todo sirviese para ella; y al instante el cofre y los vestidos parecieron en el mismo sitio en que ántes se encontraban.

Miéntras estaba Linda en el tocador, mandóse un recado á las hermanas, que al instante comparecieron con sus maridos. Eran muy desgraciadas. La mayor habia casado con un hidalgo lindo como un Adónis; pero tan vanistorio y tan enamorado y tan pagado de su propia estampa, que no se cuidaba mas que de su persona, sin que le importase un bledo la hermosura de su mujer. La otra habia casado con un hombre de mucha travesura de ingenio, pero que solo la empleaba en hacer rabiar á su mujer y á cuantos le rodeaban. Cuando pareció *Linda* delante sus hermanas, vestida como una princesa, y hermosa como un cielo, la envidia les rallaba las tripas, y más cuando le oyeron contar lo muy dichosa que vivia. Las dos bribonas se fuéron al jardin para llorar á su sabor, y conspirar contra su hermana.

—Procuremos detenerla aquí más de ocho dias, dijo la mayor; y quizás el torpe mónstruo, irritado, la devorará: mimándola mucho, puede que la engatusemos.

Acordado este diabólico plan, subieron arriba, y estuvieron tan cariñosas con *Linda*, que la pobre mucha-

© Biblioteca Nacional de España

cha se echó á llorar de alegría. Pasados los ocho dias fingieron sentir tan acerbamente su separacion, que Linda prometió quedarse ocho dias más.

Sin embargo, *Linda* se fastidiaba de no ver á su pobre Fiera, acusándose interiormente del pesar que le estaba causando. A las diez noches de estar en casa de su padre, vió en sueños á la Fiera postrada en el césped del jardin, luchando con la agonía, y echándole en rostro su fea ingratitud. Dispertóse sobresaltada, y decia llorando:

« No tengo entrañas en afligir á una Fiera tan bondadosa conmigo. Es feo, no está dotado de ingenio; pero es un tesoro de virtud, y esto vale más que todo. ¿Porqué no he de casarme? Más dichosa seria yo con él, que mis hermanas con sus maridos. Ni la gala ni el ingenio del marido hacen dichosa á la mujer, si por otra parte no es bueno, amable y virtuoso, y mi Fiera reune todas estas nobles calidades. En verdad que no le amo, pero le profeso estimacion, amistad y agradecimiento. No quiero ser ingrata; toda mi vida me arrepentiria de haberle hecho desgraciado. » Entónces puso el anillo encima la mesa, y se quedó dormida. Al dia siguiente, al dispertarse, vió con alegría que se encontraba en el palacio de la Fiera.

Púsose de mil alfileres para agradarle, y esperó con impaciencia todo el dia; al fin y al cabo dieron las nueve, y la Fiera no pareció. *Linda* corrió entónces por todos los ángulos del palacio prorumpiendo en gritos desgarradores. Despues de haberlo recorrido todo, acordándose del sueño que habia tenido, fué corriendo al canal, y en-

© Biblioteca Nacional de España

contró á su pobre Fiera tendida en el suelo, embargadas las potencias. Creyóla muerta, y se arrojó sobre su cuerpo sin que su horrible figura le inspirase la menor aversion, y notando que su corazon palpitaba todavía, cogió agua para rociarle la cabeza. La Fiera abrió los ojos y dijo á *Linda*:

—Habíasme entregado ya al olvido. ¡Ay triste! Fué tan profunda la afliccion de mi ánimo á la sola idea de perderte para siempre, que resolví dejarme morir de hambre; pero ya que tengo la dicha de contemplarte otra vez, muero contento.

—No, mi querida Fiera, no morirás; vive para ser mi esposo: tuya es mi mano, y juro ser tuya para siempre. ¡Ay! el dolor que me oprime el pecho harto me dice que me sería imposible vivir sin tí.

No habia concluido *Linda* de pronunciar las últimas palabras, cuando de repente ve el palacio todo iluminado; brillantes fuegos artificiales y una música deliciosísima anuncian una gran fiesta; pero sin hacer caso, vuelve la cabeza hácia su querida Fiera. El Mónstruo habia desaparecido, y en lugar del Mónstruo vió postrado á sus plantas á un príncipe hermoso como un sol, que le daba gracias por haber deshecho su encantamiento. Preguntóle *Linda* dónde estaba la Fiera, y le contestó:

—Soy yo, lucero de mi alma: una bruja ¡que mal haya! me habia condenado á tomar aquella figura, impidiéndome además hacer uso de mi ingenio, hasta que una hermosa niña consintiera en casarse conmigo. Solo tú en el mundo eras bastante bondadosa para dejarte vencer de la bondad de mi carácter. Aunque yo te ofrezca

© Biblioteca Nacional de España

mi corona, ¡cómo he de poder pagarte lo que por mí has hecho!

Admirada *Linda*, ébria de gozo, levantó al príncipe, y los dos juntos se fuéron al castillo. ¡Cómo pintar la alegría que sintió la pobrecita al encontrar á toda su familia reunida en el salon, adonde la habia traido la hermosa dama que se le apareció en sueños!

—Ven, *Linda*, dijo la buena Hada, ven á recibir el premio de tu acertada eleccion: has preferido la virtud á la hermosura y al talento, y te has hecho digna de encontrar todas estas prendas reunidas en una sola persona. Serás una gran reina. En cuanto á tus hermanas, conozco su depravado corazon, y las condeno á trasformarse en estátuas; y debajo de sus miembros de piedra he de hacer que conserven el uso de su razon. Colocadas á la puerta de tu palacio quiero que sean testigos de tu dicha. Podrán recobrar su primer estado, luego que reconozcan su maldad y se arrepientan de sus perversas inclinaciones. Pero me temo que han de quedarse convertidas en estátuas por los siglos de los siglos. La vanidad, la ira, la gula, la pereza pueden refrenarse y corregirse; pero un corazon depravado y roido por la envidia no se enmienda jamás.

Un golpe de la varilla de la Hada trasladó á todos los que en el salon estaban á los reinos del príncipe. Sus vasallos le recibieron con vivas demostraciones de alegría. Celebróse la boda y vivieron los esposos largos años, colmados de felicidades, porque fueron virtuosos.

FIN.

© Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE.

	Pág.
Cuatro palabras del traductor..	v.
Las Hadas.	11
Barba-Azul.	17
Amapola.	27
Pellejo de asno.	31
El ratoncillo blanco.	53
La Cenicienta ó la chinelita de cristal.	57
La reina y la campesina..	67
Roquete del Copete.	73
La Hada Berliqueta.	85
Caga-chitas.	95
El gato embotado.	111
La hermosa en el bosque encantado..	119
Los deseos ridículos.	135
Linda y la Fiera.	142

FIN DEL ÍNDICE.

© Biblioteca Nacional de España

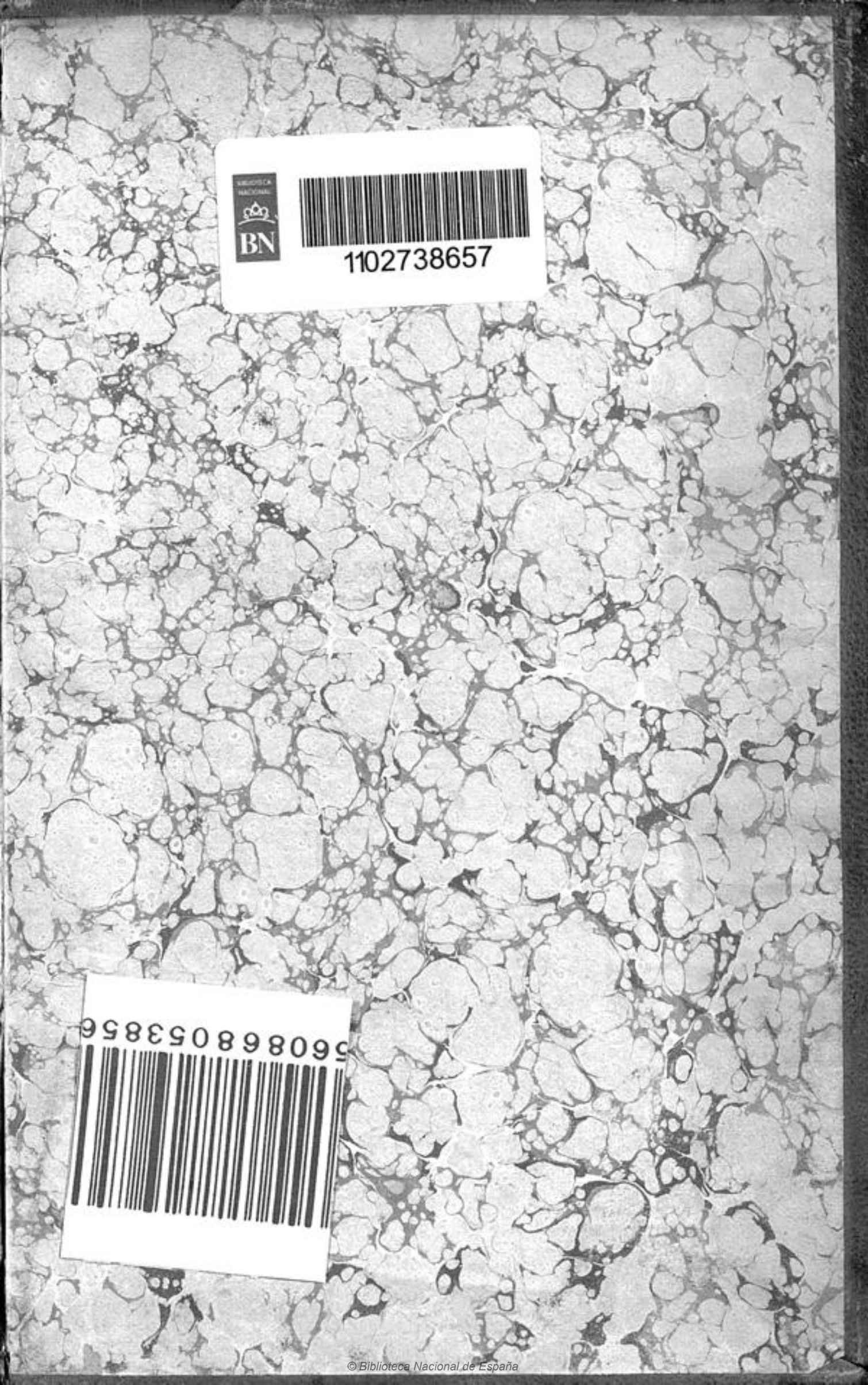
© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España


BN
1102738657
5608680538 56
© Biblioteca Nacional de España